

Universidad de Guanajuato  
División de Ciencias Sociales y Humanidades



Departamento de Letras Hispánicas  
Maestría en Literatura Hispanoamericana

**Violencia y maternidad en *Casas vacías* de Brenda Navarro**

Tesis

Para obtener el título de Maestra en Literatura  
Hispanoamericana  
presenta:

**Ana Luisa Jacinto Rojas**

Asesora: Dra. Claudia L. Gutiérrez Piña

Sínodo: Dra. Inés Ferrero Cándenas

Dra. Jazmín Guadalupe Tapia Vázquez

Dra. Carmen Álvarez Lobato

2023

**Resumen:**

En la presente investigación se analizan, desde una dimensión literaria, los distintos discursos que forman parte del entramado textual de *Casas vacías* (2019) para comprender cómo se construye en cada una de las narradoras el axioma mujer=madre y la violencia de la cual son parte para, desde allí, partir hacia distintas nociones y arquetipos que terminan envolviendo su experiencia como madres, hijas o sujetos sociales desde sus propias realidades, las cuales están atravesadas por cuestiones culturales, económicas y de raza.

**Palabras clave:** violencia, maternidad, casa, cuerpo.

**Abstract:**

The present research, from a literary dimension, will analyze the different discourses that are part of the textual framework in *Casas vacías* (2019) to understand how the axiom woman=mother and the violence of which they are part are constructed in each of the narrators in order to, from there, depart towards different notions and archetypes that end up enveloping their experience as mothers, daughters or social subjects from their own realities, which are crossed by cultural, economic and racial issues.

**Key words:** violence, motherhood, home, body.

Esta tesis ha sido realizada con el apoyo del Consejo Nacional de Humanidades, Ciencias y Tecnologías.

## Índice

<i>Introducción</i> .....	5
<i>Capítulo 1. Violencia y maternidad</i> .....	10
1.1 Violencia.....	14
1.2 Maternidad.....	27
1.3 Violencia y maternidad en <i>Casas vacías</i> de Brenda Navarro .....	37
2.1. Las madres de <i>Casas vacías</i> .....	64
2.1.1 La mamá de Daniel.....	64
2.1.1.1 El feminicidio: mujer=madre=muerta .....	75
2.1.2 La mamá de Leonel .....	79
2.1.2.1. Matrofobia: abuela-madre-hija .....	86
<i>Capítulo 3. La casa: espacio para albergar la vida</i> .....	92
3.1 La casa: tránsito de la vida .....	100
3.1.1 Rafael, una habitación vacía .....	108
3.2. La casa: un tiempo suspendido .....	116
3.2.1 Nagore, la lámpara en la penumbra .....	128
<i>Conclusiones</i> .....	140
<i>Bibliografía</i> .....	149

## Introducción

Brenda Navarro<sup>1</sup> (Ciudad de México, 1982) es socióloga y economista por la Universidad Autónoma de México, su primera novela, *Casas vacías*<sup>2</sup> (2019), explora, desde la violencia sistémica,<sup>3</sup> la pérdida, el dolor, la maternidad y los espacios vacíos a través de la voz de dos mujeres, cuyas historias terminan entrelazándose debido al robo de un niño que para una es llamado Daniel y, para otra, Leonel: “Daniel desapareció tres meses, dos días, ocho horas después de su cumpleaños. Tenía tres años. Era mi hijo”.<sup>4</sup>

La madre de Daniel es la primera narradora, la segunda es la mujer que se lo roba y que termina dándole otro nombre, Leonel, para criarlo como suyo, las dos carecen de nombre propio. El ordenamiento estructural de la novela se da en el contrapunto de las perspectivas de ambas narradoras, las cuales inician siempre con epígrafes que funcionan a modo de introducción y que pertenecen a diferentes poemas de Wislawa Szymborska, poeta polaca que vivió la invasión de su país y la casi pérdida de su lengua por parte de Alemania; al respecto Poniatowska escribe:

A la poesía Szymborskiana la acompaña la creencia de que lo muy pequeño contiene lo más grande, y así el individuo es más grande que la humanidad. Amar a la humanidad es una abstracción, pero amar al individuo es tangible. Esta reivindicación del individuo nos hace ver al hombre no sólo como el inventor de la guerra, sino como el creador de la belleza.<sup>5</sup>

---

<sup>1</sup> Brenda Navarro tiene un Master en Estudios de Género, Mujeres y Ciudadanía por la Universidad de Barcelona, también es la fundadora del proyecto editorial #EnjambreLiterario, el cual se encarga de publicar obras escritas por mujeres.

<sup>2</sup> La novela tuvo dos publicaciones, la primera sucedió de manera digital y gratuita en 2019 gracias a Kaja Negra, un proyecto editorial pensado para la red que apuesta por la libre distribución de la cultura. A pesar de que el proyecto no tuvo una gran difusión en los medios tradicionales, poco a poco comenzó a hacerse de un espacio entre la crítica y los lectores, quienes llegaron al libro muchas veces por el boca a boca. Esto llevó a su segunda publicación por medio de la Editorial Sexto Piso en el mismo año.

<sup>3</sup> En el primer capítulo, “Violencia y maternidad”, se definirá el concepto “violencia sistémica” desde la perspectiva de Slavoj Žižek.

<sup>4</sup> Brenda Navarro, *Casas vacías*, Sexto Piso, México, 2020, p. 15.

<sup>5</sup> Elena Poniatowska, “Wislawa Szymborska”, en Wislawa Szymborska. *Poesía no completa*, trad. Gerardo Beltrán y Abel A. Murcia, Fondo de Cultura Económica, México, 2020, p. 13.

La poesía de Szymborska se encuentra entre los límites, en las fracturas de ese mundo permeado por una violencia sistémica frente a aquellos momentos donde parece que no pasa nada, como en el epígrafe que inicia la primera parte de la novela: “Ocurre que estoy sentada bajo un árbol, / a la orilla del río, / en una mañana soleada. Es un suceso banal / que no pasará a la historia”.<sup>6</sup> En *Casas vacías*, los epígrafes de Szymborska funcionan como una suerte de voz que guía y acompaña a las narradoras en sus universos individuales, dentro de sus casas hay toda una historia “otra” que se cuenta desde la periferia.

Navarro articula una diégesis en donde sus personajes no son “sujetos” pertenecientes al progreso o a la sociedad, la violencia atraviesa cada parte de su vida, viven la pérdida y el horror en un silencio sistémico. Las dos narradoras, a pesar de ser o querer ser madres, se encuentran una y otra vez cuestionadas por sí mismas y por los otros, sus elecciones muchas veces tienen que ver con lo que los otros esperan de ella y, en ese sentido, *no son*, porque viven sólo para ser madres o esposas. La esfera pública no les pertenece y desde su propio espacio su casa física refleja su interioridad.

La familia, primera esfera donde se aprenden los roles sociales, extrapola las crisis sociales y culturales de la población. Adentro del hogar, la mujer=madre cría a los sujetos, sobre ella caen obligaciones y deberes. Explica Alessandra Bocchetti: “El cuerpo de la mujer fue el lugar de reposo al cual volver de las guerras y de las ideas y fue también el lugar al cual escapar de nuevo, espejo espantoso de un posible mundo poco claro.”<sup>7</sup> En *Casas vacías*, las narradoras son víctimas, pero también son victimarias desde su condición femenina; las instituciones sociales y ellas mismas proyectan una serie de representaciones que esperan (y

---

<sup>6</sup> Wislawa Szymborska, “Puede ser sin título”, en *Casas vacías* de Brenda Navarro, Sexto Piso, México, 2020, p. 13.

<sup>7</sup> Alessandra Bocchetti, “La indecente indiferencia”, *Debate feminista*, 1992, no. 6. p. 223.

que a veces no pueden) cumplir, como la abnegación, la dedicación o la culpa, y por eso callan tanto; contenidas por todo lo que no son capaces de expresar en voz alta .

Ni siquiera tienen nombre, y eso es importante en tanto define la relación maternidad-individualidad y cómo ésta última parece transformarse frente a lo que simboliza lo materno en su papel político y cultural. En *Casas vacías*, dividida en tres partes, cada una a manera de dípticos, el extravío del niño tiene un papel simbólico a nivel discursivo, ya que, al perderlo, también pierden su papel institucional y social, hay culpa, remordimiento, dolor y (en ocasiones) alivio; lo materno, con todas sus asignaciones políticas, sociales y culturales, se ve permeada o sobrepasada por una violencia de la cual pareciera que no pueden escapar.<sup>8</sup>

En ese sentido, puede decirse que la madre de Daniel narra desde el signo de la ausencia del hijo, su lenguaje del dolor está fragmentado, el rencor y la culpa se entremezclan, continuamente se cuestiona su papel de madre, hay espacios entre sus pensamientos, los párrafos son pausados y muchas veces cortos, dando la sensación de vacío. El lenguaje de la madre de Leonel, cimentado en el dolor, es mucho más crudo, parece que le falta el tiempo, que le teme al silencio, sus monólogos casi no precisan pausas, los párrafos son largos y vertiginosos. Para ella, la maternidad “robada” no la salva, no se vuelve el lugar idílico con el que tanto sueña; recae sobre su persona la violencia obstétrica y estatal.

La institución de la maternidad, con toda su carga política y cultural, se presenta en una serie de pautas que, debido a la manera en la que las narradoras se perciben socialmente, toda buena madre debe de cumplir, pero que continuamente terminan rompiendo o torciendo.

---

<sup>8</sup> Al respecto, apunta la autora: “Mucho de lo que se crea sobre el país tira hacia la violencia pornográfica. Y cada cual puede crear lo que quiera pero eso no ayuda a la reparación del daño, algo que me interesa. Quería hablar de ese Estado vacío de mujeres que es México, donde mueren 10 al día”. Andrea Aguilar, “Brenda Navarro: Quería hablar de ese México vacío de mujeres”, *El País*, 1 de febrero de 2020. [https://elpais.com/cultura/2020/01/31/actualidad/1580500520\\_077595.html](https://elpais.com/cultura/2020/01/31/actualidad/1580500520_077595.html)

Yanina Ávila González analiza el término *maternidad* a nivel etimológico de la siguiente manera:

Rocío Quintal (2001) encontró que *mater* significa materno, maternal, e -idad (sufijo del latín *tatem*) significa bondad. Bondad, de acuerdo con la definición del *Diccionario Enciclopédico Espasa* (1985), es la cualidad de lo que es bueno. Maternidad significa entonces la “bondad de ser madre.”<sup>9</sup>

En *Casas vacías*, el ideal de la buena madre, de la madre abnegada, la que da todo por sus hijos, la que calla, la que no hace distinciones entre unos y otros, la que no culpa y no es egoísta, se encuentra una y otra vez trastocado en esas representaciones fallidas, como apunta una de las narradoras: “hay quienes nacemos para no ser buenas madres y, a nosotras, Dios debió esterilizarnos antes de nacer”.<sup>10</sup> A las narradoras, lo materno las traspasa tanto en lo individual como en lo social. Explica sobre la maternidad Adrienne Rich: “Para la mayoría, la mujer ha significado la continuidad y la estabilidad —pero también el rechazo y la negación— en el comienzo de nuestra vida; nuestras sensaciones primarias o nuestra más temprana experiencia social está asociada a las manos, a los ojos y al cuerpo de una mujer.”<sup>11</sup> En *Casas vacías* se abre la pregunta, ¿qué queda de ellas más allá del papel institucionalizado dentro de sus familias?

Divida en tres capítulos, en el primero se desarrollan las dos nociones ya mencionadas desde diferentes perspectivas; la maternidad será analizada desde las perspectivas de Adrienne Rich, Rosario Castellanos, Simone de Beauvoir, entre otras, y, por otro lado, la violencia, que analizaré con los planteamientos de Slavoj Žižek y Rita Segato, para, posteriormente, comenzar a comprender de qué manera estas dos nociones podrían

---

<sup>9</sup> Yanina Ávila González, “Transformando la ecuación: madre = mujer”, en *¡A toda madre! Una mirada multidisciplinaria a las maternidades en México*, Editorial Itaca, México, 2017, p. 258.

<sup>10</sup> Brenda Navarro, *Casas vacías*, p. 24.

<sup>11</sup> Adrienne Rich, *Nacemos de mujer*, trad. Anna Becciu, Traficantes de sueños, Madrid, 2019, p. 57.

presentarse en la novela. En el segundo capítulo, titulado “La violencia estructural en *Casas vacías*: de lo objetivo a lo subjetivo” se hace un análisis mucho más profundo de cada voz narrativa. En la madre de Daniel recae el peso de la madre=muerta, mientras que la madre de Leonel se encuentra atrapada en la matrofobia,<sup>12</sup> un círculo de violencia con su abuela y con su madre que dicta muchas de sus acciones. Por último, en el tercer capítulo titulado “La casa: espacio para albergar la vida”, se analiza la manera en la que el espacio físico actúa como una suerte de reflejo de las narradoras y cómo esto afecta a los personajes que están a su alrededor, haciendo especial énfasis en Rafael, la pareja de la madre de Leonel, y Nagore, la niña huérfana que la madre de Daniel se niega a cuidar.

En *Casas vacías*, las dos narradoras habitan espacios desde su interseccionalidad, por las marcas textuales se puede conjeturar que una pertenece a la clase media alta, mientras que la otra, la mamá de Leonel, pertenece a la clase popular; sus similitudes son importantes, porque la maternidad las atraviesa a las dos, pero también sus diferencias, los golpes y el hogar fragmentado de una, frente a la imposibilidad de amar de la otra, ya sea a su pareja o a su otra hija. El deseo se vuelve algo prohibido para la madre de Daniel, mientras que la otra erige expectativas sobre la llegada de un hijo que jamás se cumplen. Todo lo anterior envuelve las dinámicas y los espacios en los cuales los personajes se mueven.

---

<sup>12</sup> Adrienne Rich define la matrofobia como el miedo a reflejarnos, como hijas, en nuestra propia madre. Ella plantea: “La matrofobia se puede considerar la escisión femenina del yo, el deseo de expiar de una vez por todas la esclavitud de nuestras madres, y convertirnos en individuos libres. La madre representa a la víctima que hay en nosotras, a la mujer sin libertad, a la mártir. Nuestras personalidades parecen mancharse y superponerse peligrosamente a la de nuestra madre. En el intento desesperado de conocer dónde termina la madre y empieza la hija, optamos por la extrema solución quirúrgica”. Adrienne Rich, *Nacemos de mujer*, trad. Ana Becciu, Madrid, 2019, pp. 310-311.

## Capítulo 1. Violencia y maternidad

En los últimos años, con el aumento de la violencia en México, la escritura se ha vuelto un puente desde donde distintas voces han tratado de nombrar aquello que socialmente duele decir o cuesta expresar de forma más libre (manchado, sobre todo, por el miedo), de tal manera que quede un testimonio, una memoria que luche contra el silencio impuesto. Como sociedad estamos rodeados por distintos ejes de violencia, pero también por una negación del “aquí no pasa nada”.

El lenguaje sirve para tratar de comprender la forma en que la violencia nos ha amoldado. Especial énfasis debe hacerse en el caso de las madres, cuyo terror, además, traspasa el cuerpo, según explica Brenda Navarro (Ciudad de México, 1982) a propósito de la violencia en *Casas vacías*, su primera novela:

A las madres se les despoja de una identidad y se les envuelve en una mitificación que permite que desde esa imagen se lucre, de eso habla Federici en su libro *Calibán y la bruja*, nuestros cuerpos como mujeres y los cuerpos de las mujeres como madres, permiten la acumulación del capital debido a la explotación de nuestros cuerpos, entonces, a las madres de personas desaparecidas, se les explota políticamente, económicamente, socialmente, unas veces como estandarte, otras como algo malo.<sup>13</sup>

Brenda Navarro tiene especial interés en cómo la violencia ha moldeado a la sociedad, tanto por lo que observó como por lo que otros le contaron. *Casas vacías* es una muestra de la escritura que se ha creado a raíz de la violencia en México, como sucede con otras novelas,

---

<sup>13</sup> Brenda Morales Muñoz, “Casas vacías para albergar la vida o la muerte”, entrevista con Brenda Navarro, *Seminario de Estudios sobre Narrativa Latinoamericana Contemporánea*, 1 de marzo de 2019. <https://www.senalc.com/2019/03/01/casas-vacias-para-albergar-la-vida-o-la-muerte-entrevista-a-brenda-navarro/>

poemas o cuentos que tratan este tema Una gran parte de estas obras ha dado importancia a la necesidad de nombrar y no callar, porque la visión de la violencia como algo que ocurre de forma aislada y sólo en ciertos sectores y a ciertas personas es muy reduccionista y, hasta cierto punto, fantasiosa. La violencia, cuando es permitida y legitimada desde las instituciones en las cuales se construye la sociedad y la cultura, atañe o afecta al género, la raza y la clase social. En tal sentido, la literatura ha fungido como un espacio de desmontaje y de crítica desde donde se han podido cuestionar y nombrar las estructuras sociales o morales en las que los sujetos se encuentran inmersos y en las cuales erigen las relaciones que terminan dictando la forma de actuar de cada individuo en el escenario social. La obra literaria es un producto desde donde se puede presentar una crítica sociocultural de un espacio determinado. Bourdieu explica al respecto:

La escritura abole las determinaciones, las imposiciones y los límites que son constitutivos en la existencia social: existir socialmente significa ocupar una posición determinada en la estructura social y estar marcado por ella, particularmente bajo la forma de automatismos verbales o de mecanismos mentales, y también depender, considerar y ser considerado, en resumidas cuentas *pertenecer* a unos grupos y estar inserto en unas redes de relaciones que poseen la objetividad, la opacidad y la permanencia del asunto y que se recuerdan bajo forma de obligaciones, de deudas, resumiendo, de controles y de imposiciones.<sup>14</sup>

Para Bordieu, la escritura literaria es capaz de revelar más sobre la sociedad que muchos textos científicos, porque en ésta se logra un efecto de creencia (que no de realidad) en donde se puede hablar de cosas serias sin exigir que se la tome completamente en serio. Ésta abre un lugar desde donde se cuestionan o analizan los espacios sociales, observándolos incluso bajo una lupa que permita ponerlos a prueba hasta el punto en donde se pueda, si no

---

<sup>14</sup> Pierre Bourdieu, *Las reglas del arte*, trad. Thomas Kauf, Anagrama, Barcelona, 1995, p. 56

romperlos, reflejar aquello de lo cual muchas veces negamos su existencia. La literatura, por tanto, ofrece una comprensión distinta por:

esta capacidad, que le pertenece por derecho propio, de concentrar y condensar en la singularidad concreta de una figura sensible y de una aventura individual, que funciona a la vez como metáfora y metonimia, toda la complejidad de una estructura y de una historia que el análisis científico tiene que desarrollar laboriosamente.<sup>15</sup>

Una obra es irreductible, en esta se presentan imágenes que, aunque pertenecen a la cultura y al tiempo en el que fue escrita, escapan de ellos, allí se encuentra su valor.<sup>16</sup> En este sentido es un producto de lo social que muchas veces funciona como testimonio de los esquemas generadores de discursos a la vez que los somete a una perspectiva crítica, la cual revela cómo, a través de estos esquemas, se excluye o incluye a un grupo determinado de sujetos que pueden, con más o menos claridad, compartir ciertas características.

La literatura puede ser tanto un camino individual como colectivo desde donde se presenten las distintas realidades sociales, muchas veces anuladas en los discursos institucionalizados y que, por lo mismo, por años han sido silenciadas. En México, en donde durante los últimos años se ha escrito sobre la violencia y los efectos que ha tenido en los distintos lugares del país, no se puede dejar de lado cómo esto ha moldeado vivencias particulares en torno a la maternidad, al luto y al dolor. En este contexto, voces como la de Brenda Navarro destacan por su capacidad de mostrar esa otra realidad escondida o silenciada<sup>17</sup> dentro del *statu quo*.

---

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 51.

<sup>16</sup> Al respecto, explica Bajtín: “La literatura es una parte inalienable de la cultura y no puede ser comprendida fuera del contexto de toda la cultura de una época dada. Es inadmisibles separarla del resto de la cultura y, como se hace con frecuencia, relacionarla directamente, por encima de la cultura, con los factores socioeconómicos. Estos factores influyen en la cultura en su totalidad y, sólo a través de la cultura y junto con ella en la literatura”. Mijaíl Bajtín, “Respuesta a la pregunta hecha por la revista *Novy Mir*”, en *Estética de la creación verbal*, 11ª ed., trad. Tatiana Bubnova, Siglo XXI, México, 2003, p. 347.

<sup>17</sup> Sara Uribe, escritora nortea que cuyo trabajo también se centra en narrar la violencia, menciona que, al hacerlo, lo que se busca es: “nombrar los vacíos para hacerlos visibles”. Sara Uribe, “Aquí sigue pasando la guerra”, en Andrea Rea, *Ya no somos las mismas. Y aquí sigue la guerra*, Grijalbo, México, 2020, p. 132.

Al poner rostro y nombre a esos espacios invisibles, la literatura es un lugar a través del cual se pueden desmontar los axiomas sociales en lo subjetivo como en lo colectivo, hasta el punto en el que se rescate la memoria y además se presente una resistencia que sirva para repensar y cuestionar las distintas realidades sociales. En *Casas vacías*, la desaparición de un niño (que por momentos se llama Daniel y en otros Leonel) es el punto focal desde el cual inicia la historia. Las dos voces narrativas son, como lo explica la autora, vidas vacías que “pasan a un país que se está quedando vacío, y que luego pasan a una familia y, por último, a la *corporalización* del vacío. Un vacío que sienten todos los personajes, no únicamente las dos voces principales”.<sup>18</sup> Al respecto se podría decir que, en la novela, la pérdida, el vacío, se hace cuerpo, los personajes *son* su cuerpo.

El cuerpo, en tal sentido, es el espacio donde se hace la guerra, una guerra generalizada en las distintas instituciones, pero también profundamente subjetiva que ninguno de los personajes está dispuesto a nombrar. Personajes cuyo cuerpo se vuelve el territorio desde donde resisten o resienten la violencia, aunque también es el lugar a través del cual los sujetos ejercen su poder, al erigirse allí la tradición, la moral y las evocaciones de la sociedad.

El universo diegético en la novela ocurre en un silencio sistemático. Hay cosas de las que nadie puede o quiere hablar; los grandes acontecimientos les suceden a otros. Considero importante mencionar esto porque en la novela la violencia que ocurre sobre el país, aunque copta la vida de los personajes no es mencionada de forma clara o precisa, pasa a su lado, a través del rabillo del ojo. Incluso la desaparición del niño ocurre de una manera completamente diferente a esas otras desapariciones que asolan el país. Existen, pero no

---

<sup>18</sup> Carlos Madrid, “México es un ejemplo perfecto de un Estado feminicida”, entrevista a Brenda Navarro, *Letras Libres*, 29 de junio de 2020. <https://letraslibres.com/literatura/entrevista-a-brenda-navarro-mexico-es-un-perfecto-ejemplo-de-un-estado-feminicida/>

acontecen de forma plena y consciente para las narradoras, quienes se encuentran abrumadas por sus propios vacíos vinculados a su maternidad: la pérdida del hijo para una, el robo del hijo para la otra. La culpa social no les permite ser seres individualizados y, por tanto, están fuera de los discursos políticos o sociales, volviéndose sólo cuerpos capaces de gestar o de cargar sobre sí mismas la vida de otros, porque como bien lo explica Brenda Navarro en una entrevista: “el Estado se sostiene sobre los cuerpos de las mujeres, especialmente de las mujeres pobres. Creo que en el momento en el que rompamos ese concepto de madres y padres y sólo haya personas interesadas en los cuidados de las infancias la sociedad será otra cosa”.<sup>19</sup>

Tomando eso en cuenta, se puede decir que las problemáticas sociales están estrechamente implicadas en el sentido literario que envuelve a la novela. Me interesa por ello la elaboración literaria que Navarro realiza en torno a la violencia en general y a la maternidad en particular, porque es a través de ésta que se dan las relaciones de poder entre los sujetos femeninos y masculinos. En tal sentido, en este primer capítulo desarrollaré dos conceptos claves, violencia y maternidad, a través de los cuales se construye la metáfora de las “casas vacías”.

## **1.1 Violencia**

Las categorizaciones sobre lo femenino y lo masculino rigen las relaciones interpersonales que se dan dentro de una sociedad, éstas conllevan expectativas culturales que atraviesan la identidad y el rol al que cada individuo se encuentra sujeto, ya que no salirse de las líneas marcadas es fundamental para ser reconocidos como parte de un grupo social. Quienes no logran calzar o acomodarse dentro de esa estructura binaria terminan fuera, sin valor propio.

---

<sup>19</sup> Almudena Barragán, *art. cit.*

Desde las construcciones simbólicas que rigen tanto a la masculinidad como a la feminidad se articulan las relaciones de poder, las cuales, al sustentarse como axiomas culturales, tienen que ser continuamente resarcidas, casi siempre haciendo uso de la violencia en sus diferentes formas. Ésta ha formado parte de la manera en la que la sociedad se entiende y funciona a tal grado que muchas veces pasa desapercibida (o es negada) hasta el punto en donde los mismos agentes que la llevan a cabo lo hacen pensando que es su derecho natural, replicándose en cada esfera social.

Para conceptualizar de manera más clara cómo funciona la violencia a través de las relaciones simbólicas de género, me detendré en el libro *Estructuras de la violencia* (2003), donde Rita Segato (1951), antropóloga y escritora brasileña, cuyas principales investigaciones se abocan a las relaciones de género, poder y raza, hace una etiología sobre cómo opera la violencia a través del sistema de estatus social en el cual se sustenta el Estado. Sus investigaciones son muy esclarecedoras para comprender las distintas maneras en las que ésta se encuentra enraizada y da forma a la sociedad tal y como la conocemos, siendo muchas veces permitida y hasta aplaudida en ciertos sectores. Porque el género, como un constructo social, es el espacio donde se cimenta gran parte de la identidad cultural o social de un determinado grupo, tanto hombres como mujeres son juzgados desde los papeles que se les han impuesto dentro del escenario social.

A través del género se estructuran ideas y valores que mantienen vigente el *statu quo*. Esas simbolizaciones son tan rígidas que cualquier cuestionamiento o tentativa de cambio adquiere un tono amenazador o terrible. En el orden jerárquico en el que está estructurada la sociedad, el sujeto masculino tiene el lugar de hacedor y de dador, su principal figura podría ser la del padre, desde donde se articulan las relaciones sociales, económicas y políticas (la

ley del padre). La historia ha sido escrita a través de la mirada masculina. Explica Rita Segato al respecto:

La posición del patriarca es, por lo tanto, una posición en el campo simbólico, que se transpone en significantes variables en el curso de las interacciones sociales. Por esta razón, el patriarcado es al mismo tiempo norma y proyecto de autoreproducción y, como tal, su plan emerge de un escrutinio, de una “escucha” etnográfica demorada y sensible a las relaciones de poder y su, a veces, inmensamente sutil expresión discursiva.<sup>20</sup>

Tales relaciones necesitan ser resarcidas continuamente para mantener el orden en todos los ámbitos sociales: el sujeto masculino se erige sobre el sujeto femenino, su poder se encuentra en la dominación de otro, generalmente (pero no exclusivamente) a través del cuerpo, de sus usos, funciones y necesidades y los espacios en los que está permitido validarse o, simple y llanamente, existir.

Hay que apuntar que para Segato tanto los sujetos femeninos como los masculinos son abstracciones que, aunque quieran verse como algo inherente a la calidad de ser desde el momento en el que se nace con ciertas características sexuales, a nivel social no siempre se sustentan sobre sus órganos biológicos. Un hombre en ciertos momentos y lugares puede ser un sujeto femenino (un ejemplo de ello podrían ser las cárceles, en donde ciertos individuos terminan adoptando los papeles comúnmente femeninos), porque lo que importa es la forma en la otros hacen uso del poder sobre un cuerpo y una identidad cultural: “*Masculinidad* representa aquí una identidad dependiente de un estatus que engloba, sintetiza y confunde poder sexual, poder social y poder de muerte”.<sup>21</sup> Sin embargo, tampoco se puede obviar el hecho de que, en la mayoría de las esferas y de las relaciones sociales, la mujer es la que ocupa el lugar del sujeto feminizado, atravesada por la raza, la cultura y la clase social. Las

---

<sup>20</sup> Rita Segato, *Estructuras de la violencia*, Universidad Nacional de Quilmes Editorial, Buenos Aires, 2003, p. 14.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 37.

simbolizaciones en torno a la feminidad restringen y limitan los lugares en donde ésta tiene permitido desarrollarse, es muy claro por qué entonces, incluso hoy día, ser mujer en muchas culturas y estratos sigue siendo sinónimo de ser esposa y ser madre. Segato menciona que:

No existe sociedad que no tenga algún tipo de mitificación de la mujer y lo femenino, que no tenga algún tipo de culto a lo materno, o a lo femenino virginal sagrado, deificado, que no tema en alguna de las variantes de motivo universal de la *vagina dentada* o que no cultive alguna de las formas del mito del matriarcado originario.<sup>22</sup>

Lo femenino está fuertemente sujeto a las mitificaciones que le han otorgado en torno a su capacidad biológica de gestar. Por esa razón, cualquier otro deseo que salga de la norma se vuelve peligroso para las estructuras sociales; se espera de la feminidad debilidad y sumisión, mientras que la masculinidad se asocia con la fuerza y el poder.

El primer espacio en donde se categoriza este binomio jerárquico es el familiar. La madre es quien educa, limpia y cocina. En ella se encuentra la tarea de criar individuos capaces de mantener el *statu quo*. Se necesita para ello que entregue cuerpo y alma, que se desdibuje para los otros. El orden jerárquico social tiende a darle al sujeto femenino, a la mujer, un lugar menos importante, ella pertenece al adentro, a la esfera de lo “privado”, la cual tiene menos importancia que la esfera “pública”. Su cuerpo no le pertenece, éste necesita ser controlado, porque históricamente el cuerpo de la mujer ha sido “bastidor o soporte en el que se escribe la derrota moral del enemigo”.<sup>23</sup> Rita Segato, explica sobre esto:

El cuerpo de las mujeres, en el sistema de estatus, como muestran las violaciones que acompañan la ocupación de un territorio en las guerras premodernas, es parte indisociable de la noción ancestral de territorio, que vuelve, una y otra vez, a infiltrarse intrusivamente en el texto y en la práctica de la ley.<sup>24</sup>

---

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 132.

<sup>23</sup> Rita Segato, *Las nuevas formas de la guerra en el cuerpo de las mujeres*, Tinta Limón, México, 2013, p. 23.

<sup>24</sup> Rita Segato, *Estructuras de la violencia*, p. 143.

El cuerpo feminizado,<sup>25</sup> en tal orden de ideas, es entonces el *lugar* desde donde todavía se ostenta el poder y se esparce el miedo, miedo al cuerpo vejado o violado, a la derrota moral, a la superioridad del otro sobre un sujeto que puede ser poseído, mutilado, desgarrado. El bio-poder se ejerce a través de la bio-política, el uno es el reflejo del otro. Slavoj Žižek escribe:

Con la administración especializada, despolitizada y socialmente objetiva, y con la coordinación de intereses como nivel cero de la política, el único modo de introducir la pasión en este campo, de movilizar activamente a la gente, es haciendo uso del miedo, constituyente básico de la subjetividad actual. Por esta razón la biopolítica es en última instancia una política del miedo que se centra en defenderse del acoso o de la victimización potenciales.<sup>26</sup>

Tal terror se traduce en el desconocimiento de aquello que podría atentar contra lo establecido,<sup>27</sup> por ejemplo, los inmigrantes, el cambio climático o (y aquí es donde me quiero detener) la violencia sexual. Al sujeto femenino<sup>28</sup> se le controla, de forma subjetiva, con la presunción de que podría ser lastimada o violentada si abandona sus espacios seguros, pero también se le controla de forma objetiva, universal; se la debe cuidar para demostrar la capacidad y el poder de determinados grupos sociales, haciendo que estos también actúen de cierta manera pensando en que sólo están protegiendo sus formas de vida y que cualquier cambio destruirá las estructuras que lo sustentan.

---

<sup>25</sup> Cabe aclarar que, para Rita Segato, un sujeto feminizado es casi siempre (salvo contadas excepciones) un sujeto femenino, ya que sobre el cuerpo femenino se estructuran muchas de las relaciones de poder. Por tanto, un sujeto feminizado es aquel que adquiere las características propias que moralmente se atribuyen a la mujer (y del cual se espera cierto sometimiento); mientras que un sujeto femenino es aquel que cumple no sólo con ciertas características sociales propiamente “femeninas” sino también biológicas.

<sup>26</sup> Slavoj Žižek, *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*, Paidós, Buenos Aires, 2009, p. 56.

<sup>27</sup> Al respecto, Žižek también apunta: “La actual tolerancia liberal hacia los demás, el respeto a la alteridad y la apertura hacia ella, se complementa con un miedo obsesivo al acoso. Dicho de otro modo, el “otro” está bien, pero sólo mientras su presencia no sea invasiva, mientras ese otro no sea realmente *otro*.” Si el otro deja de ser invisible, si busca un lugar fuera del que se le ha dado, si se pone a cuestionar, se vuelve una amenaza. *Ibid.*, p. 57.

<sup>28</sup> En el sentido de que éste es casi siempre feminizado, como ya se aclaró previamente.

El cuerpo femenino es el territorio en donde se fuerzan las instituciones que configuran al Estado, lo cohesionan, así que necesita de su sumisión, de que sea “eso otro”. Algo que puede ser utilizado y desechado, un rebaño en expansión que se vuelve, en pocas palabras, una máquina hacedora de hijos. Por eso, el valor del sujeto femenino recae sobre qué tan bien puede cumplir con las normas morales de la sociedad, juzgándose (todavía) desde los sistemas tradicionales, en donde es usado como un premio o un castigo, como afirma Segato:

Es la capacidad de dominar y exhibir prestigio donde se asienta la subjetividad de los hombres y es en esa posición jerárquica, que llamamos “masculinidad”, donde su sentido de identidad y humanidad se encuentran entramados. La estructura de los rituales de iniciación masculina y los mitos de creación hablan universalmente de esta economía de poder basada en el estatus masculino mediante la expurgación de la mujer, su contención en un nicho restrictivo de la posición que la moral tradicional le destina y el exorcismo de lo femenino en la vida política del grupo y dentro mismo de la psique de los hombres.<sup>29</sup>

El patrimonio y la herencia familiar socavan el cuerpo femenino. Por eso es importante anotar que, aunque muchos de los sistemas de leyes que nos rigen actualmente ponen tanto al sujeto masculino como al femenino en el mismo nivel (es decir, que en la sociedad ambos tienen los mismos derechos y obligaciones), en la práctica la mujer muchas veces se encuentra en una posición híbrida entre ser casi individuo y ser *eso otro*, sujeto dominado por las simbolizaciones en torno a su cuerpo.

Socialmente todavía existe un elemento moral en donde una mujer considerada “honesta” —buena esposa, abnegada madre o sumisa hija— tiene más posibilidades de conseguir justicia que una mujer que no cumpla con aquellos arquetipos. La violencia presentada sobre ella casi siempre es ejercida por un sujeto masculino que quiere demostrar su poder no sólo para los que considera sus iguales, sino también para limitarla a ciertos

---

<sup>29</sup> Rita Segato, *Estructuras de la violencia*, p. 145.

espacios. Si por algún motivo ella decide buscar otros caminos entonces hay que disciplinarla para marcar desde allí los límites y simbolismos institucionales.

Žižek define la violencia de la siguiente manera:

Pero ¿cómo puede uno repudiar por completo la violencia cuando la lucha y la agresión son parte de la vida? La solución sencilla es una distinción terminológica entre la “agresión”, que pertenece efectivamente a la “fuerza vital”, y la “violencia”, que es una “fuerza mortal”: “violencia” no es aquí la agresión como tal, sino un exceso que perturba el curso normal de las cosas deseando siempre más y más. La tarea se convierte en liberarse de ese exceso. Desear propiedad y poder es legitimar, en tanto que permite a un individuo alcanzar la independencia de los otros. Los adversarios en un conflicto, sin embargo, tienen ambos una tendencia natural a exigir siempre más. Nada es suficiente para ellos, nunca se ven satisfechos. No saben cómo detenerse, no conocen límites. El deseo exige más, mucho más de lo que necesitan.<sup>30</sup>

En esta definición queda claro que existen varios tipos de violencia: hay un tipo de agresión inherente a la condición humana que podría ser, en cierta manera, necesaria para alcanzar cierto grado de libertad, pero hay otra más que corrompe, porque al desear algo tan fuerte y tan desesperadamente puede superar cualquier sentido de moralidad o ética hasta el punto en donde no haya ningún límite para alcanzarlo, y el individuo, el prójimo, termine siendo borrado.

Slavoj Žižek hace una distinción entre dos tipos de violencia que se conectan entre sí: la violencia subjetiva,<sup>31</sup> más personal e individual; y la violencia objetiva, también llamada sistémica,<sup>32</sup> quizá la que pasa más desapercibida, aunque sea la más problemática e

---

<sup>30</sup> Slavoj Žižek, *op. cit.*, p. 81.

<sup>31</sup> Žižek reflexiona sobre la violencia subjetiva lo siguiente: “La lección es, pues, que debemos resistirnos a la fascinación de la violencia subjetiva, de la violencia ejercida por los agentes sociales, por los individuos malvados, por los aparatos represivos y las multitudes fanáticas: la violencia subjetiva es, simplemente, la más visible de las dos”. *Ibid.*, p. 22.

<sup>32</sup> Sobre ésta explica: “Es ahí donde reside la violencia sistémica fundamental del capitalismo, mucho más extraña que cualquier violencia directa sociológica precapitalista: esta violencia ya no es atribuible a los individuos concretos y sus “malvadas” intenciones, sino que es puramente “objetiva, sistémica, anónima. Aquí se halla la diferencia lacaniana entre la “realidad” y lo “real”: la “realidad” es la realidad social de las personas concretas implicadas en la interacción y en los procesos productivos, mientras que lo “real” es la lógica espectral, inexorable y “abstracta” del capital que determina lo que ocurre en la realidad social.” La violencia sistémica está encarnada en el lenguaje y sus formas. *Ibid.*, p. 24.

importante, porque es la que sustenta todo el funcionamiento homogéneo del sistema económico y político de la sociedad actual. Esta última sustenta las relaciones de dominación y explotación entre los sujetos y es fundamental para el capitalismo.

Esto se puede relacionar con lo que Segato explica como la principal forma de violencia,<sup>33</sup> axioma necesario para mantener funcionando las jerarquías simbólicas del género: la violencia “moral”,<sup>34</sup> la cual sería parte de la violencia sistémica, porque ocurre casi a diario tanto en pequeña como en gran escala y, al estar tan interiorizada y permitida socialmente, puede pasar desapercibida. Todos los sujetos dentro de la sociedad la llevan a cabo o la permiten con más o menos permisividad. Si la mujer, desde su lugar como el “otro” se porta “mal” al no cumplir con ciertas normas sociales, entonces puede ser disciplinada, no está mal visto, porque eso sólo hace que el sistema siga su cauce tal y como se espera. Tomando eso en cuenta un atentado violento, como la violación, puede funcionar como un acto disciplinario, en donde el sujeto masculino funge como un vengador hacia una mujer genérica, porque esto escapa o va más allá de un individuo específico.<sup>35</sup>

Para entender de dónde vienen o se originan los actos violentos, debe comprenderse toda la estructura que los sustenta. En el Estado la economía simbólica entra en juego, porque

---

<sup>33</sup> Además de esos tipos de violencia Segato hace mención de otras dos, que más bien funcionarían como pautas: la instrumental y la expresiva. Se quiere demostrar algo, se usan los elementos que se tienen a la mano, no es una venganza, se quiere llegar a un fin (instrumental), pero también puede ser un acto profundamente emocional que venga desde el odio para dañar a alguien (expresiva). Ambas son caras de una misma moneda, una violencia más profunda y normativa desde donde, como lo menciona Žižek, se encuentra sustentado el sistema.

<sup>34</sup> Menciona Segato al respecto: “[...] la violencia moral -psicológica- es colocada en el centro de la escena de la reproducción del régimen de estatus, tanto en el caso del orden de género como en el orden racial. Se enfatiza aquí el carácter “normal” y “normativo” de este tipo de violencia y su necesidad en un orden jerárquico. La violencia moral no es vista como un mecanismo espurio ni mucho menos dispensable o erradicable del orden del género -o de cualquier otro estatus- sino como inherente y esencial.” Rita Segato, *Estructuras de la violencia*, p.17.

<sup>35</sup> Este tipo de violación es llamada “cruenta”, la cual ocurre en el anonimato de las calles, por individuos que en otro momento y otras instancias podrían pasar por perfectamente normales o funcionales, pero que, para demostrar su dominación, o poder sobre el otro y sobre sí mismo, violenta un cierto objetivo que normalmente cumple características muy específicas: ser más débil o más sumisa, territorio perfecto donde mostrar su hombría sin tener consecuencias.

para que el sistema funcione debe haber un ser percibido como “menor” desde el cual se ejerza el poder. El sujeto femenino no es visto como un individuo con iguales condiciones (a pesar de que en muchas leyes así se prescriba), sino como el “otro”. Segato analiza:

El caso paradigmático, una vez más, es el género, que toma gráfico el hecho de que la mujer es el *otro* en el orden de estatus sin dejar de tener una doble inserción, una doble entrada en el sistema, comportándose como un término móvil, que participa ora como prenda -signo, índice-, atributo necesario que predica al hombre con quien se asocia y le garantiza su participación plena en la competición con sus otros en el orden de contrato; ora también como otro del mismo, par-aliado o competidor en la conversación, en el comercio, en el debate, en el trabajo.<sup>36</sup>

En tal caso, el valor de la mujer depende de lo que otros consideren; es su categorización sobre su cuerpo la que le permite pertenecer con más o menos importancia a los ambientes sociales. Y son también los sujetos masculinos quienes la aíslan o la convierten en un ser marginado, abyecto. Ella, como el “otro”, existe en esas dos vías: la moral tradicional y el sistema de estatus.<sup>37</sup> En muchas de las sociedades la dignidad, identidad y realización de un pueblo o de un grupo de personas se sustenta en la subordinación femenina, se necesita de su sumisión para dar fuerza, cohesión y dignidad:

Es en el cuerpo femenino y en su control por parte de la comunidad que los grupos étnicos inscriben su marca de cohesión. Hay un equilibrio entre la dignidad, la consistencia y la fuerza del grupo y la subordinación femenina. Autoras negras norteamericanas como bell hooks y la antes citada Brackette Williams han sido pioneras en la denuncia de esta estructura: la moral del grupo es severamente dependiente de la sujeción de la mujer, y es aquí donde reside uno de los obstáculos más difíciles para la ley moderna en su intento para garantizar la autonomía femenina y la igualdad. La liberalidad de la mujer en el sistema moral tradicional basado en el

---

<sup>36</sup> Rita Segato, *Estructuras de la violencia*, p. 257.

<sup>37</sup> Al respecto, Rita Segato también menciona que en los sistemas que funcionan a través de una economía simbólica de estatus: “todo sucede como si la plenitud de ser de los semejantes -aquellos que califican o a los que se les considera acreditados para participar en el círculo de los iguales- dependen de un ser-menos de los que participan como otros dentro del sistema. Ese ser-menos -o minusvalía- sólo puede ser resultado de una exacción simbólica y material que reduce la plenitud de estos últimos a fin de alimentar la de aquellos. Podría hablarse aquí de una verdadera extracción de plusvalía simbólica, donde el estatus, a diferencia de una clase basada en una lógica puramente económica, se fija en la cultura como categoría jerárquica y adquiere marcas percibidas como indelebles.” *Ibid.*, p. 255.

estatus castra al hombre y provoca la fragilidad del grupo. Comprobamos esa mecánica una y otra vez.<sup>38</sup>

En la figura de la mujer es donde recaen ideologías, su posición como madre y esposa es esencial para mantener el linaje, de allí la importancia de mantenerla controlada. Debido a esto su cuerpo se volvió un territorio donde se demuestra el poder del padre, de su linaje, de la idea de trascender y mantener siempre algo de sí en el mundo o en la historia, en sentido de que ésta es lineal. Preguntarse si es posible escapar de este sistema es muy complicado por todo lo que está enraizado en él y la forma en el que sujeto masculino sigue siendo hoy día la figura en la que giran todos los sistemas de poder. La libertad de la mujer sólo será posible si se cuestionan y se juzgan las relaciones entre los individuos:

Podemos entender la cultura como un conjunto de chips que nos programan, pero no de forma automática y necesaria, ya que así como fueron instalados -por la costumbre, por la exposición a las primeras escenas de la vida familiar- también pueden, por lo menos teóricamente, ser desinstalados. Esto se debe a que el ser humano posee la característica de la reflexividad: puede identificar sus propios *chips* y puede evaluarlos, juzgarlos éticamente y desaprobarlos.<sup>39</sup>

Para lograr una verdadera libertad del sujeto femenino es necesaria la reflexividad y autoreflexividad (observar nuestro alrededor y cuestionar las relaciones y acciones que ocurren tanto general como individualmente) para después reformar los afectos constitutivos de las relaciones de género. También es importante el papel del Estado, porque es éste el que debe formular la ley<sup>40</sup> que castigue y juzgue prácticas consideradas inmutables y normalizadas, simbolizándolas, es decir, nombrándolas. Sólo al nombrar se puede reflexionar o juzgar y ver la sociedad como algo posible al cambio.

---

<sup>38</sup>*Ibid.*, p. 140.

<sup>39</sup>*Ibid.*, p. 143.

<sup>40</sup> El derecho tiene el papel de consolidar y formar un nuevo ambiente moral que sea igualitario para todos los individuos. La cultura permanece a un mundo mutable, en donde nada tiene el estatus de inalterable.

Sin embargo, también es importante aclarar que tal tarea se vuelve más extenuante si se toma en cuenta el papel moral del sujeto femenino hoy día a pesar de que, técnicamente, en muchas leyes sea considerada en iguales condiciones que un sujeto masculino. Esto la limita, atrapándola entre la esfera del contrato (la ley), y la esfera del estatus (la tradición). Además, Segato explica que la violencia hacia la mujer está sustentada en dos ejes que se desestabilizan pero que, al mismo tiempo, se relacionan y los cuales derivan del modelo expuesto por Lévi-Strauss:

La primera tesis parte del principio de que el fenómeno de la violencia emana de la relación entre dos ejes interconectados. Uno horizontal, formado por términos vinculados por relaciones de alianza y competición, y otro vertical caracterizado por vínculos de entrega y expropiación. Estos dos ciclos se articulan formando *un sistema único* cuyo equilibrio es inestable, un sistema de consistencia deficiente. El ciclo cuya dinámica violenta se desarrolla sobre el eje horizontal se organiza ideológicamente en torno a una concepción de contrato entre iguales y el ciclo que gira sobre el eje vertical corresponde al mundo premoderno de estamentos y castas. En ambos ejes, los miembros son portadores de índices diacríticos de su posición relativa.<sup>41</sup>

El eje horizontal también es llamado esfera del contrato, su sistema es la dádiva, cuyo orden está basado en la noción de la dignidad universal. Podría decirse que en éste no se habla, por lo menos en papel, de sujetos masculinos o femeninos, se habla de individuos y, desde allí, ciertos actos pueden ser repudiados y juzgados desde la ley. El eje vertical (también llamado esfera del estatus) tiene sus raíces en el mundo premoderno de estamento y castas, por lo que las relaciones entre los sujetos se dan por medio del tributo y, muy a menudo, tienen una naturaleza sexual.

En una sociedad en donde estos ejes convergen a través y desde el sujeto femenino, éste a menudo adquiere la condición de víctima sacrificial. Su cuerpo se vuelve genérico, se utiliza para transmitir un mensaje (causar terror) o demostrar que se tiene poder sobre cierto

---

<sup>41</sup> *Ibid.*, p. 253.

espacio. Ejemplo de esto es lo sucedido en Ciudad Juárez cuando se empezó a asesinar a tantas mujeres sin que aparentemente hubiera un objetivo claro. En ese caso, y en muchos otros, el culpable no es un individuo particular, sino todo el sistema cultural y social. La impunidad que se vive ante la violencia con frecuencia ocurre por el pacto de silencio y lealtad que los sujetos masculinos llevan a cabo, solapados siempre por y desde el Estado patriarcal.<sup>42</sup>

Poder y sexualidad van de la mano de tal forma que en la sociedad es muy difícil separarlos. Michel Foucault hace una distinción de cuatro formas en las que esto se ejerce: viejas prohibiciones que tienen que ver con la consanguineidad; la prohibición en cuanto a las sexualidades “perversas” o “periféricas”; el control sobre los dispositivos de saturación y sexual y la observación y los interrogatorios sobre los órganos o el comportamiento con ayuda de la salud y lo patológico. Quiero detenerme en este punto, ya que es aquí en donde podría hacerse especial énfasis en el control sobre el cuerpo:

El poder que, así toma a su cargo a la sexualidad, se impone el deber de rozar los cuerpos; los acaricia con la mirada; intensifica sus regiones; electriza superficies; dramatiza momentos turbados. Abraza con fuerza el cuerpo sexual. Acrecentamiento de las eficacias —sin duda— y extensión del dominio controlado. Pero también sensualización del poder y beneficio del placer. [...] El poder funciona como un mecanismo de llamado, como un señuelo: atrae, extrae esas rarezas sobre las que vela. El placer irradia sobre el poder que lo persigue; el poder ancla el placer que acaba de desembozar.<sup>43</sup>

---

<sup>42</sup> El feminicidio está tipificado en el Código Penal Federal, artículo 324, en el cual se especifica: “Comete el delito de feminicidio quien priva de la vida a una mujer por razones de género. Se considera que existen razones de género cuando concurra alguna de las siguientes circunstancias: 1. La víctima presente signos de violencia sexual de cualquier tipo; 2. A la víctima se le hayan infligido lesiones o mutilaciones infamantes o degradantes, previas o posteriores a la privación de la vida o actos de necrofilia; 3. Existan antecedentes o datos de cualquier tipo de violencia en el ámbito familiar, laboral o escolar, del sujeto activo en contra de la víctima; 4. Haya existido entre el activo y la víctima una relación sentimental, afectiva o de confianza; 5. Existan datos que establezcan que hubo amenazas relacionadas con el hecho delictuoso, acoso o lesiones del sujeto activo en contra de la víctima; 6. La víctima haya sido incomunicada, cualquiera que sea el tiempo previo a la privación de la vida; 7. El cuerpo de la víctima sea expuesto o exhibido en un lugar público”.

<sup>43</sup> Michel Foucault, *Historia de la sexualidad I, La voluntad de saber*, trad. Ulises Guiñazú, Siglo XXI, México, 1998, pp. 28-29.

El poder es vertical, hay alguien que lo recibe y otro que lo ejerce, en la sociedad está presente en una figura de autoridad (médico, policía), aunque también en esa otra autoridad más velada (delincuentes), mientras que en la familia este papel lo ocupa, aunque no se muestre a primera vista, el padre. En *Casas vacías* el poder es percibido desde la arbitrariedad de aquel más violento o más arrebatado frente a sus amigos o en la calle, es decir, en el “afuera”, los espacios públicos o sociales:

No no sé si es cierto que sea la tele o lo que sea que nos dice cómo nos tienen que gustar los hombres pero a mí sí me gustaba ver cómo en la calle muy envalentonados y peleoneros y con nosotras como perritos con la lengua afuera, eso me hacía sentir poder. Allá afuera muy cabrón, aquí dentro, muy verga pa’ mí, decíamos las amigas y nos reíamos porque sí eran como gatitos mojados cuando querían acostarse con una.<sup>44</sup>

Frente a esto, es en el cuerpo de la mujer en el que, por las determinaciones biológicas o culturales que se piensan inherentes a ella, se ha llegado a instaurar el funcionamiento del orden patriarcal y del Estado tal y como se conoce.

Por último, cabe aclarar también que existe un tipo claro de sujeto masculino que sobresale y mantiene el poder completo en el orden de estatus. En un espacio en donde sólo haya hombres, y entre estos ocurran las relaciones de poder, existe una representación del “sujeto universal”, quien siempre va a llevar la batuta desde el eje horizontal, y éste es: masculino y heterosexual, pero además blanco, rico y de primer mundo, socavando todas las demás identidades o formas de vida.

---

<sup>44</sup> Brenda Navarro, *Casas vacías*, p. 46.

## 1.2 Maternidad

A través del “sujeto universal”, entendido como aquél con más poder, se ha regido lo bueno y lo malo, la tradición y la moral en los distintos grupos sociales a lo largo del tiempo. En la visión occidental, muchas veces sujeta a la religión, el valor de la mujer estuvo sujeto a su capacidad de gestar a los hijos de su esposo (nunca suyos, no realmente, a pesar de que en ella recayera la obligación de criar), aquellos que llevarían el apellido y mantendrían el honor familiar. Lo cual, en una sociedad regida por un estatus jerárquico continuamente afincado en la clase social y el poder económico, tiene un valor simbólico muy importante.

La familia es el germen, el punto focal, de la sociedad. Si ésta funciona como una proyección del Estado y de su estructura (figura central que marca el paso de los otros, que los guía por el camino correcto y cuyo éxito se sustenta en sus reglas y obligaciones), entonces la madre es el sujeto, por no decir el objeto, que, desde el espacio privado funge como la figura en la cual dicho Estado se refleja y se sostiene.

En la mujer está la evocación de la madre que se queda en casa y que soporta con el amor abnegado, pero también está la evocación de todas aquellas ideas o imágenes relacionadas con el amor a la nación. La madre es aquella cuyo papel principal es alimentar, proteger y, a grandes rasgos, asegurar la subsistencia de los otros para que estos después puedan pasar a formar parte de las instituciones sociales. La labor de ésta, aunque pareciese que no, es tan importante para mantener el *statu quo* que no es realmente sorprendente la manera en la que el cuerpo capaz de gestar se ha vuelto, con el tiempo, un territorio más para conquistar, y no sólo eso, sino que haya adquirido el valor de institución, pilar fundamental del patriarcado.

Una figura decisiva en el debate sobre la maternidad como institución fue Adrienne Rich, poeta, crítica y feminista estadounidense nacida en 1929, quien, a pesar de haber vivido

grandes cambios en torno a los derechos de las mujeres, todavía estuvo atajada por muchas imposiciones sociales en torno a su género y cuyo papel de madre chocó en muchas ocasiones con su realización profesional, hasta el punto en que comenzó a cuestionarse el universo simbólico en torno a la maternidad.

En su libro *Nacemos de mujer* (1976) Rich realiza un análisis en donde conecta su experiencia subjetiva (partes de su diario personal incluso) con un estudio cultural, histórico, y biológico sobre el papel institucionalizado de la figura de la madre tanto a nivel social como individual. Al respecto explica que:

Ha sido clave de muchos y diferentes sistemas sociales y políticos. Ha impedido a la mitad de la especie humana tomar las decisiones que afectan a su vida; exime a los hombres de la paternidad en un sentido auténtico; crea el poderoso sisma entre vida “privada” y “pública”; frena las elecciones humanas y sus potencialidades. Es la contradicción más fundamental y asombrosa, por causa de esta institución nos hemos privado de nuestros cuerpos y quedamos encarceladas en ellos.<sup>45</sup>

Desde el control de su cuerpo la mujer *es* por su capacidad de gestar, no la definen sus circunstancias particulares, sino aquella específica que comparte con su género. Respecto a esto hay un puente claro entre Rita Segato y Adrienne Rich, y es que para ambas el Estado se sustenta sobre el control del cuerpo de la mujer. En Rita Segato esto se ve de una forma general en todo sujeto cuya existencia termine feminizada (en ocasiones incluso independiente de sus características sexuales), mientras que Adrienne Rich se centra específicamente en cómo esto se presenta desde la maternidad al servir para limitar los espacios a los que la mujer tendría acceso y desde allí dictar su valor social.

Tomando eso en cuenta es importante aclarar qué es lo que entiende Rich por patriarcado, ya que allí se sustentan todas las relaciones de poder que plantea:

---

<sup>45</sup> Adrienne Rich, *Nacemos de mujer*, p. 57.

El patriarcado consiste en el poder de los padres: un sistema familiar y social, ideológico y político con el que los hombres —a través de la fuerza, la presión directa, los rituales, la tradición, la ley o el lenguaje, las costumbres, la etiqueta, la educación, y la división del trabajo— determinan cuál es o no el papel que las mujeres deben interpretar con el fin de estar sometidas al varón en toda circunstancia. Ello no implica necesariamente que ninguna mujer tenga poder o que, en una cultura dada, todas las mujeres puedan carecer de ciertos poderes.<sup>46</sup>

Todo esto tiene un sólo fin: asegurar que los hijos nacidos dentro del matrimonio pertenezcan al padre y a nadie más. El patriarcado impone su poder sobre el cuerpo de la mujer porque necesita afirmar su descendencia como legítima y, en ese sentido, puede decirse que tanto la familia como el gobierno son reflejos donde el patriarcado se erige. Hay una relación clara entre los tres. El patriarcado, entonces, es una ideología de orden jerárquico sexual en donde la mujer está atravesada por un sistema familiar y social que existe tanto dentro como fuera de su identidad, como también explica Rosario Castellanos en *Mujer que sabe latín*, siguiendo el ideario de Beauvoir:

Simone de Beauvoir afirma que el mito aplica siempre a un sujeto que proyecta sus esperanzas y sus temores hacia el cielo de lo trascendente. En el caso que nos ocupa, el hombre convierte a lo femenino en un receptáculo de estados de ánimo contradictorios y los coloca en un más allá en el que nos muestra una figura, si bien variable en sus formas, monótona en su significado. Y el proceso mitificador, que es acumulativo, alcanza a cubrir sus invenciones de una densidad tan opaca, las aloja en niveles tan profundos de la conciencia y en estratos tan remotos del pasado, que impide la contemplación libre y directa del objeto, el conocimiento claro del ser al que ha sustituido y usurpado.<sup>47</sup>

En la mitificación de la mujer entran en juego distintas etiquetas dentro de las que se encuentran, por ejemplo, las mujeres que siendo madres adquieren un estatus casi divino, es decir, imagen de “virgen”, pero también aquellas que, por el contrario, tienen un papel de mujeres fatales, sexuadas o incapaces de tener otros anhelos que no sean los hombres;

---

<sup>46</sup> *Ibid.*, p. 106.

<sup>47</sup> Rosario Castellanos, *Mujer que sabe latín*, Fondo de Cultura Económica, México, 2003, p. 9.

mujeres malvadas contra los ángeles del hogar, mujeres mitificadas contra aquellas que siempre esperan que sean otros quienes las salven. Todas estas representaciones la alejan de ser un sujeto en las mismas condiciones que el hombre, capaz de tener en su ser complejidades. La mujer o, mejor dicho, la imagen que se tiene de ésta, se mantiene a través de conceptos en donde, a la vez que se la idealiza, se la degenera (arquetipo de lo malvado o del pecado) a fin de que culturalmente siga siendo sólo una extensión, un ser otro, sin carácter propio o un “yo” definido. Ya Simone de Beauvoir, ubicada entre la primera y la segunda ola del feminismo, analiza esto en *El segundo sexo* (1949), libro fundacional en donde, en general, teoriza sobre la identidad femenina y la diferencia entre los géneros. Al respecto de lo antes mencionado, explica:

Todos los mitos de la creación expresan esta convicción preciosa para el varón, y, entre otros, la leyenda del Génesis, que, a través del cristianismo se ha perpetuado en la civilización occidental. Eva no fue moldeada al mismo tiempo que el hombre; no fue fabricada por una sustancia diferente, ni del mismo barro que sirvió para moldear a Adán: fue extraída del flanco del primer varón. Su mismo nacimiento no fue autónomo; Dios no optó por crearla espontáneamente como un fin en sí misma y para que, en cambio, le adorase directamente: la destinó al hombre; fue para salvar a Adán de su soledad por lo que se la dio; ella tiene en su esposo su origen y su fin. [...] Al aparecer como lo Otro la mujer aparece al mismo tiempo como una plenitud de ser por oposición a esta existencia cuya nada experimenta el hombre en sí mismo; al plantearse como objeto a los ojos del sujeto; lo Otro se plantea como en sí y, por consiguiente, como ser.<sup>48</sup>

En el padre se configura el ideario de la fuerza, el poder y la masculinidad, características todas sublevadas y aplaudidas frente a las características venidas a menos que se relacionan con la naturaleza femenina. Explica Rosario Castellanos que éstas son: “la constancia, la lealtad, la paciencia, la castidad, la sumisión, el recato, la abnegación el espíritu de sacrificio,

---

<sup>48</sup> Simone de Beauvoir, *El Segundo sexo*, trad. Alicia Martorell, Debolsillo, 2013, México, p. 58.

el regir todos sus actos por aquel precepto evangélico de que los últimos serán los primeros”.<sup>49</sup>

Criar es siempre femenino, mientras que crear tiene más bien una connotación masculina (dios creador). Julia Kristeva en “El tiempo de las mujeres”, lo explica de la siguiente manera:

“Father’s time, mother’s species”, decía Joyce. Es en efecto en el *espacio generador* de nuestra especie humana en lo que se piensa al evocar el nombre y el destino de las mujeres, más que en el *tiempo*, en el devenir o en la historia. Las ciencias modernas de la subjetividad, de su genealogía o de sus accidentes, confirman esta división que puede ser el resultado de una coyuntura sociohistórica. [...] En cuanto al tiempo, la subjetividad femenina parece conferirle una medida específica que, de sus múltiples modalidades conocidas por la historia de las civilizaciones, conserva especialmente la *repetición* y la *eternidad*.<sup>50</sup>

El crear trasciende al sujeto, es para artistas, cambia la historia, al hombre le pertenece el tiempo, escribe, pinta, imagina al mundo desde su mirada, mientras que la mujer: “Pasivamente acepta convertirse en musa para lo que es preciso permanecer a distancia y guardar silencio. Y ser bella”.<sup>51</sup> Su imagen, siempre mitificada, no pertenece a la esfera pública, al criar se la mantiene dentro de la esfera privada en un continuo repetir de acciones. En tal sentido la maternidad es un camino recto que no admite ningún desvío, la mujer=madre está alineada a ser pasiva, impecable y devota.

El problema es que, a raíz de todas aquellas realizaciones en torno a su figura, la imagen se vuelve tan opaca que no permite otras realidades, que se cierra tanto que quien no quepa, porque no puede o no quiere, o porque, al serlo y tratar de seguir a rajatabla todas aquellas evocaciones sociales, no se siente realizada, termina volviéndose un monstruo, silenciada y terrible.

---

<sup>49</sup> Rosario Castellanos, *op. cit.*, p. 19.

<sup>50</sup> Julia Kristeva, “El tiempo de las mujeres”, trad., Isabel Vericat, *Debate feminista*, 1996, no. 11, p. 7.

<sup>51</sup> Rosario Castellanos, *op. cit.*, p. 20.

La fuerza de la mujer, en suma, se encuentra en su capacidad de procrear, por eso: “Se ha domesticado la idea del poder maternal. Transfigurando y esclavizando a la mujer, el útero —la fuente última de su poder— históricamente se ha vuelto contra nosotros y se ha convertido en la fuente de la debilidad”.<sup>52</sup> Sobre ella se han creado imágenes arquetípicas sobre cómo debe y no debe ser por su capacidad de gestar. Su entereza y convicciones residen en el amor hacia sus hijos, todo lo demás es superfluo, en muchos sentidos ni siquiera posee un pasado, porque se ha implementado la idea de que la maternidad es el punto más importante de su vida. Silvia Tubert explica al respecto:

Las representaciones que configuran el imaginario social de la maternidad tienen un enorme poder reductor —todos los posibles deseos de las mujeres son sustituidos por uno: el tener un hijo— y uniformador en tanto la maternidad crearía una identidad homogénea de todas las mujeres.<sup>53</sup>

El papel del padre, por otro lado, tiene mucha más flexibilidad, se le permite tener menos presencia y, en general, tener una vida, un lugar más allá del hogar, en el que también puede realizarse como individuo. La esfera pública le pertenece. Pero tal jerarquía de género no es inherente, es un axioma, por tanto, necesita ser restituido y afianzado continuamente en la sumisión del ser “otro” y para ello se hace uso de dos espacios simbólicos, piedras angulares en el análisis de Adrienne Rich: la institución heterosexual y la institución de la maternidad,<sup>54</sup> las cuales son guías que instruyen a la mujer sobre cómo debe actuar o qué debe desear.

La institución de la heterosexualidad, explica Rich,

---

<sup>52</sup> Adrienne Rich, *op. cit.*, p. 120.

<sup>53</sup> Silvia Tubert, “Introducción”, en *Figuras de la madre*, Cátedra, Universidad de Valencia, Madrid, 1996, p. 9.

<sup>54</sup> Al respecto de estas dos instituciones, Rich aclara: “Durante generaciones, las mujeres han afirmado primero su coraje en beneficio de sus hijos y de sus hombres, después en beneficio de extraños y, por último, de sí mismas. La institución de la maternidad no tiene más que ver con la concepción y el cuidado de los niños que la institución de la heterosexualidad tiene que ver con la intimidad y el amor sexual. Ambas crean las prescripciones y las condiciones sociales en las que se forman o bloquean las opciones; no son la «realidad» pero han conformado las circunstancias de nuestras vidas.” Adrienne Rich, *Nacemos de mujer.*, p. 90.

Ha inculcado en el ánimo de las mujeres, durante siglos, que somos peligrosas, impuras y la personificación de la lujuria. Después se nos dijo que «no éramos apasionadas», sino frías y sexualmente pasivas. En la actualidad, la institución prescribe que las mujeres de Occidente deben ser «sensuales» y «liberadas sexualmente», y en China, ser de tipo asceta dedicada a la revolución. Pero en todas partes se niega la realidad del amor de las mujeres por las demás mujeres.<sup>55</sup>

Así, son tres los elementos que la constituyen: el ideal del romance sin otro cauce más que el heterosexual como fin último o como realización completa en su vida (ella se casa y, entre paréntesis, se vuelve “más mujer”); la monogamia como único modo de vida, es decir, pertenecer sólo a otro sujeto masculino y, al mismo tiempo, estar dispuesta a satisfacerlo, aunque no haya una búsqueda de la propia satisfacción; y, por último, la sexualidad limitada, desde donde se aplican los dos anteriores, centrada en el placer del otro siempre masculino.

Por su parte, la institución de la maternidad

Exige de las mujeres un «instinto» maternal en vez de inteligencia, generosidad en lugar de una realización propia de la personalidad, y la relación con los demás en lugar de la creación del yo. La maternidad es «sagrada», con la única condición de que la descendencia sea «legítima»; es decir, mientras el niño lleve el nombre del padre, quien legalmente controla a la madre. Es la «misión más elevada y santa de la mujer», según manifiesta un tratado socialista de 1914. Un historiador del Sur, racista, nos informa que «la mujer es el hogar encarnado, y el hogar constituye el fundamento de todas las instituciones, el sostén de la sociedad».<sup>56</sup>

La mujer se reduce a su papel de madre desde lo biológico (el útero) y lo social (las simbolizaciones en torno a la maternidad) y se la ancla al ámbito privado. No pertenece a nadie más que a su esposo y a sus hijos; lo que hace dentro del hogar no es parte de la historia, no tiene importancia fundamental, es socavado frente a las grandes hazañas y luchas de los hombres. En tal sentido el hogar tiene una connotación puramente femenina.

---

<sup>55</sup> *Ibid.*, p. 90.

<sup>56</sup> *Ibid.*, pp. 90-91.

Desde allí se puede hablar de una distinción muy clara entre los espacios pertenecientes a cada género, el afuera pertenece al hombre, el adentro a la mujer, algo que ha sido un punto muy importante de visibilizar para el feminismo. Simone de Beauvoir, respecto de los lugares específicos a los que cada género es limitado, explica:

Mas, para hallar un hogar en sí mismo, es preciso, en primer lugar haberse realizado en obras y actos. El hombre sólo se interesa mediocrementemente por su interior, puesto que accede al universo entero y puede afirmarse en sus proyectos. En cambio, la mujer está encerrada en la comunidad conyugal; para ella se trata de transformar la prisión en reino. Su actitud con respecto al hogar está determinada por esa misma dialéctica que define generalmente su condición: toma al hacerse presa, se libera al abdicar; renunciando al mundo, quiere conquistar el mundo.<sup>57</sup>

El hombre tiene la posibilidad de la trascendencia, la mujer de la inmanencia, del tiempo cíclico, una rutina de quehaceres y su vida vivida a través de los hijos o el esposo. Su “yo” debe ser constituido a través de los otros y su personalidad tiene que desdibujarse a algo menos hostil, menos terrible, ser débil y sumisa. Explica Rosario Castellanos:

Su desamparo [de los hijos] va a despertar la absoluta abnegación de la madre. Ella velará para que él duerma; se nutrirá para nutrir, se expondrá a la intemperie para abrigar. Como por arte de magia, en la mujer se ha desarraigado el egoísmo que se suponía constitutivo de la especie humana. Con gozo inefable, se nos asegura, la madre se desvive por la prole. Ostenta las consecuentes deformaciones de su cuerpo con orgullo; se marchita sin melancolía; entrega lo que atesora sin pensar, oh no, ni por un momento, en la reciprocidad.<sup>58</sup>

La institución de la maternidad, como un constructo social donde se afinca una serie de idealizaciones regidas o castigadas en donde la culpa juega un papel muy importante (culpa por no ser una “mejor” madre, culpa por no amar lo suficiente, no cuidar lo suficiente o no avocarse lo suficiente), exige a las mujeres un “instinto materno”. Ellas deben ser y conducirse desde las evocaciones en torno a maternar, por eso es que lo que se considera

---

<sup>57</sup> Simone de Beauvoir, *op. cit.*, p. 180.

<sup>58</sup> Rosario Castellanos, *op. cit.*, p. 15.

inherentemente femenino siempre está regido por la naturaleza y las emociones, completamente diferente a la naturaleza del hombre más racional, más precisa y lógica.

Entonces, la institución de la maternidad tiene dos ejes contrapuestos en los cuales se ancla: “la relación potencial de cualquier mujer con los poderes de la reproducción y con los hijos; y la institución cuyo objetivo es asegurar que este potencial —y todas las mujeres— permanezcan bajo el control masculino”.<sup>59</sup> El fin último, su destino de vida, es ser madre. A la mujer se le cuestiona, y se cuestiona a sí misma, cuando no puede lograr todo aquello que se le exige; siente culpa por no amar suficiente, por no dar suficiente, por no *estar* suficiente.

Ya he mencionado que la manera en la que se logra su sumisión y obediencia es a través del cuerpo (cuerpo como territorio), por eso es tan importante que se controle de todas las maneras posibles:

La maternidad se conquista, primero a través de un intenso rito físico y psíquico de paso — embarazo y parto—, y después aprendiendo a criar, lo cual no se sabe por instinto. Un hombre puede procrear un hijo por medio de la pasión o de la violación, y en seguida desaparecer; no necesita ver o considerar al hijo o a la madre posteriormente. Bajo estas circunstancias, la madre se enfrenta con una serie de sufrimientos y de elecciones que la sociedad condena: el aborto, el suicidio, el abandono del hijo, el infanticidio, la educación de un hijo calificado de «ilegítimo», generalmente fuera de la ley.<sup>60</sup>

Lo antes mencionado, al no entrar ni en la institución de la maternidad ni en la de la heterosexualidad, se convierte en desviaciones, actos criminales repudiados moral y legalmente que en algunas sociedades pueden llevar hasta la muerte.<sup>61</sup> Es en estas “zonas grises”, el hombre puede restablecer el orden social, se presenta como un agente moralizador

---

<sup>59</sup> Adrienne Rich, *Nacemos de mujer*, p. 57.

<sup>60</sup> *Ibid.*, p. 58.

<sup>61</sup> Rich además aclara sobre estos espacios en los cuales se castiga a la mujer: “Sin embargo, cualquier institución que se expresa de una forma tan universal termina por afectar en profundidad nuestra experiencia, e incluso el lenguaje que utilizamos para describirla. Experiencias tales como la maternidad y la sexualidad han sido encauzadas para servir a los intereses masculinos. Los comportamientos que amenazan estas instituciones, como los amores ilegítimos, el aborto y el lesbianismo, se consideran desviaciones y actos criminales.” *Ibid.*, 90.

mientras que la mujer casi se vuelve algo fuera de la norma; en su condición de un ser venido a menos su vida no tiene valor. El padre actúa como una figura omnipresente que juzga a los otros desde su posición jerárquica superior y les asigna a todos un lugar que no debe ser puesto en duda.

¿Qué definición podría dársele entonces al cuerpo femenino? Rich explica que hay dos nociones sobre éste:

La primera señala que el cuerpo de la mujer es impuro, corrupto, receptáculo de descargas y hemorragias peligrosas para la masculinidad, fuente de contaminación física y espiritual, «instrumento del demonio». En segundo lugar, la madre como mujer es benéfica, sagrada, pura, asexual, y nutricia, y la potencialidad física de la maternidad —el mismo cuerpo con sus hemorragias y sus misterios— es su único destino y la única justificación de su vida. Ambas ideas han arraigado profundamente en las mujeres, incluso entre las más independientes, entre las que parecen llevar vidas más libres. A fin de mantener estas dos nociones, cada una en su contradictoria pureza, la imaginación masculina ha debido dividir a las mujeres, para vernos y obligarnos a nosotras mismas a considerarnos polarizadas en buenas y malas, fértiles y estériles, puras o impuras.<sup>62</sup>

Es decir que a la vez que éste es sucio, fuente de contaminación física y espiritual (la menstruación como tabú), también está atravesado por los arquetipos maternos, la *mater* dolorosa, mujer pura, virgen, asexual (contradicciones imposibles de lograr), amor desinteresado, incondicional; cuerpo sacrificado por y para los otros.

Al final, la mujer *es* (y no es) su cuerpo, porque éste sólo sirve como receptáculo de los simbolismos desde donde se erige el poder del Estado patriarcal. Su papel históricamente ha estado entre polos opuestos: buena, mala; fértil, estéril; pura, impura. No es un ser en iguales condiciones, está atada a la emoción y a la tradición.

---

<sup>62</sup> *Ibid.*, p. 79.

### 1.3 Violencia y maternidad en *Casas vacías* de Brenda Navarro

Las consideraciones hasta aquí vertidas permiten comprender por qué el tema de la maternidad ha tenido un papel muy importante en las obras de escritoras latinoamericanas, como es el caso de la convocada Rosario Castellanos. Importa reconocer que, con el paso del tiempo, su tratamiento se ha ido acentuando a la par de las reflexiones que en el ámbito cultural y social se van generando. Actualmente, en México, se puede mencionar en lo narrativo, por ejemplo, a Atenea Cruz con *Ecos* (2017), Verónica Gerber con *Conjunto vacío* (2015), Fernanda Melchor con *Temporada de huracanes* (2017) o Daniela Bojórquez con *Óptica sanguínea* (2015), mientras que, dentro de los ensayos relacionados con este tema, se encuentran *Línea negra* (2020) de Jazmina Barrera o *In vitro* (2021) de Isabel Zapata. Aunque es cierto que tampoco es un tema nuevo: la maternidad también se trató en la literatura escrita por mujeres del siglo XX, ejemplos de esto son “Canción de cuna” de Inés Arredondo o “El último verano” de Amparo Dávila, quienes narraron desde otra arista y otras preocupaciones lo materno.

Además han sido varias las antologías que se han escrito sobre el tema. Rescato *Tsunami I* y *Tsunami II*, donde distintas autoras hablan, entre otros temas, de la experiencia de maternar a través de sus diferentes realidades y expectativas en ensayos, cuentos y poemas. Recientemente también se ha publicado un libro que reúne artículos en torno a la literatura y la maternidad titulado *Escrituras de la maternidad: miradas reflexivas y metáforas en la literatura hispanoamericana*, en el cual se encuentra el trabajo de Luzelena Gutiérrez de Velasco y Romo, quien en “Maternidad, maternaje y desmaternidad de la actual literatura mexicana escrita por mujeres” analiza tres modalidades en torno a lo materno en la literatura mexicana: aquella cuyos fenómenos y discursos giran alrededor de la reproducción humana (maternidad), aquella en donde se involucra la crianza de los hijos tanto de forma

familiar como social (maternaje) y, por último, aquella comprendida desde el rechazo y la elección a no ser madre (desmaternidad).<sup>63</sup> En tal sentido, podría decirse que *Casas vacías* se encuentra anclada en las tres nociones en la novela se narra la manera en la que se experimenta la maternidad, cómo la vive cada una de las voces narrativas a través de sus propias realidades sociales y económicas, y también, de una forma u otra, qué tanto fue o no su elección.

Todo esto sirve como un panorama general para ubicar *Casas vacías* en el contexto literario y social actual, al ser una novela en la que los universos descritos de la violencia y la maternidad se presentan extrapolados en dos voces marcadas por la pérdida, el horror y el amor. Estas dos voces narran desde los simbolismos de una maternidad impuesta, en una, y una maternidad robada, clandestina, en la otra; ambas, aunque entendidas de manera diferente por la clase social (una tiene una mejor posición económica que la otra), evidencian la forma en que la institución de la maternidad estructura su existencia en un país donde la violencia es generalizada. La desaparición de Daniel o Leonel las enfrenta, pero, a pesar de sus diferencias, una es reflejo de la otra; ser madres no las salva, tampoco las reconforta. Están solas para hacer frente a un dolor compartido por los distintos estados de violencia en los que se encuentran inmersas: de pareja, familiar, estatal o social. Explica la autora:

Cuando te raspas, cuando te cortas, tienes que dejar que la piel se reconstruya mientras respira. Y el dolor es así, si te duele algo, gritas, te quejas, te sobas, lloras; porque de lo contrario se vuelve algo más fuerte, algo innombrable y con consecuencias funestas. Creo que eso es lo que ha pasado con México, nos han estado doliendo muchas cosas y no hemos sabido dejarlas respirar y ha pasado todo lo que ha pasado. Yo misma tenía mucho dolor por ver lo que pasaba y la poca capacidad de incidencia que podría tener como persona.<sup>64</sup>

---

<sup>63</sup> Luzelena Gutiérrez de Velasco Romo, “Maternidad, maternaje y desmaternidad en la actual literatura mexicana escrita por mujeres” en *Escrituras de la maternidad: miradas reflexivas y metáforas en la literatura hispanoamericana*, Claudia L. Gutiérrez Piña, Gabriela Trejo Valencia, Jazmín G. Tapia Vázquez (coords.), Universidad de Guanajuato, Guanajuato, 2021.

<sup>64</sup> Brenda Morales Muñoz, *art. cit.*

En la novela, la madre de Daniel se tiene que enfrentar a diario al fantasma de su propia maternidad, pero también a la indolencia de un país en donde su hijo es sólo otro número; la culpa la consume, no tiene a nadie. La segunda madre, la de Leonel, cuya maternidad es clandestina, se enfrenta a su pasado, a una madre que no la ama y a la muerte de su hermano. Por eso está desesperada por el sueño de un ideal de la familia perfecta y feliz que se impone desde los discursos oficiales, necesita sentirse querida y apreciada y entonces decide robar al niño.

Me interesa sumarme al diálogo de los cuestionamientos en torno a la maternidad y la violencia (inseparables en este caso) que la novela hace presente desde su diégesis y que han sido ya reconocidos en los incipientes trabajos críticos sobre *Casas vacías*. Uno de ellos es el de Liliana Hernández Ramos, Antonio Rico-Sulayes y Gerardo Castillo Carrillo, quienes hacen un mapeo lingüístico sobre la maternidad a través del análisis de la incidencia semántica de las palabras: *madre*, *embarazo* y *maternidad*, y de los binomios *nacer/nacimiento* y *niño/hijo*. En su análisis muestra cómo la novela desmonta el concepto *instinto maternal* al presentarlo como un constructo social. Tal estudio me pareció muy esclarecedor, ya que, aunque hay lexemas positivos unidos a las palabras antes mencionadas, se muestra cómo el tejido discursivo de la novela presenta una y otra vez su carácter negativo.

Concurren, por ejemplo, en el binomio *niño/hijo* lexías como:

*Pérdida, asesino, destino, muerte, descansar, encontrar*. [...] Tal como se observa, otras colocaciones que sobresalen son: *violan, problemas, maniatan, estorbar, esclavizan, descuartizan, correr, cuidar*. Prevalece una intensión negativa del lexema *niño*, estas lexías se relacionan con cuestiones de carácter sexual, secuestro y asesinato. Estas prevalencias léxicas presentan consonancia semántica directa con uno de los planteamientos centrales de la novela: la pérdida de un hijo.<sup>65</sup>

---

<sup>65</sup> Liliana Hernández Ramos, Antonio Rico-Sulayes, Gerardo Castillo Carrillo, “El concepto de maternidad, su preferencia semántica y colocaciones en la novela *Casas vacías*: un análisis de la lingüística del Corpus”, en Ester Bautista e Ignacio Rodríguez (coords.), *Humanidades digitales (corpus y literatura en México)*, Bonilla, México, 2021, p. 74.

El estudio revela cómo, desde el nivel lingüístico, la maternidad es el constructo mediador para evidenciar la violencia estructural que he referido anteriormente. Esto también lo advierte Carlos Pardo, quien analiza los personajes de la novela y las relaciones sociales o familiares que hay entre estos, de manera que queda muy claro el poder que unos tienen sobre otros. En la diégesis todos, de una manera u otra, se encuentran atrapados en un continuo de violencia objetiva y subjetiva en donde algunos están en una posición más vulnerable. Es importante también apuntar que esto no ocurre de manera lineal en *Casas vacías*, los personajes, especialmente los femeninos, ocupan tanto el lugar de víctimas como victimarias, según explica Pardo:

*Casas vacías* también habla de la profunda inhumanidad del autodomínio, del instinto de supervivencia, del paso de víctima a victimario. No se conforma con una visión abstracta de la violencia patriarcal, sino que realiza un agudo estudio de las luchas de poder, de la vulnerabilidad y la responsabilidad personal. Y, de nuevo, del desamparo.<sup>66</sup>

En efecto, la violencia se presenta en una manera tal que traspasa los espacios interiores. En el hogar se dan las primeras relaciones de poder, allí se aprende el lugar que cada sujeto ocupa, lo que termina mostrándose en las distintas esferas hasta el punto en donde adquiere un tono de cotidianidad. Existe una creencia bien arraigada de que hay axiomas inherentes a la cotidianidad, y de esta manera es además como se mantiene el orden que pocos están dispuestos a romper, porque la violencia, al ser estructural, no permite otro modo de comprender la realidad. Por eso la madre de Leonel, es decir, la mujer que roba al niño, a pesar de ser maltratada, sueña con que las cosas van a mejorar una vez que pueda formar una familia con su pareja:

Yo me quedé en la cocina llorando porque, aunque Rafael estaba loco y era capaz de lastimarme, *éramos familia*, y yo quería decirle que cuando tuviéramos a nuestra hija le iba a hacer paletas de chocolate y vainilla y de fresa y de nuez y que él dijera que

---

<sup>66</sup> Carlos Pardo, “Una primera novela deslumbrante”, *El País*, 31 de enero de 2020. [https://elpais.com/cultura/2020/01/30/babelia/1580392002\\_823868.html](https://elpais.com/cultura/2020/01/30/babelia/1580392002_823868.html)

bueno y que me abrazara fuerte, pero claro que no dijo nada porque el muy cabrón ya andaba cogiendo con otras y yo me tenía que quedar callada porque el miedo era mutuo pero él siempre era el más fuerte.<sup>67</sup>

Para la mamá de Leonel antes de todo está la familia, por eso, ante la ilusión que tiene de un hijo y del amor, le perdona todo a su pareja. Socialmente la tradición se afinca en la figura femenina, ella debe honrar y callar porque el hombre se muestra más fuerte y preparado. Lo que ella pueda hacerle nunca será igual a lo que él le haga porque mentalmente ya se percibe más débil que él.

En *Casas vacías* los personajes ejecutan la violencia, pero también los afecta. Independientemente de lo mal que lo pasen en sus espacios privados, la realidad es que su país sigue pasando por una crisis que está presente en cada nivel social. No se pueden escapar, viven a través de ésta. Por eso ambas narradoras son heridas abiertas, cuerpos cuyos roles parecen siempre fallidos: madres devotas, villanas sin trasfondo, sexuadas o fatales. Ellas sólo son comprendidas a través de esas etiquetas, seres otros hechos desde la mirada masculina a quienes se les impone la idea de que su trascendencia se encuentra en el dar todo por quienes las rodean:

No solo porque ella ya no tenía que hacerse cargo de sí misma, sino porque su muerte, de un día para otro, la había santificado: todo lo que ella había hecho era perfecto, tan buena, tan tierna, tan la mejor madre; y yo, sofocada, sin poder caminar erguida y firme, sin poder mirarme el pubis, sin dejar de ser torpe en cada paso, ya había fracasado como mamá.<sup>68</sup>

Las mujeres, como lo explica la madre de Daniel, deben ser “buenas”, “tiernas”, “mejores”; ser “monjas devotas, amas de casa impecables, hijas, esposas y madres dóciles”.<sup>69</sup> Volverse,

---

<sup>67</sup> Brenda Navarro, *Casas vacías.*, p. 94. Las cursivas son mías.

<sup>68</sup> *Ibid.*, p. 76.

<sup>69</sup> Rosario Castellanos, *op. cit.*, p. 127.

al fin y al cabo, lo que se necesita que sean para quienes están cerca de ellas, como ha sido señalado por Rosario Castellanos:

Monstruo de su laberinto, la señorita se extravía en los meandros de una intimidad caprichosa e imprevisible, regida por los principios que el “el otro” conoce hasta el punto de localizar y dominar con exactitud cada sitio, cada recodo, y de predicar la utilidad, sentido y limitaciones de cada forma.<sup>70</sup>

Ellas no se conocen, no pueden hacerlo cuando toda la vida se les ha indicado un solo camino para seguir. El escenario social pertenece a ellos, las bambalinas, el silencio, a ellas. Son *ser otro*, madres que cuando pierden al hijo se pierden a sí mismas. Porque, a pesar de que ambas voces narrativas tratan inútilmente de cumplir con ciertos estándares en sus roles, tanto de madres como de hijas y esposas, jamás lo logran. La batalla ya la tienen perdida, no les queda más que callar.

Siguiendo esta línea, Cristina Bazán en “Casas vacías, el trauma de las desapariciones y la maternidad forzada”, dialoga con Brenda Navarro sobre esos dos temas. Al respecto de la desaparición, Navarro explica:

Simbólicamente hay una desaparición de un niño, pero para mí lo principal eran las desapariciones de expectativas. Creo que vamos creciendo, hombres y mujeres, creyendo que el mundo va a ser de alguna manera. Luego nos damos cuenta de que la mayoría de las veces es todo lo contrario a lo que pensamos y entramos en una eterna frustración, como la piedra de Sísifo.<sup>71</sup>

Considero que este rompimiento de expectativas ocurre de manera más brusca en las mujeres por cómo se asocia su realización a la perspectiva de la maternidad. Algo que se puede ver de forma muy clara en *Casas vacías* porque, aunque la pérdida del hijo les ocurre a ambos miembros de la pareja, son ellas las que se mantienen encerradas, lloran y se castigan. Su

---

<sup>70</sup> *Ibid.*, p. 13.

<sup>71</sup> Cristina Bazán, “Casas vacías, el trauma de las desapariciones y la maternidad vacía”, entrevista a Brenda Navarro, *efeminista*, 28 de diciembre de 2020. <https://efeminista.com/casas-vacias-desapariciones-maternidad/>

vida, en muchas maneras, termina, como deja ver una de las narradoras: “Si piensas en el futuro sueles verte bien. Todos queremos el futuro porque es una promesa de que en algún momento se te va a quitar la estupidez. *Mi futuro no existe, se lo llevó Daniel*”.<sup>72</sup> Para ella, la madre de Daniel, no hay sentido sin él, no queda nada, es una cáscara vacía. El horror de la desaparición y lo que esto causa en el cuerpo y en la psique de los personajes de la novela no se relacionan gratuitamente con la maternidad. Ésta, en tanto constructo institucionalizado, es la ventana por la que se filtra la violencia sistémica. Puede decirse entonces que un punto central en *Casas vacías* es cómo, desde las distintas subjetividades, se presenta esa violencia que lo cubre todo, tanto el universo de lo íntimo como el de lo social.

---

<sup>72</sup> Brenda Navarro, *Casas vacías.*, pp. 30-31. Las cursivas son mías.

## Capítulo 2. La violencia estructural en *Casas vacías*: de lo objetivo a lo subjetivo

*Casas vacías* revela y muestra, desde un espacio que siempre ha sido idealizado por la sociedad mexicana, los principales ejes de violencia estructural. Es difícil hablar de todos los daños que la política estatal del silencio ha causado en el país (sobre todo en los últimos años), faltaría espacio o tiempo suficiente para observar los entramados psicológicos y físicos que ha causado en los individuos. Pero lo que sí se puede dejar claro es que tales hechos se han vuelto tan cotidianos que, poco a poco, la sociedad se ha adaptado hasta el punto en que se crearon eufemismos para nombrarla; los muertos, los desaparecidos, dejaron de tener rostro o se volvieron todos criminales que no merecían más que destinos fatales. Ésa fue la narrativa que se sigue perpetuando aún hoy día: la de una violencia encarnizada y terrible, sí, pero ajena a la vida cotidiana. Salvador Elizondo en su ensayo “De la violencia” explica sobre esto:

Decimos: hubo violencia o habrá violencia; pero no decimos jamás: hay violencia, porque el instante en el que la violencia se produce es aquel en el que el habla cesa y el hecho es inexpresable. La violencia es la negación del habla y no hay violencia verbal porque aun la injuria sólo tiene un carácter mágico o formal; sólo hay mudez, insignificación de cuerpos que realizan su discontinuidad.<sup>73</sup>

La violencia que se vive en el país se ha vuelto en muchos discursos políticos cosa del pasado o del futuro, o una herramienta que se usa en el momento para atacar y luego vuelve a dejarse a un lado, felizmente ignorada. Por eso es que *Casas vacías* se volvió un libro que, a pesar de que se publicó en una editorial pequeña desde el internet y con poca publicidad, poco a poco comenzó a leerse y recomendarse hasta adquirir un notable interés. La historia que narra

---

<sup>73</sup> Salvador Elizondo, “De la violencia” en *Cuaderno de escritura*, ed. facsimilar, Editorial de la Universidad de Guanajuato, México, 2018, p. 60.

es cruenta, y llega a ser atroz también, pero si algo logra Brenda Navarro con la novela es romper con el silencio sistemático. Muestra dos personajes femeninos llenos de culpa y anhelos inacabados en un entramado social en el que la mujer *es* debido a su capacidad de gestar y posterior cuidado de los otros. Explica la autora sobre el libro:

diría que es una novela que habla de la soledad que tenemos las mujeres ante las constantes desapariciones de nuestras vidas: desaparece nuestro *yo* al convertirnos en madres, esposas, novias, trabajadoras. Siempre estamos cumpliendo un mandato social, nos escondemos detrás del maquillaje, de la profesión, etc. Somos un desaparecer constante siempre en pos del bien general. Hablo, quizá, de lo que significa la soledad que te da estar viva y constantemente silenciada porque lo que vende, lo que importa no está en lo que les pasa a las mujeres. Pero quizá vaya de otra cosa y todavía no lo sé.<sup>74</sup>

Esas otras cosas que se narran en *Casas vacías* podrían ser las violencias toleradas que dentro de la familia se aceptan mientras no se comenten en voz alta: incesto, violaciones, golpes y vejaciones, y que son proyecciones de las otras instituciones sociales. Estos secretos familiares marcan a más de una generación, se cargan como lastres o maldiciones, se aprende desde dentro del hogar a guardar silencio frente a ciertos hechos injustos o violentos para mantener la armonía. Dentro de muchas esferas familiares, los idílicos modelos de amor y aceptación terminan desmoronándose. Hay madres que odian a sus hijos e hijos que odian a sus padres, que matan, maltratan, violentan y abandonan; pobreza, falta de educación y de oportunidades extrapoladas a los contextos sociales y económicos.

*Casas vacías* es una novela donde dos voces contrapuestas narran la evidente violencia estructural y objetiva. Desde sus voces se evidencia, además, las historias de vida más periféricas o condenadas al ostracismo. Como ya se ha mencionado, Rita Segato explica la sociedad como una jerarquización en donde el sujeto masculino tiene el poder en todas las

---

<sup>74</sup> Brenda Morales Muñoz, *art. cit.*

relaciones humanas necesarias para mantener en funcionamiento las instituciones sociales o estatales. Ante esto, se debe dar voz a aquellos que viven en la periferia, los olvidados que, como bien explica Eduardo Galeano, en *El libro de los abrazos*, son:

Los nadies: los hijos de nadie, los dueños de nada. / Los nadies: los ningunos, los ninguneados, corriendo la liebre, muriendo la vida, jodidos, rejodidos: / Que no son, aunque sean. [...] Que no son seres humanos, sino recursos humanos. / Que no tienen cara, sino brazos. / Que no tienen nombre, sino número. / Que no figuran en la historia universal, sino en la crónica roja de la prensa local. / Los nadie, que cuestan menos que la bala que los mata.<sup>75</sup>

Los nadie, de los que hace mención Galeano, son los sujetos otros, siempre feminizados, de los que habla Segato al describir la “feminización”<sup>76</sup> como una noción desde el que se articula la violencia estructural a través de un orden social y económico en donde los sujetos que lo componen tienen menos visibilidad o son ignorados por la ley; carentes de derechos y dejados a su suerte en los cinturones de miseria que constituyen muchas ciudades.

En *Casas vacías* se explora, desde la posición del ser “otro” feminizado, la realidad primero de sus dos personajes principales y después de aquellos que los rodean y que, de una u otra manera, están inmersos en la violencia estructural. Los personajes centrales de la novela son, a grandes rasgos, los “nadie”, no sólo en el sentido en el que su vida personal pasa desapercibida por su condición de mujeres=madres, cuerpos sin nombre, despojados de identidad propia en una cultura en donde su figura se eleva con imágenes como la Virgen de Guadalupe.<sup>77</sup> Octavio Paz, uno de los primeros ensayistas mexicanos en estudiar la

---

<sup>75</sup> Eduardo Galeano, *El libro de los abrazos*, siglo XXI, Ciudad de México, 2020, p. 51.

<sup>76</sup> Rita Laura Segato, *Las estructuras elementales de la violencia*, p. 145.

<sup>77</sup> En *El laberinto de la soledad*, Octavio Paz explica sobre el culto que se tiene a la Virgen de Guadalupe: “no sólo revela la condición final de los hombres sino una situación histórica concreta, tanto en lo espiritual como en lo material. Y hay más: Madre universal, la Virgen es también la intermediaria, la mensajera entre el hombre desheredado y el poder desconocido, sin rostro: el Extraño. Por contraposición a Guadalupe, que es la Madre Virgen, la Chingada es la madre violada.” Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, Fondo de Cultura Económica, México, 2010, pp. 93-94.

importancia de la figura materna a nivel social y cultural, encarna esta naturaleza invisible de la mujer=madre mexicana en la figura de la Chingada, de quien explica:

La Chingada es aún más pasiva. Su pasividad es abyecta: no ofrece resistencia a la violencia, es un montón inerte de huesos, sangre y polvo. Su mancha es constitucional y reside, según se ha dicho más arriba, en su sexo. Esta pasividad abierta al exterior la lleva a perder su identidad: es la Chingada. Pierde su nombre, no es nadie ya, se confunde con la nada, es la Nada. Y sin embargo, es la atroz encarnación de la condición femenina.<sup>78</sup>

La Chingada, analiza el autor, atraviesa la culpa y violencia que reside a nivel histórico en el mexicano al encarnarse en dos figuras: la del conquistador y la del conquistado, es decir, producto de la madre violada al mismo tiempo que victimario de ésta. Por eso la madre tiene un papel dual. Elevada, pero destinada a la Nada, al silencio. Estas mujeres=madres, en esa reconstrucción casi mitológica de su figura, se vuelven

Sujetos a quienes el tiempo no implica en la responsabilidad de la transformación y cuya conciencia excluye la posibilidad de decidir y optar entre alternativas, prisionera de una “naturaleza-esencia-otro”, de un programa inexorable percibido como biológico y, por tanto, inevitable.<sup>79</sup>

En tal sentido puede decirse que en *Casas vacías* se narra la forma en la que se encuentran encarceladas o sujetas a la institucionalización de la maternidad y de la heterosexualidad que las pone a ellas como el centro de los discursos políticos y jurídicos, pero como objetos, no como individuos. Es importante sumar a esto lo ya dicho por Nora Domínguez Rubio:

Las madres ocupan un lugar central en la definición y perpetuación de los sistemas de parentesco, sirven a intereses estatales, anudan los espacios público y privado, habitan las clases sociales, acuden de manera reiterada y ostensible, en tanto objeto y sujeto de consumo, a inscribir su lugar en diferentes formas de publicidad, condensan las variantes de la culpa por el destino de sus hijos, son lugares de veneración para las religiones y las culturas populares, están propensas a permanecer encerradas en los discursos jurídico, médico y político. Es decir, dan cuenta de lo social y de lo cultural de diversas maneras.<sup>80</sup>

---

<sup>78</sup> *Ibid.* p. 94.

<sup>79</sup> *Ibid.*, p. 144.

<sup>80</sup> Nora Rubio Domínguez, *op. cit.*, p. 8.

Es tal su papel que el relato materno sostiene y acompaña la identidad de muchas sociedades. Ser madre significa sacrificar y cuidar de manera continua la vida de otra persona, además de aceptar la culpa desde su “no lugar en el mundo” si por algún motivo perdiesen su “razón de vida” es decir, sus hijos. Su valor reside en el hogar en tanto que, como seres fuera de la ley, a pesar de que los problemas institucionales las golpean, parecen pasarles a otros, no se mencionan con claridad. El gran suceso que marca su vida es periférico incluso dentro de los márgenes sociales. En *Casas vacías*, aunque la violencia estructura todo el libro, las mujeres se enfrentan a ésta en un completo abandono. Dentro de sus casas el perder a alguien no marca la vida de los otros, quienes continúan mientras ellas quedan aún más marginalizadas.

La desaparición, a pesar de ser un punto focal en la novela, no marca el devenir histórico, el “afuera” mantiene su funcionamiento, ni la pérdida del niño, la muerte sin respuestas del hermano o la huida de esta segunda narradora genera cambios a nivel comunidad. En realidad, las tres desapariciones antes mencionadas centran distintas maneras de “ya no ser” o “no estar” en el entramado social. Sin apoyo familiar o estatal las mujeres en la novela viven solas su pérdida y al mismo tiempo soportan ser juzgadas o señaladas desde la moral y la tradición, castigadas por algo en lo que quizás no tienen ninguna elección.

En México, las madres de desaparecidos han hecho grupos y se han organizado en una red que poco a poco ha crecido a lo largo de los estados para buscar por sí mismas una respuesta al paradero de todos sus hijos desaparecidos. Sin espacios para alzar la voz e ignoradas por el gobierno, se organizaron por sí mismas, incapaces de seguir permaneciendo calladas. Esto ha roto con la imagen nacional de madre sufrida que siempre espera, convirtiéndolas en sujetos activos y, a la vez, en una amenaza social y política.<sup>81</sup> Aunque

---

<sup>81</sup> Ejemplo es uno de los colectivos más importantes “Madres buscadoras de Sonora” perdió en noviembre del 2022 a su líder Cecilia Flores, quien ya había anunciado amenazas contra su vida por su papel tan visible y

aparecen estos colectivos en *Casas vacías*, la madre de Daniel se aleja rápidamente de ellos, incapaz de soltar la culpa en la que vive por la pérdida de su hijo:

Fui a la primera reunión en la ciudad, todas llevaban expedientes gordos, zapatos rotos, mochilas en la espalda porque varias no sabían dónde iban a dormir. Eran batallones femeninos, y ellas eran combativas. Se habían organizado, estaban recorriendo el país. Contaban el caso de aquella madre que encontró a su hijo después de ocho años de búsqueda, un hijo encarcelado en la frontera. Se esperanzaban, cargaban fotografías de sus hijos como quien carga escapularios y cruces en el cuello. Quería que me tragara la tierra. ¿Qué pasó con tu hijo?, preguntó una, y yo, que sentía que mi descuido en el parque era una estupidez y una negligencia frente a ellas que enarbolaban sus historias como las más tristes, dije que no quería hablar.<sup>82</sup>

La madre de Daniel se aísla incluso en los lugares donde podría ser escuchada y tomada en cuenta, porque la forma en la que perdió a su hijo la siente como la peor, es mala madre incluso entre “las malas madres”. Su desaparecido no es como el de aquellas madres sufridas. El silencio lo carga sobre ella como penitencia, en ese sentido es incapaz de representar ningún papel dentro de los espacios hechos por estas personas, ni siquiera el de la madre que se permite gritar su dolor. Dentro del universo diegético las dos narradoras existen sólo cuando Daniel o Leonel aparece en sus vidas. No tienen pasado ni tampoco futuro: “La maternidad institucionalizada exige de las mujeres un «instinto» maternal en vez de inteligencia, generosidad en lugar de una realización propia de la personalidad, y la relación con los demás *en lugar de la creación del yo*”.<sup>83</sup>

Sin una personalidad propia y, por tanto, sin la capacidad y la oportunidad de una identidad, de un yo más allá del que existe a través de sus hijos, ellas están difuminadas,

---

político en la búsqueda de desaparecidos. Para más información consultar la noticia “Cecilia Flores, líder de las madres buscadoras de Sonora: *Han puesto precio por mi cabeza*”, *El País*, 22 de noviembre de 2022: <https://elpais.com/mexico/2022-11-15/cecilia-flores-la-lider-de-las-madres-buscadoras-de-sonora-han-puesto-precio-por-mi-cabeza.html>

<sup>82</sup> Brenda Navarro, *Casas vacías*., pp. 126.

<sup>83</sup> Adrienne Rich, *Nacemos de mujer*., pp. 88-89. *Cursivas mías*.

invisibilizadas incluso, su culpa se enraíza junto a la soledad. Algo que Navarro, como Octavio Paz ya había señalado, considera casi inherente a la mexicanidad.<sup>84</sup>

Eso era lo que más dolía, que, en el fondo, los tres sabíamos que mi descuido era el descuido de los tres, pero que era más fácil echarme a mí la culpa, o creer en el destino, que a veces creíamos. Era lo mismo.  
¿A dónde se fue Daniel?<sup>85</sup>

Comparar al destino con la culpa no le permite a la madre de Daniel buscar otras formas de enfrentar su dolor, se aferra a la culpa de no ser suficiente, de no dar suficiente. La madre de Daniel no tiene pasado al cual aferrarse, su realidad es el presente desquebrajado por la falta de su hijo. Por eso su casa, llena del recuerdo de él, es el único lugar donde se permite seguir existiendo, incluso si dicha existencia está fracturada: “Yo luchaba con mi propio infierno, pueril, soso, vano pero mi infierno. No se puede ser humano si otro organismo te succiona la vitalidad. Tampoco se puede ser humano si cargas los fantasmas que no te corresponden, se llama individualidad”<sup>86</sup>. La madre de Leonel, por otro lado, no tiene futuro y su presente está siempre en constante peligro por el hecho de que sabe que su maternidad no le pertenece. Es una mentira que ella misma se aferra en hacer que los demás crean: “por eso creí que Leonel iba a llegar y mejorar todo, pero era nada más tapar el dedo con el sol, lo que está podrido, está podrido, ni modo”<sup>87</sup>. Conforme la narración avanza se hace cada vez más claro que para ella convertirse en madre termina significando perderse en su casa y en los llantos del niño:

Yo me quedé con Leonel en la sala. Y le dije Leonel, Leonel, ¿qué tienes? Pero Leonel nomás se metía la mano a la boca y se le escurrían los mocos y las lágrimas por su carita hasta que después de un ratote se quedó dormido. Yo, que para ese momento

---

<sup>84</sup> Octavio Paz explica: “Estamos solos. La soledad, fondo de donde brota la angustia, empezó el día en que nos desprendimos del ámbito materno y caímos en un mundo extraño y hostil. Hemos caído: y esta caída, este sabernos caídos, nos vuelve culpables. ¿De qué? De un delito sin nombre: el haber nacido.” Esto lo entiende, aunque inherente en todo ser humano, imposible de escapar cuando se es mexicano. Octavio Paz, *op. cit.*, p. 88.

<sup>85</sup> Brenda Navarro, *Casas vacías.*, p.25.

<sup>86</sup> *Ibid.*, p. 71.

<sup>87</sup> *Ibid.*, p. 40.

tenía la boca seca y la panza inflamada, preferí ni moverlo del suelo y fui por una cobija y lo tapé, luego fui a buscar a Rafael.<sup>88</sup>

La mamá de Leonel lo roba porque el niño en un primer momento encarna todas sus fantasías en torno a la familia perfecta. El problema es que él, al tener una discapacidad, termina convirtiéndose en algo que ella detesta a pesar de los momentos de amor que tiene: “Pensé que tenía que darle tiempo a que nos conociéramos todos, una familia no se hace de la noche a la mañana. El autismo lo arruinó todo, o eso, o es que no sé escoger a los hombres de mi vida”.<sup>89</sup> Su relación, tanto con Leonel como con Rafael, está cimentada por la violencia subjetiva y estructural; necesita ser validada de la forma que sea para darle sentido a su existencia. Ella no es un ser individualizado, pero Leonel tampoco lo es para ella, porque a sus ojos no es más que un niño roto, precioso, pero deficiente e incapaz de llenar sus expectativas.

Ambas narradoras, al ser madres, adquieren un lugar distinto dentro del escenario social. Aunque entienden la maternidad como una etiqueta permanente a nivel personal ésta tiene sus matices desde la posición económica e incluso el color de piel que tienen. Rodeadas de una violencia, que no sólo es física, habitan espacios desde su interseccionalidad, la raza, la clase y el género:

En las afueras de la ciudad, la compañera de Nagore celebraba su cumpleaños con bombo y platillo, una casa entre el bosque, rodeada de autos de lujo. Tanto Fran y yo pensamos que era curioso que esa niña fuera a la escuela de Nagore, las clases sociales no se rozan, pensé. *Y en todo caso, si nosotros teníamos acceso a ese tipo de relaciones era por la nacionalidad de Fran y Nagore, no por el dinero. O eres rico o eres blanco, no hay matices.* Así que mientras descubrimos una casa sin muebles aunque con una piscina abarrotada de globos y dulces, nos percatamos de que no era la madre, sino un muchacho de tez morena y cuerpo robusto quien se encargaba de la fiesta del patrón.<sup>90</sup>

---

<sup>88</sup> *Ibid.*, p. 41.

<sup>89</sup> *Ibid.*, p. 40.

<sup>90</sup> *Ibid.*, p. 135. Las cursivas son mías.

Pareciera que, aunque en la ley no se presente, a nivel social hay un entendimiento general del lugar que cada uno debe de ocupar por sus características físicas y por el dinero que posee. La mamá de Daniel tiene la oportunidad de entrar a aquel mundo por estar casada con un español y ser madre de sus dos hijos. Frente a la familia de Fran, su lugar se vuelve más valioso al dar a luz a un varón blanco, a diferencia de ella, cuya piel es morena: "Pero qué bonito y gracioso es, se parece a Fran. Es blanquito, se le va a poner la piel blanquita, ¿verdad?, y le besaba el cabello que apenas se asomaba en el cráneo de mi hijo".<sup>91</sup>

En cambio, la mamá de Leonel pertenece a la clase trabajadora, se sabe diferente por su ropa y el trabajo que tiene como vendedora de paletas: "Me dejaron entrar hasta la alberca, uf, pero qué casa, pensé. Yo me sentía miserable, con mi ropa vieja, mis zapatos casi rotos, de plástico; y todos ahí con sus ropitas frescas, sus copitas de vino, sus cabellos limpios, sus sonrisas blancas y derechas".<sup>92</sup> Ella conoce su lugar en el sentido en el que si encuentra injusto lo que le pasa, no reclama; observa esa otra vida desde lejos. Su vida antes de la llegada de Leonel ya está fracturada y llena de odio por el desinterés de los otros y la nula preocupación política por sus vidas periféricas. Ella se ha cansado de buscar justicia a nivel estatal, es consciente de que su voz no va a ningún lado, como tampoco la de su madre y la de su abuela. Esa es la forma en la que ha crecido en los círculos y vínculos con la gente con quien se rodea y que tienen la misma escasa oportunidad de hacerse escuchar. Ejemplo de esto es lo que sucede con su hermano, ya que después de que no aparece por días, la mamá de Leonel descubre que está muerto y que no hay nada que pueda hacer para buscar justicia, porque a nadie, tanto dentro como fuera de su trabajo, le importa que ya no esté:

Pues que no le pasó nada. Que lo emparedaron. Así, que ese día que se fue de la casa le dijeron que le iban a pagar horas extra y el día doble si se quedaba el turno de la

---

<sup>91</sup> *Ibid.*, p. 122.

<sup>92</sup> *Ibid.*, p. 101.

noche y pues que se quedó. Que estaban trabajando y que de repente algo se cayó en el hoyo que él y otro compañero estaban cavando y que se fue todo el cemento de la máquina encima de ellos. Que se armó el caos pero que alguien dijo que ya, que era más desmadre sacarlos, que no iban a sobrevivir, que nadie sabía qué hacer y que pasó el tiempo y el cemento empezó a secarse y que luego ya, todos siguieron trabajando como si nada.<sup>93</sup>

En este sentido podría decirse que en el hermano de la segunda narradora también se encarna una noción de un sujeto feminizado por la pobreza y marginalidad. Ya que, en las relaciones de poder de las cuales es parte, su lugar es de sometimiento; tanto con su madre como en el trabajo son otros quienes disponen de su cuerpo. Su muerte, aunque trágica y terrible, pasa completamente desapercibida. Su cuerpo, igual al de muchos otros, no tiene más valía que aquella que se le da como máquina de trabajo, capaz de hacer horas extras por un poco de dinero, pero cuya muerte, en vez de generar cuestionamientos y una búsqueda de la justicia pasa desapercibida, en un sistema del “desvínculo”, como menciona Eduardo Galeano:

Un sistema del desvínculo: *El buey solo bien se lame*. El prójimo no es tu hermano, ni tu amante, el prójimo es un competidor, un enemigo, un obstáculo para saltar o una cosa para usar. El sistema, que no da de comer, tampoco da de amar: a muchos condena el hambre de pan y a muchos más condena el hambre de los abrazos.<sup>94</sup>

Estos seres periféricos viven un silenciamiento y un abandono distinto, más cruento porque están perdidos del sentido de comunidad, y lo que es peor: el sistema los excluye hasta el punto en que los vínculos que podrían formarse son destruidos para mantenerlos separados, odiándose y odiando a todo aquel que pueda tener más oportunidades sociales. En *Casas vacías*, estos personajes se encuentran totalmente aislados. Siendo mano de obra barata, sus derechos llegan hasta cierto punto, no importa realmente lo que les pase por haber nacido en un ambiente de miseria y violencia, en donde la ternura y la empatía son dejadas a un lado.

---

<sup>93</sup> *Ibid.*, pp. 93- 94.

<sup>94</sup> Eduardo Galeano, *op. cit.*, p. 69.

En ambas narradoras, las similitudes que comparten en tanto género y clase son importantes, pero también deben tomarse en cuenta sus diferencias, porque, incluso en el diálogo que mantienen consigo mismas, está presente el lugar de donde vienen y las oportunidades que han tenido. Por eso, en una, la madre de Daniel, hay momentos de reflexión profunda sobre su propio lugar en el mundo, incluso las palabras que utiliza y la forma en la que conecta su discurso denotan una educación superior. Es alguien que ha estudiado y que, por algún motivo que no se conoce, abandona todo a favor del hogar y el matrimonio. Cuando Daniel desaparece, ella tiene tiempo para cuestionarse quién es o por qué actúa como lo hace, da vueltas una y otra vez a un mismo pensamiento, lo observa desde distintos ángulos y pareciera que incluso lo disecciona en sus partes más pequeñas. Su discurso tiene espacio para volverse laberíntico y lleno de cuestionamientos: “Te imaginas todo menos que un día vas a despertar con la pesadez de un desaparecido. ¿Qué es un desaparecido? Es un fantasma que te persigue como si fuera parte de una esquizofrenia”.<sup>95</sup> Ella reflexiona sobre la muerte, la vida, la maternidad y el lugar que ocupa dentro de éstas. Su posición económica y social le permite tiempo y espacio de contemplación de su alrededor para pensarse. Es consciente de todo aquello que la encierra, de su papel roto de madre y de los estereotipos dentro de éste, pero no hace nada para escapar de ellos; los abraza dentro de su miseria.

Sus reflexiones, aunque necesarias para cuestionarse y exigirse, son imposibles para alguien cuya situación lo mantiene en constante cansancio físico o mental o que no cuenta con las herramientas necesarias para continuar adquiriendo conocimientos, como es el caso de la mamá de Leonel. En su discurso, son pocas las reflexiones que hace en cuanto a temas

---

<sup>95</sup> Brenda Navarro, *Casas vacías.*, p. 17.

ontológicos. Piensa en el trabajo, la casa y su madre como preocupaciones presentes que ocupan todo su día. Su uso del lenguaje es completamente dialectal y coloquial. Narra las cosas como son, como las vive a diario: "¿Qué has pensado de lo que te dije? Pues lo sigo pensando, me dijo, y me dio un beso para callarme la boca. Oh, Rafa, te estoy hablando en serio, pero él nada más se reía o me besaba o me metía la mano".<sup>96</sup> Su vida, rodeada por las preocupaciones en torno a las necesidades básicas de cualquier individuo, apenas le da tiempo para la reflexión profunda, se aferra a aquello que piensa inherente a su propia condición. Su constitución mental y física está estructurada por los golpes y los secretos familiares. Los límites entre lo correcto e incorrecto flexionan todo su discurso. Utiliza las palabras como armas, no se censura, las tuerce en un intento por apropiarse de sí misma sin ver resultados.

Al final, desde una y otra posición ninguna de las dos puede vivir *con* su hijo, pero tampoco puede vivir *sin* su hijo. Ellas terminan convirtiéndose en los sujetos desde donde los otros se sostienen, echan culpas y reestablecen el poder. Ejemplo de lo anterior se encuentra en la relación que la madre de Leonel y su hermano tienen con su madre, quien los golpea y la excluye porque sabe que no pueden defenderse; al menos en su casa, con sus hijos, ella puede decidir:

Estábamos desayunando y mi hermano tiró la leche en la mesa. Mojó el mantel pero lo secamos rápido los dos. Mi mamá ni se fijó que no le había quedado una mancha, el chiste era pegar, así que le dio un zape y mi hermano se pegó en la boca con el vaso de leche. Le salió sangre del labio. Yo le dije a mi mamá que no le pegara que viera lo que acababa de hacer pero me dijo que no me metiera.<sup>97</sup>

La madre de la segunda narradora encarna un doble papel, por un lado víctima de su hermano y su propia madre y, por otro, victimaria de su descendencia. El círculo de violencia

---

<sup>96</sup> *Ibid.*, p. 42.

<sup>97</sup> *Ibid.*, p. 92.

estructura sus relaciones familiares y, en ese sentido, el que la madre de Leonel se haya robado al niño se puede entender como un acto que escapa de las nociones morales del bien y el mal; porque, por la forma en la que ha crecido, estas nociones se encuentran ultrajadas, corresponden al momento, a la persona o al lugar, están doblegadas por quien tenga el poder sobre los otros.

En *Casas vacías*, el extravío del niño tiene un papel simbólico ya que, al perderlo, también pierden otras cosas, hay remordimiento, dolor y (en ocasiones) alivio.<sup>98</sup> La maternidad, con todas sus asignaciones políticas, sociales y culturales, se ve permeada o sobrepasada por los distintos ejes de violencia estructural desde la cual pareciera que no pueden escapar, y que en muchas ocasiones incluso buscan, en un intento de ser castigadas para poder redimir los errores que otros les han puesto encima, como es el caso de la mamá de Daniel: “Ese día Fran llegó y acostó a Nagore y yo quería que se acercara a mí y supiera que mi vagina olía a sexo. *Y que me pegara*. Pero Fran no se percató. Hacía mucho tiempo que ya no nos tocábamos, ni siquiera un roce.”<sup>99</sup>

Ambas mujeres debaten continuamente consigo mismas, se enfrentan o se esconden. Marcela Lagarde explica que “en la sociedad que especializa a las mujeres en la reproducción social, el conjunto de acciones maternas es algo propio de las mujeres, no es exterior a ellas, lo han internalizado como parte de sí mismas, y constituye un núcleo fundamental de la identidad femenina”.<sup>100</sup> Por eso, cuando la primera narradora, la madre de Daniel, pierde a su hijo, eso trastoca su mundo hasta el punto que ya no le interesa seguir viviendo o

---

<sup>99</sup> Brenda Navarro, *Casas vacías*, p. 20. Las cursivas son mías.

<sup>100</sup> Marcela Lagarde, *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2005, p. 250.

disfrutando de las cosas; se vuelve un trabajo hasta respirar: “Algunas veces, Fran me llamaba por teléfono para recordarme que teníamos otra hija. No, Nagore no era mi hija. No. Pero la cuidamos, pero le ofrecimos un hogar, me decía. Nagore no es mi hija. Nagore no es mi hija. (Respira. Prepara comida, tienen que comer)”.<sup>101</sup> Hay una constante repetición de palabras, la circularidad de su discurso parece una necesidad permanente de ubicarse en un espacio, por más sombrío que este sea. Necesita saberse en un “no aquí” para así ser capaz de destruir todo aquello que la rodea, por eso, desde ese “no lugar” todo lo que una vez fue mecánico o automático se vuelve una carga, una tarea que tiene que cumplir para otros, nunca para sí misma. Si necesita levantarse y seguir siendo la madre sustituta de Nagore, alguien más tiene que recordárselo.

La segunda narradora, la madre de Leonel, por otro lado, al perderlo termina con todo. No puede castigarse, pero tampoco puede seguir siendo, es decir, seguir existiendo; su maternidad, después de todo, es prestada. El futuro no tiene razón de ser en aquel juego de máscaras, tampoco le interesa. Al no poder lograr ninguna de sus fantasías se pierde a sí misma, no es madre, pero tampoco es un sujeto perceptible a la ley, es decir, al castigo. Toda su vida ha vivido fuera de lo que se considera socialmente aceptable, tanto en el eje tradicional como en el eje de la ley: hija de una posible violación y, al mismo tiempo, parte de una familia destruida y violenta que esconde las verdades en susurros:

Hubo otra vez que pude volverme loca, o que sentí que era mejor volverse loca a pensar las cosas con claridad. Por ejemplo, de chiquita, cuando yo preguntaba quién era mi papá, nadie me decía nada, luego, ya más grandecita, como de diez años, empecé a escuchar el rumor de que era mi tío. Y mi hermano una vez me lo confirmó: es mi tío.  
— ¿Pero, cómo mi tío?  
— Pos así, que una vez mi tío se cogió a mi mamá y de ahí saliste tú — me dijo y siguió viendo la tele.<sup>102</sup>

---

<sup>101</sup> Brenda Navarro, *Casas vacías.*, p. 19.

<sup>102</sup> *Ibid.*, pp. 147-148.

En la familia de la mamá de Leonel los vínculos están deshechos, son personas que tienen que convivir unas con otras y que están tan acostumbradas a la violencia intrafamiliar que no se asombran o se horrorizan frente a ciertas acciones, las viven con completa normalidad

La pérdida de Leonel o Daniel significa para ambas narradoras que el mundo termina, no hay nada más adelante.<sup>103</sup> Desde la focalización en primera persona se pueden ver claramente dos ejes contrapuestos en las voces narrativas: por un lado, la culpa y el dolor en la mamá de Daniel; por otro lado, el terror a estar sola, a no existir para los demás a su alrededor (porque a nivel institucional no tiene un lugar).

Como se planteó en el capítulo anterior, Žižek, al dividir la violencia en dos vertientes, subjetiva y objetiva, supone el reconocimiento de que ésta se encuentra en todos los ejes estructurales y personales que conforman el escenario social. En *Casas vacías*, ambos tipos de violencia permean todos los actos, tanto los individuales como los colectivos: la violencia subjetiva se presenta dentro de la casa, tiene un papel moral que atraviesa el cuerpo mismo de las narradoras. Esto mancha la manera en la que se entienden y, por tanto, se permiten ser violentadas. La mamá de Leonel no tiene valor porque se considera hija del odio y de lo prohibido. Ella es un secreto y, por tanto, se sabe menos valiosa y querida. La otra violencia, la violencia objetiva, se encuentra presente a nivel estatal en los sucesos posteriores que giran en torno a la desaparición del niño y que quedan en nada, no hay culpables y tampoco hay restitución a nivel de la ley:

¿Qué pasa con los expedientes de todas las personas desaparecidas? Con el tiempo se van al archivo. Quedan abiertos, pero hay tantas muertes y tantos casos acumulados que no contienen casos sino papeles, las historias se vuelven celulosa que luego se ha

---

<sup>103</sup> Ninguna de las dos narradoras da indicio alguno de su nombre, pero es justamente al final, con la mamá de Leonel, que ella, al ser cuestionada por su nombre por un policía, es incapaz de nombrarse, no es gratuito tampoco que ocurra al perder a su hijo o, mejor dicho, a la fantasía que significaba para ella tener un hijo, y que justo después se aleje para desaparecer entre la gente, porque ya no es nada, porque no quiere ser nada: “Yo no tengo nombre...—le dije, pero ya no sé si me alcanzó a escuchar, porque seguí caminando hasta que desaparecí de su vista, como si yo fuera una más, y logré perderme entre la gente”. *Ibid.*, p. 159.

de reciclar, si hay suerte. He sabido, Fran lo sabe, que se han quemado cajas llenas de expedientes, que las oficinas cierran, que los investigadores preguntan a las madres y familiares un usted qué sabe, porque ahí nadie sabe nada.<sup>104</sup>

Pero también debe mencionarse que en el caso de la madre de Leonel esto se puede ver en la violencia obstétrica, de la cual es víctima al sufrir un aborto natural. Ella añoraba desesperadamente quedar embarazada:

En el hospital me estuvieron picoteando los brazos, que porque tenía las venas muy delgadas y las enfermeras hablaban entre ellas como si yo no existiera y decían que qué pérdida de tiempo las que abríamos las patas y salíamos con nuestro domingo siete y que mucha lagrimita, pero que la mayoría lo hacíamos a propósito, que éramos asesinas, porque así se les decía a las que abortábamos: asesinas; y yo les quería decir que no hablaran si no sabían, pero tenía cosa de que me siguieran lastimando el brazo y mejor me quedaba callada.<sup>105</sup>

Además del trauma de la pérdida tiene que mantenerse en silencio frente a los juicios de los otros, para quienes las mujeres que abortan no merecen otro destino que ser apuntadas con el dedo, incluso si su condición económica, psicológica o social no les permite llevar a cabo un embarazo respaldado por otros y protegido: “Pero los dos días que estuve en el hospital así era, lo decían en mi cara, que pinches chamacas calenturientas, que no sabíamos ni limpiarnos la cola pero ahí estábamos muy calientes, y yo pensaba en Rafael, que muy comodito en la casa no tenía que oír esas estupideces”.<sup>106</sup>

Además de lo anterior se puede mencionar también la violencia estructural que en la madre de Leonel pende de los secretos familiares y de la muerte de su hermano. Sobre esta última, al tratar de buscar respuestas, tanto ella como su madre terminan siendo amenazadas, como si los perpetradores del crimen hubieran sido ellas: “Pero sí pasó. Mi mamá fue varias veces a la obra en construcción, buscó al jefe y luego fue a la dirección de la empresa pero

---

<sup>104</sup> *Ibid.*, p. 133.

<sup>105</sup> *Ibid.*, p. 89.

<sup>106</sup> *Ibid.*, p. 89.

nadie decía nada, que no, que mi hermano había dejado de ir a trabajar y que si le movíamos más que hasta lo iban a demandar por abandono de trabajo”.<sup>107</sup> Esto demuestra su lugar en la jerarquización del poder a nivel social, porque incluso cuando tratan de buscar ayuda, ésta les es negada y la justicia no se pone de su lado.

Es importante también decir que a nivel estructural esta violencia se puede mostrar a través de “las instituciones con las que tradicionalmente se ha controlado a las mujeres -la maternidad patriarcal, la explotación económica, la familiar nuclear y la heterosexualidad obligatoria- [que continuamente] están siendo fortalecidas por la legislación, declaraciones religiosas, imágenes mediáticas y esfuerzos de censura”,<sup>108</sup> y que, por tanto, al encontrarse en todos los ámbitos de su vida cotidiana, atraviesan la identidad de ambas narradoras. Quienes son, al final de cuentas, eso que otros esperan que sean. Al no tener un “yo propio” esos espacios se convierten en la manera que tienen para validarse y darse a conocer: madres, esposas o mujeres heterosexuales. Por tanto, las quejas no son hacia afuera, sino hacia adentro, la violencia hacia ellas no sólo es moral ejercida por agentes externos, sino por sí mismas. El hogar, el espacio privado, se convierte en su reflejo, desde allí la violencia se ejerce sobre los cuerpos femeninos o feminizados, y muchas veces ésta ni siquiera es llamada como tal, según explica Segato:

El cuerpo de las mujeres, en el sistema de estatus, como muestran las violaciones que acompañan la ocupación de un territorio en las guerras premodernas y también en las modernas, es parte indisociable de una noción ancestral de territorio, que vuelve, una y otra vez, a infiltrarse intrusivamente en el texto y en la práctica de ley.<sup>109</sup>

---

<sup>107</sup> *Ibid.*, p. 94.

<sup>108</sup> Adrienne Rich, “La heterosexualidad obligatoria y la existencia lesbiana”, trad. María-Milagros Rivera Garretas, *Duoda: Revista d'estudis feministes*, 1996, no. 11, p. 16.

<sup>109</sup> Rila Laura Segato, *Las nuevas formas de la guerra en el cuerpo de las mujeres*, 143.

En las relaciones de poder hay un componente moralizador muy claro en la posesión del cuerpo que no deja lugar a dudas: los actos violentos también son necesarios para mantener la jerarquía o, en otras palabras, la ley del padre, que castiga y violenta desde el componente “el cuerpo como territorio”. El mundo de los personajes en *Casas vacías* gira en torno a la figura del padre, a pesar de que a nivel personal dicha figura sea borrosa o esté ausente. Al final incluso son ellas las que, desde el inicio hasta los últimos momentos de su existencia, cargan con todo el agente moralizador de la ley que las juzga por no haber podido ser buenas madres o esposas, es decir, por no poder *ser* mujeres. O, en otras palabras: ser mujeres destruidas, por siempre incompletas al no ser amadas, al haber abortado o al haber perdido a sus hijos. Madres que son cuerpo, pero no espíritu. Madres dispuestas a vivir a través de lo que otros les exijan.

Por otro lado, tanto Rafael como Fran son personajes cuyo papel, a pesar de lo que esperan ellas, termina fragmentándose. No pueden ser todo lo que las narradoras esperan que sean, pero, al mismo tiempo, implementan la ley del padre sobre ellas, al apropiarse de sus cuerpos, de sus casas y de sus deseos. Fran como el proveedor de su familia y Rafael como aquel que, a pesar de no aportar nada en la casa, tiene el poder de irse y volver cuando le plazca. Pero, y es algo que debe anotarse, es muy claro que en ocasiones específicas son ellas quienes también ejercen poder sobre otros sujetos más pobres (clase), más morenos (raza) o más débiles (relación madre-hijo). Frente a esto cabría preguntarse, ¿no es Leonel, un niño con autismo, un sujeto también feminizado atrapado en la violencia de su madre? El niño, después de vivir el trauma de haber sido alejado de las personas con las que siempre convivió, se encuentra atrapado en una casa en donde quienes la habitan se golpean y maldicen a cualquier oportunidad y, hasta cierto punto, les es imposible prestarle atención. Él, al vivir en un mundo otro, asustado o enojado comienza a gritar e incluso a patear. La relación que

tiene con la mujer no es horizontal, no se entienden. El autismo se presenta como una barrera impenetrable para la madre de Leonel, no le tiene paciencia y desea que sea diferente. A esto hay que sumarle las peleas constantes que tiene con Rafael, en las que casi siempre es ella quien es golpeada. Su reacción ante los golpes es simplemente aceptarlos y algunas veces incluso contratacar, aunque no haga un daño real al hombre. Frente a su situación, sujeta a la violencia física y verbal de su pareja, Leonel se presenta como una figura de escape. El niño, como un sujeto feminizado, no tiene el poder físico o la racionalidad para defenderse ante ella. En el círculo vicioso que vive ella es golpeada por Rafael sólo para que después sea ella quien golpee a Leonel, tratando de sacar así sus frustraciones:

No sabíamos qué le pasaba porque se tiraba al suelo, se pegaba en la cabeza y si queríamos detenerlo soltaba de patadas y manotazos. Uno sí me dolió, me salió solito jalarle el cabello, pero fue peor porque se puso a gritar más, como si lo estuviéramos matando. Rafa se desesperó un chingo. Azotó la puerta del cuarto y se encerró. Yo me quedé con Leonel en la sala.<sup>110</sup>

Si la madre de Leonel es incapaz de presentar batalla frente a Rafael, entonces dirige su atención al niño, quien, en su incapacidad de hablar, es el receptáculo perfecto donde la ira ante su realidad puede ser calmada. Rafael, por otro lado, se aleja fácilmente cuando las cosas se ponen difíciles porque no se considera responsable del niño, huye de los problemas, los evita, mientras que la madre de Leonel tiene que permanecer.

El cuerpo de los sujetos femeninos en *Casas vacías* sirve de telón de fondo para mostrar el sistema de control social desde la tradición y la moralidad. La violencia es sistémica, amparada por el Estado nadie habla de los problemas sociales en los que se encuentran inmersos. Recordemos, si un desaparecido es “un fantasma que te persigue como si fuera parte de una esquizofrenia”<sup>111</sup> entonces, a pesar de que su presencia altere la cotidianidad,

---

<sup>110</sup> Brenda Navarro, *Casas vacías.*, pp. 40-41.

<sup>111</sup> *Ibid.*, p. 17.

ésta ocurre completamente velada. A través del rabillo del ojo se hablan de cosas sin mencionarlas por su nombre, dentro de la novela las desapariciones y a los asesinatos en masa, a pesar de repercutir en sus decisiones, ocupan apenas uno o dos párrafos. No se nombran grupos delictivos, policías, presidentes o cárteles; las madres se encuentran dentro de la casa. El afuera no les pertenece. En el territorio corporal sexo, erotismo y maternidad se inscriben dentro de esa misma lógica. Entonces, desde la dimensión literaria analizaré con más profundidad, a continuación, cómo se originan los distintos discursos y los espacios en blanco de los dos personajes principales. No sólo por la forma en cómo se construye en cada una la noción mujer=maternidad,<sup>112</sup> sino también por la manera en que dicha noción se ve impregnada por las distintas formas de violencia antes mencionadas desde la perspectiva de Žižek y Segato.

Para esto me basaré en dos elementos presentes en cada una de las narradoras, por un lado, en la mamá de Daniel la noción mujer=maternidad está fuertemente incrustada en el relato del feminicidio de la madre de Nagore; frente a la madre muerta se encuentra insuficiente, y destruye o eleva los arquetipos en los cuales se ve impuesta. Por otro lado, la noción mujer=maternidad en la madre de Leonel está enmarcada por el relato de la matrofobia, es decir, del odio encarnado en sus acciones y sus palabras hacia la genealogía femenina que la compone, porque a pesar de que detesta tanto a su abuela como a su madre, hay una relación casi parasitaria entre ellas. Ambos relatos articulan el universo en el que cada una de las narradoras y los personajes que las rodean se encuentran inmersos.

---

<sup>112</sup> Rosario Castellanos, en su ensayo “La participación de la mujer mexicana en la educación formal” (1973), explica que estas asignaciones pueden ser: “[...] la constancia, la lealtad, la paciencia, la castidad, la sumisión, la humildad, el recato, la abnegación, el espíritu de sacrificio, el regir todos sus actos por aquel precepto evangélico de que los últimos serán los primeros”. Rosario Castellanos, *op. cit.*, p. 19.

## 2.1. Las madres de *Casas vacías*

### 2.1.1 *La mamá de Daniel*

La mamá de Daniel, como ya se mencionó, inicia su discurso recordando el momento en el que dejó de ser ella, en el que, además de perder a su hijo, dejó atrás la vida tal y como la conocía. Se encierra y no se permite más que pensar en el pasado, rumiante en su toma de decisiones, pero también en sus reflexiones. Su narración no es cronológica; perdida dentro de sí misma, los instantes y los espacios se entremezclan, como si no fuese más que una espectadora de lo que ocurre a su alrededor una vez que deja de ser un sujeto social. Las personas a su alrededor crecen, se van, aprenden a soltar o dejar ir y ella sólo los observa sin ser capaz ya de unirlos, atrapada en el tiempo y el polvo acumulado:

Daniel desapareció tres meses, dos días, ocho horas después de su cumpleaños. Tenía tres años. Era mi hijo. La última vez que lo vi estaba entre el subibaja y la resbaladilla del parque al que lo llevaba por las tardes. No recuerdo nada más. O sí, estaba triste porque Vladimir me avisaba que se iba porque no quería abaratar todo. [...] *Ésa era yo* cuando perdí a mi hijo, la que de vez en cuando, entre un conjunto de semanas y otro, se despedía de un amante esquivo que le ofrecía gangas sexuales como si fueran regalos porque él necesitaba aligerar su marcha. La compradora estafada. La estafa de madre. La que no vio.<sup>113</sup>

Hay una clara diferenciación entre la persona que una vez fue y la persona que queda después de perder a su hijo, aunque de la primera no se sepa absolutamente nada más que la historia de una relación pasada y el recuerdo del sonido de los violines de su casa de la infancia. También es muy claro desde el principio que, si no puede perdonarse, si deja que la culpa la consuma, es porque ella misma se considera una “estafa de madre” que pierde a su hijo mientras manda mensajes a su amante. Al ser incapaz de mantenerse dentro de la legitimidad

---

<sup>113</sup> Brenda Navarro, *Casas vacías*, p. 15. Las cursivas son mías.

de las relaciones monógamas heterosexuales entonces, en cierta forma, merece el castigo que le toca (así es como lo piensa). Es mala madre, pero también mala esposa, por tener deseo por otro hombre cuando debería haberse envuelto alrededor de las necesidades de su hijo y de su pareja. La madre de Daniel, al perder a su hijo, termina encontrando en el castigo físico una manera de tener su merecido, de restituir su falla. Entonces, dentro de su casa arremete contra cualquiera para tener alguna reacción, para incomodar y llamar la atención hacia su propia presencia silenciada y cansada. Si no se puede despedir de Daniel, nadie tiene el derecho de hacerlo, por ello se burla incluso de los intentos de luto de los otros a su alrededor:

Quizá buscando algo de él, Fran veía fotografías de Daniel junto a Nagore cuando creían que yo no me daba cuenta. Se van a quedar ciegos, les dije un día. No me contestaron. Están buscando en una fotografía, ¿y por qué no salen a las calles a buscarlo? Nada, no solían caer en mis provocaciones.<sup>114</sup>

Ha convertido a su hijo en un espectro al que le ruega y daña. Daniel o, al menos, lo que queda de él, pertenece a ese lugar del no olvido, pero cubierto de odio y aversión por sí misma. Esta última cuestión está relacionada también con la actitud que el personaje asume ante la historia que guarda con su amante, es decir, de los deseos prohibidos que de alguna manera piensa que la alejaron de su hijo y con quien vuelve a encontrarse después de la pérdida de Daniel.

Socialmente, se ha marcado una diferenciación en la mujer que es madre frente a la que no. Pareciese que ser madre les amputa su deseo sexual. Se considera al estatus materno muchas veces con una suerte de asexualidad, por tanto, es punible no sólo su deseo sexual, sino también que éste escape de su marido, que no le pertenezca sólo a él. Este es un punto importante porque su relación con Vladimir le supone el reconocimiento de una falta que

---

<sup>114</sup> *Ibid.*, p. 25.

trató de llenar y desde allí se entiende que su culpa es doble: por haberse permitido atender a su propio deseo y, por ello, perder a su hijo. Debido a este aspecto, vuelve una y otra vez al último momento que estuvo con Daniel, cuando, por contestar un mensaje, no vio quién se lo llevó:

Si yo no hubiera llevado el teléfono en la mano cuando estábamos en el parque, Daniel estaría conmigo. Si yo no hubiera querido salir aquella tarde para distraerme del mensaje de Vladimir, Daniel estaría conmigo. Si yo no hubiera decidido creer que el amor es una decisión y por eso amaba a Fran a pesar de que cada membrana muscular se me iba en sufrir a Vladimir, Daniel no estaría conmigo. No existiría.<sup>115</sup>

Para ella la creencia de que el amor es una decisión revela su condición socialmente interiorizada de lo que debería significar parir hijos. Los hijos son una decisión, escogió tenerlo y, frente a esto, el amor romántico debería haber quedado en un segundo término. Por eso, al no poder lograr olvidarse de Vladimir, la pérdida se hace cuerpo, se vacía completamente. Volver a buscar a su amante después tiene como significado extender su castigo, es decir, “manchar” su cuerpo vacío.

Vladimir regresó una vez, solo una vez. Es probable que por lástima, por compromiso, por morbo. Me preguntó qué quería hacer. Lo besé. Me cuidó una tarde, como si yo le importara. Me tocaba retraído, como con miedo, como con la fragilidad del que no sabe si es correcto ensuciar el vidrio recién enjuagado de detergente. Lo llevé al cuarto de Daniel e hicimos el amor.<sup>116</sup>

La madre de Daniel no espera compasión o cuidado, lo que le sucedió con su hijo pertenece a la zona gris que menciona Adrienne Rich, ese espacio donde caen todas las prácticas y sufrimientos condenados socialmente: “el aborto, el suicidio, el abandono del hijo, el infanticidio, la educación de un hijo calificado de «ilegítimo», generalmente fuera de la ley”.<sup>117</sup> También podría mencionarse la pérdida de un hijo por no estar lo suficientemente

---

<sup>115</sup> *Ibid.*, p. 27.

<sup>116</sup> *Ibid.*, p. 19.

<sup>117</sup> Adrienne Rich, *Nacemos de mujer*, p. 56.

atento o por no quererlo como debería, lo que puede ser castigado y moralizado. La madre de Daniel, convierte su hogar en un santuario que, siendo una extensión de su cuerpo vacío, tiene que ensuciar. Por eso lleva a Vladimir al cuarto de su hijo, desesperada por mancharlo con su amante. Su cuerpo se vuelve un receptáculo del dolor, del castigo; éste pasa a simbolizar el territorio desde donde ocurren las batallas y se reestablecen los órdenes sociales. Si tiene poder sobre él, entonces, al ya no ser madre (entendido esto como una serie de mitificaciones sociales), no le queda más que hundirse, más que dejarse ir, que perderse en los otros y en la manera en la que estos quieren verla. A pesar de lo rota que queda su familia con la pérdida de Daniel, la culpa recae solamente sobre ella:

La violencia invisible de esa institución [la de la maternidad], culpa, la responsabilidad sin poder sobre las vidas humanas, los juicios y las condenas, el temor del propio poder, la culpa, la culpa, la culpa. Gran parte de esta oscuridad del corazón es un sufrimiento que no se dramatiza: la mujer que sirve a su familia la comida pero no puede sentarse junto a ella, la mujer que no puede levantarse de la cama por la mañana, [...]. El chivo emisario es también válvula de escape: a través de ella, las pasiones y la furia ciega de las aguas de un conocimiento anulado pueden agitar su rumbo a fin de no tener que emerger en situaciones menos extremas como rebelión lúcida. Leyendo acerca de la respuesta desesperada de la «mala» madre, al asalto invisible dentro de su ser, las «buenas» madres deciden ser mejores, más pacientes y sufridas, aferrándose más a lo que se tiene por sano. El chivo emisario es diferente del mártir: no puede enseñar la resistencia y la rebelión. Representa la terrible tentación: sufrir sola, admitir que Yo, la mujer individual, soy el problema.<sup>118</sup>

En ella, en su cuerpo y su psique, se encarna el sentido de falta, no en el marido invisible que no sabe criar a un hijo autista, sino en ella y, en cierta medida, en la hija impuesta, sobrina de su marido, que llega a su vida sin que lo pida y que es sólo otra manera en la que se le confirma su papel como esa estafa de madre. Chivo expiatorio de una sociedad silenciada que, en aquel momento, había comenzado a normalizar las muchas desapariciones que ocurrían en el país a un punto en el que perder a alguien significó vivir en el ostracismo de

---

<sup>118</sup> Adrienne Rich, *Nacemos de mujer*, p. 353.

una completa falta de interés por parte de las instituciones: “Nunca tuvimos esperanza, hay cosas que se saben de antemano, no por Daniel, sino por ellos, no les importamos, a nadie le importan los demás, habría que decirlo de una vez y para siempre. Que lo sepamos todos y dejemos de jugar a que sí: no le importamos a nadie.<sup>119</sup> Saberse nada es algo que tienen profundamente interiorizado. Nunca se aclara con exactitud quiénes son “ellos”, pero tampoco es necesario; los eufemismos forman parte inherente de sociedades en donde la violencia es facilitada y presentada desde las instituciones sociales, culturales y políticas.

En el caso de la mamá de Daniel, la diferencia entre aquello que debería ser y aquello que en realidad es capaz de hacer se presenta una y otra vez. Ella se pierde bajo ese juego de espejos en donde, al mismo tiempo que habita un cuerpo, éste no le pertenece porque no puede ya reconocerse en él. Es mala madre, *ergo*, mala mujer que no merece la oportunidad de vivir un presente. Menciona Christianne Oliver sobre la función específica del cuerpo femenino:

Ella existirá en cuanto a cuerpo, pero se sentirá perdida o se verá en dificultades para todo lo que sea espíritu. Vale entonces la pena que nos detengamos un momento en el tipo de vida que nos propone el hombre. Abro cualquier publicación femenina y reconozco enseguida las paredes de mi prisión: el cuerpo y su juventud, la cocina y sus éxitos, el niño y su educación... Voy pasando las páginas, busco, espero... ¿Hay algo más? No, allí está todo el universo femenino: prisionera de mi cuerpo, esclava del de los otros.<sup>120</sup>

En primera instancia la madre de Daniel quiere ser la esposa o la pareja de Fran, pero, al mismo tiempo, quiere seguir sintiéndose deseada por Vladimir, después se espera de ella que asuma el papel de madre para su sobrina política, Nagore:

Nagore no es mi hija. Daniel ya no juega a los soldados. ¡Viva la guerra! Entonces, muchas veces me llamaban de la escuela de Nagore y me recordaban que ella me esperaba y que tenían que cerrar la escuela. Lo siento, les decía aunque el: *Es que*

---

<sup>119</sup> Brenda Navarro, *Casas vacías.*, pp. 133-134.

<sup>120</sup> Christianne Oliver, *Los hijos de Yocasta: la huella de la madre*, trad. Marcos Lara, Fondo de Cultura Económica, México, 1984, p. 136.

*Nagore no es mi hija* se me quedaba en la lengua y colgaba ofendida de que me reclamaran la maternidad no pedida y en un llanto que no aparecía pero que se manifestaba en un sofoco abierto yo imploraba que quería ser Daniel y perderme con él, pero lo que en realidad sucedía era que se me iba la tarde hasta que Fran volvía a llamar para recordarme que tenía que atender a Nagore porque también era mi hija.<sup>121</sup>

Pero, al perder a Daniel, a ella deja de importarle ser “algo” para la niña que le queda, impuesta por otras personas y muchas veces demasiado necesitada de cariño para ser capaz de comprenderla. No sabe ser madre, es algo que se le exige; se embaraza de Daniel y, a pesar de todo lo que le dicen, es incapaz de disfrutar las etapas de su embarazo, no se reconoce, su cuerpo le resulta extraño y lo que habita en él lo siente como una suerte de parásito que la consume y que cambia sus hábitos y hasta el gusto en ciertas comidas:

Tomaba jugo de naranja por la mañana, la mayoría de las veces, mucho antes de que pudiera llegar al esófago, lo vomitaba. ¿Quién se inventó que el embarazo era la mejor época de una mujer? Tú quisiste embarazarte, me decía Fran, aunque luego me besara y me dijera que era broma, que qué risa, pero para mí lo decía todo ahí aunque se desmintiera. Maldito sea el semen sabor a metal ácido que atinó a hacer su trabajo.<sup>122</sup>

Ella no bromea sobre el papel de Fran en la concepción de su hijo, a pesar de que él sí lo hace con ella, pero es consciente, siempre es consciente, de que la concepción es cosa de dos aunque sea ella quien más sufre las secuelas del embarazo, porque lo vive interiorizado:

Camina. Sal a caminar. No camines tanto. Apenas y puedes caminar. Daniel crecía lento pero me invadía toda. Constantemente me pasaba las manos sobre la cara, estaba desesperada porque Daniel naciera. ¿Cómo estás?, me preguntaban y yo decía que muy mal. ¿Embarazo de alto riesgo? Todo embarazo es de alto riesgo, respondía para justificar las dolencias que todos minimizaban: riesgo de matarte porque no puedes más, riesgo de matar a Fran por disfrazar mis quejas físicas en arrumacos cursis por un futuro mejor; riesgo de sacarlo con las manos, con un cuchillo o con un gancho y morir de culpa y de tristeza.<sup>123</sup>

---

<sup>121</sup> Brenda Navarro, *Casas vacías.*, p. 19.

<sup>122</sup> *Ibid.*, p. 71.

<sup>123</sup> *Ibid.*, pp. 70-71.

Incluso se puede anotar que su cuerpo se vuelve de otros desde el momento en el que comienzan a exigirle ciertas pautas a cumplir una vez que son conscientes de su estado, le dicen cómo moverse o cuánto ejercicio tiene que hacer; lo importante entonces es que el cuerpo de una mujer embarazada se convierte en algo sobre lo que los otros pueden opinar. Esto no sucede con la figura del padre, ejemplo de esto es Fran, para quien el bebé es algo exterior a su cuerpo y, por tanto, a su psique. Él puede ser alguien más allá de su hijo, ella, sin embargo, en el momento en el que se descubre embarazada, se vuelve una extensión de Daniel, no al revés, por eso el extravíarlo se vuelve un pecado que otros y que ella misma no pueden perdonar. Así que deja de seguir los preceptos asociados con ser una buena madre o una buena ama de casa, y todo se viene abajo para quienes viven en su hogar. Explica Christianne Oliver sobre lo que una mujer=madre debe ser frente a lo que, por sus circunstancias personales o colectivas, sólo es capaz de hacer:

Es siempre la misma comedia de ser o no ser: debo mostrarme buena madre, buena cocinera, buena esposa so pena de que si no, se me considere NADA. Exactamente la prolongación de mi infancia, cuando debía mostrarme una buena niña para no correr el riesgo de dejar de ser niña. Yo me esfuerzo inútilmente por plegarme a una imagen que no es la mía, porque no ha salido de mí. De hecho soy como todo el mundo, no tengo ganas de ser Madre sino de tener una Madre, pero no encuentro a nadie que quiera desempeñar ese papel para mí.<sup>124</sup>

De la mamá de Daniel no se conoce más historia que aquella que se forma alrededor de su hijo, no se sabe si tiene padres, hermanos o amigos, no hay nadie a su alrededor. Sin redes de apoyo su mundo es su casa y quienes habitan en ésta. Siempre cargará con la etiqueta de ser una madre sin hijos, es decir, fallida:

Nagore perdió el acento español apenas llegó a México. Se mimetizó conmigo. Era una especie de insecto que hibernaba para salir con las alas puestas y la miráramos volar. Estalló en colores, como si el capullo tejido en las manos de sus padres solo la hubieran preparado para la vida. Superaba la tristeza, le ganaba la niñez. Le corté las alas después

---

<sup>124</sup> Christianne Oliver, *op. cit.*, p. 212.

de que Daniel desapareció. *No iba a permitir que algo brillara más que él y su recuerdo.* Seríamos la fotografía familiar intacta que no se rompe a pesar de caer al suelo por el triste aletear de un insecto.<sup>125</sup>

Ella está sola, desterrada de sí misma, de un cuerpo<sup>126</sup> en donde ya no quiere reconocerse, cuerpo que una vez albergó a Daniel, a quien amó a su manera y que, por un segundo de descuido, no volvió a ver. En ese sentido, puede decirse que la madre de Daniel narra desde el signo de la ausencia del hijo, por eso su discurso está tan fragmentado y lleno de un dolor que parece ser incapaz de vencer. Frente a la desaparición del niño, la cual la persigue en todo momento, sus palabras se acortan, los silencios crecen, las oraciones aturden de una manera en la que el lenguaje termina mostrando los espacios vacíos en los que ella habita:

La primera noche sin Daniel en casa quise dormir pero no pude. Tomé a Fran de la mano y callados escuchábamos el ruido de los carros que llegaba a nuestra ventana. Más tarde se unió a nosotros Nagore. Se acurrucó en el hueco que mi posición fetal tenía. Quizá ninguno de los tres cerró los ojos en toda la madrugada pero no nos vimos los unos a los otros, si acaso, la luz de los autos sobre la cama. Si acaso pedazos de nuestros cuerpos, la manta, nuestras manos entrelazadas. Éramos espectros. El que desaparece se lleva algo de ti que no vuelve, se llama cordura.<sup>127</sup>

Su narración es hasta cierto punto sofocante y repleta de una suerte de fatalidad. Sin casi conectores entre las frases, los puntos que encierran las oraciones las separan en sus propios universos semánticos. Como partes de un cuerpo que ya no se constituye como tal, que ya no es, la narración de la madre de Daniel se siente siempre al borde, rodeada de laberintos que vuelven una y otra vez a callejones sin salida pareciera que un paso en falso la hará terminar

---

<sup>125</sup> Brenda Navarro, *Casas vacías.*, p. 21. Las cursivas son mías.

<sup>126</sup> Explica Christianne Oliver con respecto con el cuerpo en el sentido en el que es y, a la vez, no es la mujer: “Cuerpo femenino, siempre molesto; primero por estar demasiado ausente, después por demasiado presente, al punto de invadir todo el espacio vital de la mujer. Y las mujeres se sienten incapaces de deshacer del “demasiado” y del “no bastante” de feminidad que le ha tocado en suerte. Navegarán entre el demasiado y el no bastante toda su vida, yendo del uno al otro sin conseguir nada. A menudo es el “no bastante” el que gana, el cuerpo suele revelarse antinómico del espíritu [...] Christianne Oliver, *op. cit.*, p. 136. El cuerpo abarca el todo y la nada, en *Casas vacías* las dos narradoras “son” y “no son”, madres incompletas, mujeres incompletas; ocupan demasiado espacio u ocupan muy poco.

<sup>127</sup> Brenda Navarro, *Casas vacías.*, pp. 25-26

con todo. Rasga su discurso en esporas que sólo se mantienen unidas por la pérdida. Ella quiere destruir todo a su alrededor porque la vida, siguiendo al lenguaje, no tiene ya manera de suceder más que en esa infinita repetición de la culpa ante la desaparición. Explica Cristina Rivera Garza: “Cuando todo enmudece, cuando la gravedad de los hechos rebasa con mucho nuestro entendimiento e incluso nuestra imaginación, entonces está ahí, dispuesto, abierto, tartamudo, herido, balbuceante, el lenguaje del dolor”.<sup>128</sup> Las comas y los puntos suspensivos configuran ese “no espacio” que ella habita, que no existe en el tiempo lineal. La dialéctica del dolor que articula sus afirmaciones y miedo se maneja desde la pérdida de Daniel. Su lenguaje estructura el dolor de una *mujer* que pierde lo más importante a nivel social; palabras hirientes y silencios pesados:

Desde que se fue Daniel yo no dejé que salieran cosas de la casa. Como perra recién parida me arrinconé en un pedazo de la habitación con unas cobijas que apenas y soltaba porque aún tenían el aroma de mi hijo. Las olisqueaba casi todo el tiempo, mientras que al pie de la puerta, uno a uno, los objetos que dejaba para limpiar después fueron creando una muralla de ropa sucia o de ropa nueva que Fran me compraba para darme ánimo. También había trastes sucios que olvidaba lavar y cosas inanimadas que juro nunca supe cómo es que fueron llegando. *Mi cueva*. La formación belicosa para quien quisiera iniciar el campo de batalla.<sup>129</sup>

La mamá de Daniel realmente nunca llega a saber si su hijo está muerto o vivo, y aunque se lo imagina adulto y desconocido, no tiene esperanzas de encontrarlo vivo algún día. El Estado es incapaz de solucionarle nada, indolente y burocrático, ambos padres se cansan rápidamente de tratar de encontrar vías legales. Daniel termina siendo, para la sociedad, “nadie”, un número más entre los muchos desaparecidos, pero como ella es su madre, como no puede soltarlo, entonces convierte su casa en un lugar donde nada cambia. Lo único que avisa de que afuera el mundo continúa es Nagore, que pasa de ser una niña a ser una

---

<sup>128</sup> Cristina Rivera Garza, *Dolerse. Textos de un país herido*, Surplus ediciones, México, 2015, p. 16.

<sup>129</sup> Brenda Navarro, *Casas vacías.*, pp. 119-120. Las cursivas son mías.

adolescente: “Nagore creció rápido. La vida se le abultaba de a poco en el pecho, en las caderas y en la altivez que nos restregaba que, a pesar de todo, ella seguía viva”.<sup>130</sup>

Entonces tiene que recordarse una y otra vez cómo hacer las cosas que normalmente se hacen en automático, porque en todas las evocaciones maternas en las que puede pensar (la docilidad, la sumisión, el recato, la abnegación o el espíritu de sacrificio) ya es nadie, por eso en su discurso continuamente se repiten las palabras. Al ya no pertenecerle su cuerpo entonces no tienen capacidad de autonomía sobre él, son otras personas, desde el imperativo, quienes mandan sobre éste:

Respirar no es un acto mecánico, es una acción de estabilidad; cuando se pierde la gracia es que se sabe que para mantener el equilibrio es que hay que respirar. *Vivir se vive, pero respirar se aprende*. Entonces me obligaba a dar los pasos: báñate. Péinate. Come. Báñate, péinate, come. Sonríe. No, sonreír no. No sonrías. *Respira, respira, respira*. No llores, no grites, ¿qué haces, qué haces? Respira. Respira, respira. Tal vez mañana seas capaz de levantarte del sillón. *Pero el mañana siempre es otro día y yo, sin embargo, vivía perpetuamente el mismo*, pues no hubo sillón del que tuviera que levantarme.<sup>131</sup>

Su lenguaje es una repetición constante. Hay espacios entre sus pensamientos, los párrafos que construyen su monólogo son pausados y casi siempre de extensión corta, como si tuviese que tomarse tiempo para tomar respiraciones o pensar a través de la tragedia, lo cual da lugar a una sensación de vacío, a un no ser.

La institución de la maternidad se ha encargado de permear cada momento de la vida de una mujer con la idea de sentirse realizadas, felices o completas por su capacidad de gestar y de entregar *su* vida a otro: “desde este punto de vista, las mujeres son descartables en tanto las necesidades sexuales y emocionales de los hombres puedan ser satisfechas”,<sup>132</sup> al no poder llenar las expectativas que hay sobre éstas su propia identidad termina

---

<sup>130</sup> *Ibid.* p. 27.

<sup>131</sup> *Ibid.* p. 18.

<sup>132</sup> Adrienne Rich, *La heterosexualidad obligatoria y la existencia lesbiana*, p. 34.

desarticulándose. Razón por la cual la mamá de Daniel menciona que la maternidad es algo que se carga por siempre y que, debo añadir, también pesa sobre todas las mujeres, independiente de si son o no son madres biológicas, ni siquiera muertas escapan de las idealizaciones (es más, se reestablecen), porque de alguna u otra forma se espera del género femenino que cuide, que proteja, que muestre docilidad y servilismo para el bienestar de los otros. Ser madre, por tanto, puede entenderse como un dejar de ser mujer en el sentido que se tiene a nivel social e institucional, pero a niveles más generales dejar de ser persona.

Se puede construir desde ese lugar en la mamá de Daniel la metáfora del cuerpo vacío en donde se muestran las evocaciones de la maternidad ya mencionadas. Ella ocupa roles muy establecidos por su papel como mujer=madre, es aquella que llorará por siempre la pérdida de su hijo, tiene un lugar de sumisa dentro de sus relaciones tanto con su esposo como con su amante e, incluso embarazada, cumple con lo establecido: calla y soporta, sigue las órdenes de otros. Al no tener nombre, ocupa el lugar de “la mamá de...” o “la esposa de...”. Atrapada en tales prisiones de género es desde donde se construye la poética del dolor y culpa que articula su discurso (como un reflejo de la vida), por desear abortar, por parir un niño autista, por sentir deseos por otros, por no ser monógama, por distraerse y porque le roben a su hijo en un Estado donde en primer lugar no hay seguridad o justicia.

Ella es un cuerpo vacío desde donde se hace escuchar la soledad en la que se encuentran muchas mujeres, madres de desaparecidos, sí, pero también esas muchas otras que ocupan los roles relacionados con la mujer que se queda en casa, que espera al esposo, que no tiene voz o voto en sus elecciones de vida. La pregunta entonces no sería *si* existen, sino más bien si se les *permite* existir; desde el punto de vista de las instituciones en las que la mujer se encuentra sujeta puede decirse que no, que si éstas sufren de abandono, aborto o marginalización, todo eso ocurre desde los llamados espacios grises que menciona Adrienne

Rich, aquellos que socialmente no son válidos o son castigados con toda la ley y la moral. Por eso, *Casas vacías* sirve para abrir un espacio en donde se puedan escuchar otras voces o, mejor dicho, donde se puedan conocer otras voces que, desde su propio espacio personal, existen para mostrar que hay diferentes modos de ser mujer, pero sobre todo, en este caso particular, de ser madre.

#### 2.1.1.1 *El feminicidio: mujer=madre=muerta*

Como una historia enmarcada en el relato de la mamá de Daniel se encuentra la mamá de Nagore (hermana de Fran), quien es asesinada por su esposo, implicando así en la novela el extremo de la violencia patriarcal como un sistema que sustenta al Estado desde los cuerpos, que traspasa la clase social y económica. La mamá de Nagore, Amara, es víctima de un feminicidio aún viviendo en un país del llamado “primer mundo”. La violencia patriarcal, por ende, es algo que se encuentra siempre presente independientemente de las distintas realidades culturales y que, como se verá más adelante, no sólo se encuentra en ciertos lugares, sino que es un germen presente en la sociedad en general. El cuerpo feminizado muchas veces se vuelve un receptáculo para la ira, ya que “es en la capacidad de dominar y de exhibir prestigio donde se asienta la subjetividad de los hombres y es en esa posición jerárquica, que llamamos ‘masculinidad’ donde el sentido de identidad y humanidad se encuentran entramados”.<sup>133</sup> En el caso de los padres de Nagore esto llega al límite del feminicidio, cuya historia se extiende durante los doce años de matrimonio, resumidos en un expediente judicial: “Leímos que la jaló de los cabellos, la insultó, la aventó contra la pared”.<sup>134</sup> La madre de Daniel supone que Nagore fue capaz de escucharlo todo, que por eso

---

<sup>133</sup> Rita Segato, *Seis ensayos sobre la violencia*, p. 145.

<sup>134</sup> Brenda Navarro, *Casas vacías*, p. 74.

las autoridades tienen conocimiento de lo que pasó en la noche en la cual ocurrió una tragedia que venía gestándose desde años atrás. Xavi, el papá de Nagore, se presenta en primera instancia como un hombre violento. Pero, y es necesario anotarlo, aunque la ley del padre se presenta sobre la figura de Xavi al demostrar su posesión sobre un cuerpo feminizado al que golpea y daña, no necesariamente por saña u odio, sino porque puede, porque tiene poder sobre éste. En el relato de la madre de Daniel se muestran también esas otras caras que tiene, no es sólo un monstruo instigador y terrible, es un padre arrepentido que después de ver lo que hizo se enfrenta a los cuestionamientos de su hija y, en un intento desesperado trata de abrazarla, quizá para buscar el perdón:

Silencio. ¿Y mamá?, preguntó su hija, según la declaración de los dos. Xavi volteó a mirarla y no dijo nada. Bajó la cabeza un segundo y después fue a abrazarla. Nagore dudó en dejarse abrazar y Xavi, entendiendo que Nagore sabía, retrocedió. Xavi volvió al salón, tomó el teléfono y llamó a la policía. Dijo que su esposa había muerto.<sup>135</sup>

Xavi no deja de ser un feminicida que, dentro de *Casas vacías*, representa un constructo creado desde la tradición, la moral y un sistema regido por falsas jerarquías donde en la muestra de la fuerza sobre el cuerpo lastimado, muerto o ultrajado, se afirma el poder de los sujetos masculinos. Pero también es un individuo sujeto a su propia desesperación y necesidad, atrapado en las distintas instituciones que rigen el sistema. La mayoría de las veces no hay una sola cara en una persona, es más, la mayor parte de las ocasiones (y eso se muestra continuamente en la novela) un individuo puede ser tanto una víctima como un victimario.

Tanto la mamá de Daniel (todavía embarazada de él) y Fran, su pareja, tienen que viajar a España a enterrar a Amara y hacerse cargo de Nagore, aunque esto último es una decisión que Fran toma por sí solo, sin pedirle opinión a ella: “La hermana murió en manos de su

---

<sup>135</sup> *Ibid.*, p. 75.

marido, por eso Fran nos impuso el cuidado de Nagore”.<sup>136</sup> Se puede analizar, por un lado, la relación que se da entre Nagore y la mamá de Daniel, porque ambas son huérfanas a su manera, no tienen a nadie más en el mundo y buscan que alguien ocupe el lugar de una madre. Nagore no la cuestiona ni tampoco le guarda rencor, la ama desde el primer instante, pero es un amor que la mamá de Daniel no quiere, que la reduce y que la atraganta. Ella misma no tiene madre, ¿cómo podría ser la de alguien más?: “Sé que Nagore siempre tendrá en su mente que Amara es su madre y ninguna otra. Lo sé. Entonces, ¿para qué perder tiempo cuidando a una hija que no es mía, por qué habría de ser yo su hogar? ¿Por qué tendría que sentir empatía por alguien a quien no conocí?”.<sup>137</sup> La mamá de Daniel se enfrenta de repente a una vida como madre de dos hijos sin saber vincularse con ninguno de los dos ni sentir pena por aquel hecho, porque sus pensamientos, al menos en aquel momento, se encuentran en su antiguo amante. Es infeliz en silencio, con los labios firmemente apretados. Luego se vuelve una madre que perdió a su hijo y que, debido a eso, ya no es capaz de intentar o al menos fingir que ama a su otra hija:

Hubo momentos en que quise ser de esas madres que con los pies pesados surcan caminos. Salir a pegar papeletas con el rostro de Daniel, todos los días, todas las horas, con todas las palabras. También, muy pocas veces, quise ser la madre de Nagore, peinarla, darle de desayunar, sonreírle. Pero me quedé suspendida, aletargada, a veces despierta por instinto.<sup>138</sup>

Ella se niega a ser el hogar incluso de sí misma. Por eso, mientras su vida se suspende, sueña con volverse (en un claro gesto irónico) como Amara, madre perfecta de la que todos hablan con absoluto cariño, madre que no perdió a su hija, que más bien fue perdida a mano de la violencia.

---

<sup>136</sup> *Ibid.*, p. 21.

<sup>137</sup> *Ibid.*, p. 29.

<sup>138</sup> *Ibid.*, p. 20.

Mujer=madre=muerta, el trinomio perfecto, porque, como ya se mencionó, sobre los cuerpos muertos feminizados se hace la guerra; forman parte de la historia como botines u objetos que conmemoran las victorias o que se pierden en las derrotas: “De ello se deducirá que la mujer tiene cabida en la Historia sólo en tanto muerta y que los cimientos de una ciudad son los cuerpo femeninos (y feminicidos) violados”.<sup>139</sup> De Amara se narra sólo lo que queda, o lo que se piensa de ella desde la figura de una mujer muerta: ingenua, dócil y cariñosa, quien quedó encerrada en su casa y guardó silencio frente a los golpes. Buena mujer que dejó tras de sí una niña por culpa de otros, no por ella misma y por su carácter sumiso. Víctima que aguantó doce años para tener una familia nuclear, para seguir siendo la esposa del padre de su hija. Por eso, frente a los ojos de los otros, siempre será la madre de Nagore, pese a que su cuidado y crianza lo ejerza otra:

Otras muchas veces deseaba ser Amara, la hermana de Fran, y dejarle la responsabilidad de velar por dos vidas ajenas. Ser yo la malnacida, la malvivida, la mal asesinada. No parir. No engendrar, no dar pie a las células que crean la existencia. No ser vida, no ser fuente, *no dejar que el mito de la maternidad se prolongara en mí*. Truncar las posibilidades de Daniel mientras seguía en mi vientre, encerrar a Nagore hasta que dejara de respirar. Ser la almohada que la ahogaba mientras dormía. Recontraer las contracciones por las que ellos dos nacieron. No parir. (Respira, respira, respira). *No parir, porque después de que nacen, la maternidad es para siempre.*<sup>140</sup>

La mamá de Daniel se da cuenta de que la madre perfecta, la mujer perfecta, es sólo aquella que está muerta, que es capaz de idealizarse y que sólo desde la voz de otros es nombrada y percibida: “Nacer mediante la palabra del hombre es perder el acceso a lo que hubiera podido ser *nuestra existencia* y sumergirnos para siempre en *su* palabra, que supone nuestra desaparición”.<sup>141</sup> Amara es la única madre dentro de *Casas vacías* que tiene acceso a un

---

<sup>139</sup> Alejandra Arévalo, Gabriela Damián Miravete, Diana del Ángel, Alejandra Eme Vázquez, Brenda Navarro, *Lucrecias, Una Habitación Para Nosotras*, México, 2021, p. 13.

<sup>140</sup> *Ibid*, p. 21.

<sup>141</sup> Christianne Oliver, *op. cit.*, p. 194.

nombre, y eso se debe a que está muerta y a que su identidad como un ser individualizado ha tenido una absorción completa en el trinomio mujer=madre=muerta, es decir, mujer etérea, mujer espejo, cuerpo feminizado desde donde otros pueden hacer Historia.

### 2.1.2 *La mamá de Leonel*

La mamá de Leonel vive en una periferia mucho más cruenta que en la que se encuentra la de Daniel: ella no terminó su educación básica, trabaja desde muy joven, tiene una familia completamente fracturada y disfuncional en la que no confía y, hasta cierto punto, odia, y desde el inicio es muy claro que su mayor deseo es ser madre, lo cual contrasta con su mayor arrepentimiento: la llegada de Leonel. Su hijo robado se vuelve entonces una especie de espada de doble filo, ilusión y maldición en la que ve cambiada toda su vida:

Mejor no hubiera llegado Leonel a nuestras vidas. Mejor se hubiera puesto a llorar muy fuerte cuando debió de hacerlo y no después, ya de camino. Yo era la mujer de la sombrilla roja que se subió al taxi cuando empezó a haber alboroto en el parque. Claro que lo abracé mientras lloraba, pero es que lloraba mucho; semanas después nos dijeron que tenía autismo y que a lo mejor por eso no le gustaba casi nada. Fue en ese momento que me arrepentí de querer ser madre.<sup>142</sup>

La institución de la maternidad funge como uno de los pocos lugares desde donde la mujer puede ejercer el poder sobre sus hijos sin ser juzgada. Ella es la encargada de educarlos como hijos del padre, son su descendencia y, por eso, en muchas formas son de él más que de ella, la ley le otorga poder sobre estos. En este sentido, puede decirse, por su parte, que la madre de Leonel entiende tener hijos más allá de su propia necesidad o amor, los necesita para poder tener un lugar a nivel social pero, especialmente, en la vida de Rafael, quien, imagina con

---

<sup>142</sup> Brenda Navarro, *Casas vacías.*, p. 39.

cierta ilusión y fantasía, podría aprender a amarla diferente, a respetarla, si ella pudiese darle sus hijos:

Quería ser madre de los hijos de Rafael que, en esos días, quién sabe qué le pasaba de tiempo atrás, y aunque le preguntaba ni decía nada, porque así era él, que qué chingados tenía de qué, pues algo tienes, no digas que no, le decía, pero nunca dijo pues mira, me pasa esto, o siento que no sé, algo, o mira, es que si te contara, pero nada, y yo creo que aunque no lo acepte, soy de esas mujeres que prefieren estar con el hombre aunque no las quieran y que siempre dice: pues mañana será otro día, pues hay que hacer algo para estar mejor; muy optimista o muy arrebatada.<sup>143</sup>

La madre de Leonel, a pesar de anhelar una niña, termina robando un niño con la esperanza de que en éste pueda reflejarse en Rafael. Sobre la carga de las expectativas que se encierran en la maternidad, explica Irigaray mientras dialoga con Freud:

La mujer que se hace madre seguirá obedeciendo el “antiguo móvil” de siempre: “la falta de pene no ha perdido ni un ápice de su fuerza”. Esto se traduce en el fenómeno ineluctable de que: “sólo las relaciones de madre e hijo son capaces de dar a la madre una satisfacción plena, porque son las más perfectas desprovistas de ambivalencia de todas las relaciones humanas”. Efectivamente “la madre puede traspasar a su hijo todo el orgullo que a ella no le fue permitido tener y de él espera la satisfacción de las exigencias que aún le plantea el complejo de virilidad”. Así que no es tanto el hecho de ser madre lo que “cambiará la actitud de la mujer tras el nacimiento de su primer hijo” o, cuando menos, este *simple* hecho no bastaría para resolver los conflictos, en especial los conyugales: si es madre como *su* madre, madre de una niña, el infortunio de la relación entre sus padres —al procrear una niña— seguirá amenazando a la unión con su marido. Pero si es madre de un niño —lo que no se ha producido, ¡ay!, en la relación con su madre, y que instaura o confirma para ella, a través de ella, el valor de un nuevo —“comienzo”—, entonces sí encontrará, encontrarán, una satisfacción plena.<sup>144</sup>

Si, durante su narración, se aferra tanto a que el niño les cambiará la vida y el humor a Rafael y a ella, es porque también se encuentra atrapada en las evocaciones en torno a materner como un espacio casi idílico de amor que todo lo puede, que vence el hambre y la dificultad. Ella será diferente a su madre, primero porque Leonel es producto de su amor, no del dolor,

---

<sup>143</sup> *Ibid.*, p. 40.

<sup>144</sup> Luce Irigaray, *El espejo de la otra mujer*, trad. Raúl Sánchez Cedillo, Akal, Madrid, 2007, p. 116.

y segundo porque no renunciará a él y lo querrá pese a sus defectos. Necesita de un niño para que su esposo los ame, un niño rubio y bonito, que tenga poco de ellos, pero que, al mismo tiempo, sea el símbolo una familia nuclear.

Por eso, en la madre de Daniel es menos problemática la dicotomía entre lo que socialmente ella sabe que deber ser frente a lo que puede o quiere hacer. Desea todo lo que se la impuesto como incuestionable para el género femenino en tanto amor hacia el esposo y la posterior familia feliz, pero, al mismo tiempo, carece de los medios para lograr una estabilidad familiar y social. Vive dentro de la periferia de un país en donde su vida es apenas importante; marginada no sólo por su madre y su abuela, sino también por una sociedad que no la ve, que no le importa lo que pase con ella. Doblemente feminizada, primero por su cuerpo, segundo por la pobreza en la que vive. Ella no *es*, en el sentido en el que no se percibe como un ser humano independiente, sino más bien como la representación de una mujer=madre. Explica Adrienne Rich:

La ideología del amor romántico heterosexual, que le han hecho brillar desde la infancia los cuentos de hadas, la televisión, el cine, la publicidad, las canciones populares, los cortejos nupciales, es una herramienta en las manos del rufián que no vacilará en utilizar, como demuestra Barry. La indoctrinación infantil de las mujeres en el amor como emoción puede ser, en general, un concepto europeo; pero una ideología más universal habla de la primacía y de lo incontrolable del impulso sexual masculino.<sup>145</sup>

La casa, el marido, los hijos, la familia y el amor que todo esto debería conllevar y que no tuvo en su niñez, pese a que es lo que se le ha mostrado desde las instituciones religiosas, educativas o políticas, son elementos que ella busca y que trata de obtener cuando se roba a Leonel:

El problema es que yo pensé que ya con Leonel en casa las malas rachas se iban a acabar, porque una aprende a ser madre sobre la marcha, y aunque me desesperaba de

---

<sup>145</sup> Adrienne Rich, *La heterosexualidad obligatoria y la existencia lesbiana*, p. 35.

que Leonel era imposible, también pensaba pues ha de extrañar, apenas me está conociendo. Pero las cosas no fueron para mejor, yo me sentía más sola que cuando no estaba Leonel.<sup>146</sup>

Ella quiere ser la madre de los comerciales o los cuentos, la del final feliz que supo surcar las adversidades, la que cuida, peina y reparte amor y está siempre a la espera en casa, pero falla porque ni Rafael es el tipo de persona hecha para el papel del buen padre ni ella sabe cómo interactuar con Leonel, es más, muchas veces es grosera y violenta con él. La madre de Leonel primero quiere ser progenitora de una niña a quien pueda darle la vida que no tuvo con su propia madre, es decir, darle una oportunidad de crecer amada y cuidada en tanto jamás se vuelva el reflejo de los errores familiares y del secreto, pero después entiende que, dentro de la ley del padre, lo que necesita Rafael para permanecer a su lado es la validación de un hijo que pueda llevar su apellido y ser su imagen y semejanza:

Y es que lo que pasa es que siempre quise tener una hija, peinarla con moños de tela, vestirla con esos vestidos vaporosos que les ponen a las niñas en días de fiesta; verla usar mis zapatos, pintarse la cara, peinarse, no sé, una niña siempre es más divertida, pero, luego pensé que Leonel pondría más contento a Rafa, que jugarían al fútbol, a las luchitas, a cosas de hombres.<sup>147</sup>

El problema son las circunstancias (tanto interiores como exteriores) que la rodean. El amor no le alcanza, la felicidad que desea se le escapa una y otra vez de sus manos, el trabajo la agobia, nadie la ayuda y al final su pareja de todos modos se aleja. Tiene una relación violenta con Rafael y después de nombrar a Leonel (y con ello hacerlo su hijo) poco a poco comienza a quedarse sola en la casa que ella misma buscó, amuebló y cada mes paga, siempre esperando a su pareja:

Ya para cuando empezó el Guadalupe-Reyes Rafael empezó a faltar a la casa, una o dos noches, especialmente los fines de semana que volvió a ir al billar y se ponía borracho. Luego me salió con que iba a ir a la peregrinación de la virgen y que debería

---

<sup>146</sup> Brenda Navarro, *Casas vacías*, p. 44.

<sup>147</sup> *Ibid.*, p. 40.

de ir yo también, que lleváramos a Leonel, que teníamos que agradecer cosas, yo le dije que no, que era muy arriesgado andar con el niño entre tanta gente, no se vaya a perder, le dije y se ríó nomás.<sup>148</sup>

Rafael es un personaje que siempre está en los pensamientos de esta segunda narradora, lo ha convertido en el centro de todas sus decisiones, pero al mismo tiempo es alguien que físicamente muchas veces falta. La mamá de Leonel, frente a una relación tan poco recíproca y al niño a quien cuida, se ve impuesta a la soledad. Sus sistemas de apoyo (si puede llamárseles así) terminan alejándose porque el secreto de Leonel debe ser protegido. Ser madre la hace encerrarse, no sólo por lo que supondría que alguien se enterara de que su hijo es robado, sino también porque, como el niño tiene autismo, debe cuidarlo y encargarse de él. Independientemente de lo que ella esperara de Rafael al raptar a un niño, al final la crianza de Leonel cae por completo sobre sus hombros. Ella está enojada por la muerte de su hermano y con su madre, pero también lo está por sus circunstancias con Leonel: por no ser el ideal de hijo que ella esperaba, por no atrapar a Rafael, por alejarla de todos.

Su narración tiene una cronología un poco más lineal pero, a diferencia de su contraparte, su discurso es mucho menos articulado, lleno de marcas lingüísticas que la sujetan a cierto espacio social y económico, su habla es fluida, pero llena de blasfemias: “entonces yo sentía que las tripas se me hacían mierda y que ojalá Dios estuviera viendo cada día de mi vida y se cagara de la pinche risa porque de otra forma yo no entendía nada de lo que estaba pasando. Nada estaba saliendo bien”;<sup>149</sup> de palabrotas: “Luego yo le decía a Rafael, ¿por qué al Tuercas le dicen el Tuercas si está bien ñanguito? Ah pues porque una vez quiso ayudar a birlar un carro y llevó una tuerca el pendejo. Y nos reímos, pinche Tuercas,

---

<sup>148</sup> *Ibid.*, p. 58.

<sup>149</sup> *Ibid.*, p. 57.

además de ñango, pendejo”;<sup>150</sup> y de autodesprecio: “Luego sí me vi en el espejo y vi que tenía razón, sí era yo fea. Y además de fea, me ganaba la desesperación de los días”.<sup>151</sup> En su narración casi no hace pausas, los párrafos son larguísimos y hasta ligeramente desquiciados y vertiginosos. El lenguaje del dolor que articula su narración pareciera estar siempre en constante batalla, aunque hay un sentido de fatalidad, se instaura sobre ella de manera más o menos permanente desde su nacimiento. Los conectores enlazan sus oraciones haciéndolas laberínticas, teme al silencio, al espacio vacío que ella ocupa físicamente. Es muy clara la diferencia entre su nivel socioeconómico y el de la mamá de Daniel:

Me quedé viendo a los invitados, me llamó la atención una mujer con dos niños güeros, güeros, eran una niña y un bebé como de tres años. No entendía bien ella qué, *¿sería la criada?* No lo parecía, estaba bien vestida, relajada, al lado de un hombre alto, guapo, muy serio él. Pero me intrigó, especialmente porque la niña iba de vez en cuando a darle besos o abrazarla. Luego vi que las dos estaban al lado de la alberca cuidando al bebé. Tragué en seco, era el niño más bonito que había visto. Tenía unos cabellitos que parecían caireles, y unos ojotes que le llenaban toda la cara. Fue la primera vez que vi a Leonel.<sup>152</sup>

En contraposición con la primera narradora, la mamá de Leonel observa siempre su alrededor y hace juicios sobre las personas por su apariencia física o su nivel económico. Está molesta y el rencor moldea la forma en la que usa las palabras. A esta segunda narradora la atraviesa de manera más directa su género, su clase social y su color de piel, que, en última instancia, son elementos profundamente enraizados en la sociedad mexicana que terminan dando un lugar de jerarquía dentro de las distintas esferas sociales, por eso lo tiene tan interiorizado y normalizado. La mamá de Leonel está acostumbrada a su posición, no se lo cuestiona y si llega a cuestionárselo, lo hace desde una especie de aceptación llena de enojo. No tiene los

---

<sup>150</sup> *Ibid.*, p. 49.

<sup>151</sup> *Ibid.*, p. 55.

<sup>152</sup> *Ibid.*, pp. 101-102.

elementos para cambiar la situación en la que nacieron ella, su madre o su abuela, tampoco le interesa obtenerlos.

Desde su narración, se puede analizar a la meritocracia como un mito en donde una persona con sus raíces raciales o su color de piel nunca va estar al mismo nivel que otros más blancos o con más poder adquisitivo:

Por un lado te dicen que le echas ganas, que mejores la raza, que no te quedes pobre, pero si le buscas, te dicen arribista, pinche arribista que te avergüenzas de los tuyos, pero si te quedas en donde dicen que es tu lugar, pues entonces que luego luego se te nota lo india, lo quesadillera, lo verdulera, lo totonaca. Y si sí es cierto que estás morena, pues ya te chingaste, te quedas abajo, para que te pisoteen, esa es la ley de la vida.<sup>153</sup>

En ella parece que le falta el tiempo para decir todo lo que se guarda. Para la mamá de Leonel, la maternidad robada no la salva, no se vuelve el lugar idílico con el que tanto sueña, por eso no le importa dañar porque a ella ya la han dañado una y otra vez. A diferencia de la mamá de Daniel, de ella sí podemos conocer su historia más allá del momento en el que rapta al niño, la relación con sus primas, el amor con Rafael, el odio hacia su padre, la muerte de su hermano y la niñez que recuerda llena de golpes por parte de su madre: “Debí de ser huérfana, pensé, porque nadie debería de tener padres tan culeros. Pero no me volví loca, loca, porque a veces la verdad se te queda incrustada nomás, y ahí la tienes aunque no sirva para nada”.<sup>154</sup> En ella es importante la forma en la que su familia la ha criado, tanto abuela como madre son un espejo del que desesperadamente quiere escapar. No ser como ellas se vuelve la razón por la que se va de casa e intenta tener una familia propia después, aunque la persona elegida para esto la trate con violencia. Frente a esto, me voy a detener entre la relación que se suscita en las tres: abuela, madre e hija.

---

<sup>153</sup> *Ibid.*, p. 49.

<sup>154</sup> *Ibid.*, p. 149.

### 2.1.2.1. *Matrofobia: abuela-madre-hija*

El silencio familiar y con ello las fantasías institucionalizadas se rompen una y otra vez en el monólogo de la mamá de Leonel. Desde el principio, es claro que la relación con su abuela, sus tías y, principalmente, su madre no es buena, no sólo debido a la muerte de su hermano, sino como algo acumulado que carga consigo misma desde su nacimiento. Su madre no la ama y desde ese no amor se entiende o comprende como una persona completamente abandonada. Explica Adrienne Rich:

Hubo —y hay— en casi todas nosotras, una muchacha niña que todavía desea ser alimentada por su madre, aspira a la ternura y a la aprobación, anhela un poder femenino ejercido en su defensa, y evoca el olor, el tacto y la voz de una mujer, los brazos fuertes de una mujer rodeando otro cuerpo en los instantes de miedo y dolor. [...] El grito de la niña que hay en nosotras no debe avergonzarnos por considerarlo regresivo; es el germen de nuestro deseo de crear un mundo en el cual las madres y las hijas fuertes sean moneda corriente.<sup>155</sup>

El deseo de formar una familia es en parte debido a que se entiende como alguien fuera de los vínculos amorosos y desde allí la ecuación madre=mujer es el puente que piensa que podría salvarla del ostracismo de su propio nacimiento, ya que ella es producto de una relación incestuosa en la cual su abuela se puso del lado del hijo:

Incluso, a mí que nunca me había gustado ir a la casa de mi abuela, porque ahí vivía mi tío, fui sin reparo, como si nunca me hubieran dado ganas de vomitar cada que sabía que el hermano de mi mamá se podía aparecer, nada, yo me sentía fuerte, capaz de todo con tal de encontrar a mi hijo.<sup>156</sup>

No se debe olvidar que la madre es la primera presencia en la vida de un hijo y de una hija. El lazo madre e hija funciona diferente en el sentido en el que ésta primera es el espejo en donde después su descendencia femenina rehúsa o insiste en verse. El primer vínculo que se

---

<sup>155</sup> Adrienne Rich, *Nacemos de mujer.*, p. 300.

<sup>156</sup> Brenda Navarro, *Casas vacías*, p. 151.

tiene es con ella, por eso “no hay indiferencia y crueldad que se pueda soportar menos que la indiferencia y crueldad de nuestras madres”.<sup>157</sup>

La madre de la segunda narradora es una mujer que se presenta odiosa y terrible, como probablemente lo fue su propia madre con ella mientras fue creciendo. Hay entre las tres mujeres –abuela, madre y nieta– un círculo vicioso que las encierra en una violencia moral y física en donde su cuerpo se ha convertido en una maldición. En el caso específico de la abuela esto se representa en el hecho de que el hijo siga viviendo en su casa y la hija haya tenido que salir y vivir fuera, como si al final él hubiese sido escogido como legítimo por encima de su otra hija, embarazada y sola. La abuela, aunque tiene apenas presencia dentro de la novela, es un personaje que envuelve y protege secretos, y que no da cabida a su descendencia femenina dentro del hogar familiar:

— No, no está — dijo y se quedó en la puerta para no dejarme pasar.

— Entonces déjeme revisar su casa a ver si es cierto...

— Que no está aquí — insistió.

— ¿Y mi tío?

— Tampoco...

— Entonces déjeme pasar...

— No, aquí no hay nadie.

La miré con odio. Siempre la odié. No debió de haberse embarazado de mi madre, ni de su hijo. No debió de haber dejado que mi mamá tuviera a sus bebés, especialmente a mí. Le iba a insistir que me dejara pasar, pero a lo mejor en el fondo no quería encontrar a mi mamá. Y ya me empecé a alejar.<sup>158</sup>

Ella se presenta como un personaje cerrado, inamovible en sus ideas y reflexiones, no quiere a su nieta pese a que, o porque, ésta es tanto hija de su hijo como de su hija, además de que la desvaloriza por su género: “Las hijas siempre pagan mal, siempre se lo dije a tu mamá”.<sup>159</sup> Se puede ver en ella que los errores y que las culpas las pone sobre las mujeres de su familia,

---

<sup>157</sup> Adrienne Rich, *Nacemos de mujer* p. 305.

<sup>158</sup> Brenda Navarro, *Casas vacías*, pp. 151-152.

<sup>159</sup> *Ibid.*, p. 151.

son el espejo de su fealdad, de todo aquello que se repite conforme una generación da paso a la otra: “Una sacrifica su vida por los hijos y siempre pagan mal...”.<sup>160</sup> En la familia de la segunda narradora sus acciones están llenas de dolor. “Mejor huérfanos”, dice en algún momento la mamá de Leonel. Su genealogía no significa nada para ella, es una cáscara vacía en el sentido en el que las mujeres que están detrás de ella no significan nada, no quiere sus saberes ni mucho menos su guía. Ante esto me gustaría remitirme a un concepto que, como la institución de la maternidad, fue popularizado por Adrienne Rich, la matrofobia:

La «matrofobia», como la ha denominado la poeta Lynn Sukenick, no es sólo el miedo a la propia madre o a la maternidad, sino a convertirse en la propia madre. Miles de hijas consideran que sus madres, que les han dado el ejemplo de un compromiso y un desprecio hacia sí mismas, están luchando por su propia liberación a través de esas madres, transmisoras forzosas de las restricciones y degradaciones características de la existencia femenina. Es mucho más fácil rechazar y odiar abiertamente a la madre que ver, más allá, las fuerzas que actúan sobre ella.<sup>161</sup>

La matrofobia domina todas las decisiones en torno a la crianza y a la maternidad de una mujer que, además de sentirse desprotegida y abandonada por su madre, la rechaza, poniendo todos los errores y traumas sobre su figura. La forma en la que la mamá de Leonel fue criada corresponde a una larga legitimización de la violencia física y moral que se presenta conectada a la figura del padre y que deja, por tal motivo, completamente abandonadas a las mujeres. En este caso específico, aunque culpables como seres individualizados, los personajes también son víctimas de un sistema que protege a los violadores, abusadores y golpeadores. Al reproche que le hace su abuela, la narradora contesta: “Eso nomás le pasa a las mamás culeras como usted — Le dije mientras le daba la espalda y me iba de su casa”.<sup>162</sup> Las madres son quienes ocupan el lugar más desfavorecido; “culeras” por quedarse, por

---

<sup>160</sup> *Ibid.*, p. 151.

<sup>161</sup> Adrienne Rich, *Nacemos de mujer.*, pp. 309-310.

<sup>162</sup> Brenda Navarro, *Casas vacías*, p. 151.

esperar, por ser abandonadas, por aguantar y por reprochar. Sujetos siempre activos en donde acomodar los rencores, institucionalizadas a tal punto que son madres más que individuos.<sup>163</sup>

La matrofobia en la mamá de Leonel se distingue en el hecho de que todas sus acciones están sustentadas en el deseo de no maternar como su progenitora, ya que la piensa como el primer espacio, lugar, en donde fue infeliz: “Yo con mi mamá tenía un problema de que no pensábamos igual en nada”.<sup>164</sup> Su relación está sustentada por el odio: “Eso de llevarse a mi hijo me confirmó que mi mamá no me quería, ya tenía yo sospechas, pero eso me lo había demostrado. Y seguía yo llorando. Y mientras lloraba me acordaba de cuando mi mamá me quiso ahogar”.<sup>165</sup> La violación y el incesto forman parte de su historia de vida, de aquello que la compone, sus traumas y sus miedos están fuertemente influidos por su genealogía femenina y, de todos modos, frente a todo eso al final termina siendo una prolongación de su madre y su abuela, viviendo en un mundo inventado.

La madre de Leonel, al narrar sobre su familia, hace patente la complejidad que hay detrás de sus modos de actuar, pero también en la maternidad que vive tanto ella como las mujeres que están a su alrededor, especialmente de su madre y el profundo desprecio que le tiene y que, en última instancia, está relacionado con la forma en la que fue concebida: “Pos así, que una vez mi tío se cogió a mi mamá y de ahí saliste tú”.<sup>166</sup> Madre e hija se encuentran constantemente enfrentadas, peleadas e incapaces de ser una fuente de apoyo para el dolor de la otra; llega un punto en que ninguna se permite ser ni siquiera castigada o marginada por

---

<sup>163</sup> Adrienne Rich explica que la matrofobia es un punto de escisión femenina del yo: “el deseo de expiar de una vez por todas la esclavitud de nuestras madres, y convertirnos en individuos libres. La madre representa a la víctima que hay en nosotras, a la mujer sin libertad, a la mártir. Nuestras personalidades parecen mancharse y superponerse peligrosamente a la de nuestra madre. En el intento desesperado de conocer dónde termina la madre y empieza la hija, optamos por la extrema solución quirúrgica”. Adrienne Rich, *Nacemos de mujer*, p.p 310-311.

<sup>164</sup> Brenda Navarro, *Casas vacías*, p. 94.

<sup>165</sup> *Ibid.*, p. 153.

<sup>166</sup> *Ibid.*, p. 148.

las palabras que puedan salir de la boca de la otra. Más que odio hacia las instituciones o las figuras masculinas, lo tienen la una a la otra. Explica Irigaray:

La rebelión de la mujer jamás se dirigirá contra la función paterna —sagrada, divina, sino contra esa madre poderosa y más tarde castrada que ha traído al mundo a un hijo castrado. Madre respecto a la cual las funciones primitivas de la niña, que aún no se han adaptado al orden establecido, podían actuar todavía. La irresolución de la mujer con su comienzo, con su madre, con aquella(s) que tiene(n) su mismo sexo, termina por reaparecer en las relaciones amorosas. Al menos en la primera relación amorosa, en el primer “matrimonio”. No se podía esperar otra cosa. Y la mujer —o más bien la feminidad— sólo se elevaría por encima de todas estas historias empíricas, de todos los conflictos de su historia, adoptando un *ideal* narcisista *masculino*.<sup>167</sup>

Ella escapa de su madre cuando ésta no hace nada frente a la muerte del hijo mayor. La matrofobia se presenta en la búsqueda de esa casa ideal, del marido perfecto y un niño bonito para mostrar superioridad frente a su madre, al exhibir su negativa a ser esa prolongación de ésta y de su abuela. Elige, entre paréntesis, el amor y la crianza y eso ya es una diferencia frente a su madre, a quien aquello le fue impuesto por otros y quien, además, jamás vio que aquellos que le hicieran daño sufrieran algún castigo, si no a nivel social, al menos a nivel familiar. Entonces, la maternidad para ella termina significando ser algo, volverse algo, sin importar cómo. El amor, o el ideal del amor, se convierte en uno de los puentes que toma para tratar de escapar de su núcleo familiar y de la indolencia de la sociedad que no hace nada ante la muerte de su hermano. Explica Rich que “la mujer que se ha sentido huérfana de madre puede pasarse la vida buscando a la madre; hasta puede pasarla buscando en los hombres”.<sup>168</sup>

La mujer perfecta para ella es la mujer elevada por una figura masculina.<sup>169</sup> Si la madre de Daniel reflexiona sobre el trinomio mujer=madre=muerta, la madre de Leonel podría estar

---

<sup>167</sup> Luce Irigaray, *op. cit.* p. 114.

<sup>168</sup> Adrienne Rich, *Nacemos de mujer*, p. 317.

<sup>169</sup> Christianne Oliver señala: “La mujer busca en el amor la unidad de su persona, que no ha podido conocer hasta entonces, ya que fue estimada en su niñez y deseada a partir de su adolescencia. A través del amor trata

buscando convertirse en la representación de la mujer=madre=evocación de otro, el cual para ella es el trinomio perfecto. Quiere hacer de éste su identidad, por eso al principio pone todas sus energías en ser lo que Rafael quiere de *su* mujer; cuerpo hecho sólo para él y sus necesidades, cuerpo incapaz de vivir alejado de su lado, extensión suya que, por añadidura, la convierta en algo más que nadie o nada, sujeto social capaz de hacerse notar, es decir, de tener valor, porque supone que la mujer=madre=evocación del otro es siempre aquella capaz de permanecer y soportar, bella y joven.

Ella *es* debido a que pertenece a alguien. Por tanto, siente o piensa que no es nadie sin un hombre, a pesar de que se mantenga económicamente por sí sola y todos los gastos de su casa salgan de su bolsillo. Es decir, esta segunda narradora es un personaje fuerte y débil al mismo tiempo que, más que verse a sí misma, se ve a través de los ojos de los otros: hija no deseada, mujer vieja y cansada, madre incompleta, madre que aborta, es decir, mujer que no es porque no puede cumplir con el principio institucionalizado de dar a luz a otro ser y desde allí obtener un valor dentro de su núcleo familiar y de la sociedad.

La mamá de Leonel no sólo se encuentra atrapada por sus ideas de la maternidad, sino también por la violencia clasista y la económica, el silencio familiar, la violencia obstétrica y la indolencia del Estado. Su papel como victimaria se rompe al conocer su historia como víctima, a su vez, de su madre y de su abuela. No es capaz de sentir culpa por lo que hizo, pero sí por cómo terminó todo y, aun así, al momento de pararse frente a un policía es incapaz de abrir la boca, porque no deja de pertenecer al espacio en el que los perpetradores de la violencia pueden pasar desapercibidos, se vuelven invisibles.

---

de reunir al “sujeto estimable” con el “objeto deseable”, buscando sentirse por fin una *persona*. La mujer quiere aprovechar la ocasión que le ofrece el hombre para ser por primera vez un “objeto que satisface” a alguien.”  
Cristianne Oliver, *op. cit.*, p. 170.

### Capítulo 3. La casa: espacio para albergar la vida

La casa es uno de los primeros espacios en los cuales se aprende a ser persona. Lugar en donde, idealmente, se nos enseñan los códigos sociales y morales necesarios para formar parte activa de la comunidad. Es allí donde, con suerte, aprendemos los primeros gestos de calidez y apreciación, pero también puede ser el espacio desde el que conozcamos el miedo y el abandono, el descuido y el odio. Un hogar hegemónico y perfecto debe estar formado (según el orden social y cultural) por el padre, la madre y los hijos; a él se le da el papel de la cabeza de la familia, decide debido al poder económico y cultural sustentado en el patriarcado. El sujeto masculino tiene la batuta dentro del escenario familiar, su palabra es la ley. La madre, por otro lado, tiene un papel que en un primer plano pertenecería a la esfera de la espera, la pasividad y la prudencia; su misión, volviendo a las palabras de autoras como Rich y Castellanos, es siempre procurar y cuidar incluso por encima de sí misma. Ya se ha hablado en el capítulo anterior de su papel dual en la sociedad mexicana, se la eleva al mismo tiempo que se la maltrata.

La madre no es sólo aquella que ama desde el vientre a sus hijos, sino también aquella a quien se le da todo el peso de la educación y la crianza de estos. Ella instituirá a los futuros presidentes, profesores o soldados, pero también a los dictadores, ladrones o estafadores, es decir, forma parte tanto de la creación del mal como del bien. La madre es el espejo donde los otros se reflejan y, como ya se mencionó, pareciera residir siempre a un lado de la Historia mientras son los otros quienes deciden

Con todo lo anterior, podría decirse que los cuerpos femeninos son espacios desde donde se cohesiona la identidad de una familia, a pequeña escala, pero también la identidad

del pueblo o de la comunidad de la cual formen parte. Explica Lucía Guerra-Cunningham sobre aquello que conceptualiza la casa en el sentido de ser siempre un espacio femenino:

En contraposición a los espacios públicos de la ciudad, sinónimo de despliegue, disipación y exterioridad, la casa equivale al repliegue y la interioridad, a un abandonar el disimulo en relaciones meramente funcionales para vivir el “nosotros” de la familia y la consaguinidad en una cohesión afectiva que resulta ser la metáfora de la comunidad imaginada de la nación.<sup>170</sup>

Por eso, la figura de la madre ha tenido un papel muy significativo a nivel simbólico porque, el papel de las mujeres=madres es materner, criar y proteger desde el interior, habitan su casa y desde allí se le da un lugar, *ergo*, podría decirse que la casa funciona como un espejo de su cuerpo que otros habitan, crecen en ellas y se van o la abandonan cuando se hacen lo suficiente mayores o se casan.

Las mujeres se encuentran sujetas dentro del marco de evocaciones que revisten a la maternidad. A través de ellas se cuenta la vida (derrotas y triunfos) de quienes las rodean, dejan de ser individuos para volverse un concepto. Siguiendo esta línea de pensamiento, Rita Segato llama “red” al espacio en donde un grupo de personas configuran su valor, existencia y pertenencia. La red es a la vez territorio y población y, desde allí, se portan los signos que componen la heráldica que emblematiza la existencia de ésta:

Su conformación y definición de sus límites no tiene origen bélico, como en la historia de los Estados nacionales, pero su conflictividad es difusa, sin principio ni fin, una forma de existencia. Las redes pertenecen al ambiente formateado por el englobante paradigma de la política de la identidad y proveen patrias territoriales sustitutas para la gente común.<sup>171</sup>

En tal sentido, la noción puede extrapolarse para pensar el trinomio mujer=madre=casa como una red cuyo origen funcione para dar identidad a un grupo

---

<sup>170</sup> Lucía Guerra-Cunningham, “Género y espacio: la casa en el imaginario subalterno de escritoras latinoamericanas” *Revista Iberoamericana*, 2012, no. 241, p. 820.

<sup>171</sup> Rita Segato, *Las nuevas formas de la guerra en el cuerpo de las mujeres*, p. 36.

específico de personas, siendo el primer espacio de esta red la familia para, a partir de allí, extenderse a otras instituciones sociales y estatales. Ella, la mujer, es por su condición salvadora, sumisa y dócil, su lenguaje es el amor y la ternura y su cuerpo=casa se inscribe para el goce, el placer o la supervivencia de los otros.

Con esto podría decirse que lo materno es un concepto que se va formando y deformando conforme a las necesidades históricas y culturales de los pueblos. El sujeto detrás de esa figura está condenado a desdibujarse, es imposible no hacerlo frente a las instituciones que lo erigen y lo componen (la heterosexual y la materna por poner dos ejemplos). Esto es algo que se muestra muy claro en *Casas vacías*, donde la función de los personajes como mujeres=madres=casas se derrumba cuando las distintas violencias estructurales a su alrededor terminan dictándoles la forma en cómo se reconocen, no permitiéndoles ser el cuerpo=casa que otros habiten. En el sistema capitalista, como referirá su autora en seguida, los cuerpos de las mujeres *son* en tanto sean necesarias para los otros:

*Casas vacías* vino perfecto porque creo que es una buena forma de describir lo que somos las mujeres para la sociedad: casas que se construyen con todo el esmero y el decoro pero que terminamos por ser deshabitadas cuando ya no le gustamos a las personas que van y habitan otra, pero también, ahora con esto de la gentrificación de las ciudades en donde es más fácil que *Airbnb* sea dueña de la mayoría de las viviendas para el bienestar de unos pocos, mientras los demás vivimos hacinados; es una buena metáfora que habla de las mujeres como cuerpos que se habitan mientras se necesitan para después quedarse vacías.<sup>172</sup>

Las mujeres=madres=casas existen en la medida en que sean receptáculos para las necesidades de los demás. Silvia Federici, escritora, activista feminista y marxista italiana, analiza sobre el concepto mujer/cuerpo:

Las mujeres, en el desarrollo capitalista, han sufrido un doble proceso de mecanización. Además de ser sometidas a la disciplina del trabajo, remunerado y no remunerado, en

---

<sup>172</sup> Brenda Morales Muñoz, *art. cit.*, s. p.

plantaciones, fábricas y hogares, han sido expropiadas de sus cuerpos y convertidas en objetos sexuales y máquinas de reproducción.<sup>173</sup>

Por eso es necesario que la identidad de la mujer sea mitigada, por no decir completamente borrada. Durante el transcurso de esta investigación me he referido a las narradoras como “la madre de Daniel” y “la madre de Leonel” para diferenciarlas, porque una y otra vez es la presencia de sus hijos la que dicta su vida y la forma en la que se relacionan con otros: “El punto, sin embargo, es que independientemente de los otros trabajos que tuvimos que realizar, *la procreación y el servicio sexual para los hombres siempre se han esperado de nosotras y, con frecuencia, nos los han impuesto*”.<sup>174</sup> Ellas son por y para sus hijos y, por tanto, son nombradas a través de estos.

Como ya se analizó en el primer capítulo, la mujer pertenece al interior, al hogar; el hombre al exterior, a la vida pública. La mujer, recordemos a Beauvoir, limpia la casa con dureza, trapea los pisos y quita el polvo. Ella vive atrapada dentro de la casa que habita, pero también *es* la casa en el sentido que hay una relación simbiótica entre ambas en donde una es el reflejo de la otra. Es decir, la mujer=casa es la “red” (regresando al concepto de Segato) que otros habitan; territorio en continua conquista. La idea de la mujer=madre como una casa que, además, puede ser deshabitada y habitada a conveniencia no es nueva, ha formado parte del imaginario popular por años.

La primera casa (en sentido físico y figurado) es el lugar que nos conecta con el pasado, recuerdos luminosos o habitaciones oscuras de nuestra memoria que nos negamos a abrir, pero que, irremediablemente, son parte de aquello que nos hace, de nuestro carácter. Evocamos la casa de la niñez para volver a la infancia, a una vida mucho más sencilla, pero

---

<sup>173</sup> Silvia Federici, *Más allá de la periferia de la piel*, trad. Gabriela Huerta Tamayo, Ediciones corte y confección, 2022, España, p. 21.

<sup>174</sup> *Ibid.*, p. 29.

también ésta puede convertirse en el lugar que negamos, que se vuelve todo lo que no queremos seguir siendo en el presente (no ser imagen de nuestros padres o nuestros abuelos). La madre evoca el primer hogar en el sentido que dentro de ella se gestan o se forman los seres humanos. Guerra-Cunningham explica: “En el imaginario androcéntrico, ha persistido la asociación que se establece entre la casa y el útero. Éste, en el campo semántico de un espacio cerrado que nutre y alimenta, facilita una relación homológica con la casa que también se piensa en términos del origen.”<sup>175</sup> El vientre materno haría alusión a la primera casa, que a la vez representaría o que encerraría el bien último de la feminidad. Estos tres elementos funcionarían, por tanto, unidos como una especie de eslabón que encerraría o que trataría de encerrar la existencia completa de un individuo que tendría, en ese orden de ideas, que fungir necesariamente como la casa de otros. El concepto mujer=madre=casa sirve para encasillar o sostener toda la relación que existe entre la relación moral-tradición-cuerpo feminizado que tiene (o debería tener) un sólo sentido dentro de la jerarquía social.

Me parece entonces que uno de los puntos más importantes en *Casas vacías* es que desmitifica la idea de la mujer=madre=casa como *algo* que sólo contiene valores positivos y lo muestra como *alguien* que, frente a la explotación de su cuerpo y el doblegamiento de su individualización, refleja también ese otro lado de la sociedad marginal y herida. La madre violentada, la madre víctima y la madre victimaria también son parte de la red mujer=madre=casa que nos compone como cultura; estos seres fungen como la casa=cuerpo de una sociedad rota en donde la violencia física y moral se ha vuelto necesaria, por no decir indispensable, para mantener las relaciones de poder.<sup>176</sup>

---

<sup>175</sup> Lucía Guerra-Cunningham, *art. cit.*, p. 822.

<sup>176</sup> Explica Guerra-Cunningham al respecto: “Pero aparte de estos aspectos, la casa es también el lugar de lo secreto y lo prohibido, de la violencia intrafamiliar y la imposición de la autoridad. Elementos recurrentes en folletines, radiodramas, películas y telenovelas que se han nutrido de los conflictos, rencores y abusos en una

En la novela, el concepto de la mujer=madre como el hogar idílico y soñado se desmitifica al mostrar a dos mujeres=madres=casas vacías que tanto en sentido físico como figurado no tienen espacio para albergar su propia vida y que dentro de la red tratan de emular dos nociones en las que sólo se desdibujan más: mujer=madre=muerta y mujer=madre=evocación de otros; ellas no *son* porque se entienden seres incompletos frente a esas nociones que no pueden llenar, que las sobrepasa.

Los mitos en torno a la maternidad caen sobre estas dos nociones como piezas perfectas de un rompecabezas, las elevan hasta el punto en el que sirven de único ejemplo para las mujeres, se les hace estatuas, monumentos o literatura, se habla a través de ellas, pero no siempre les permite externar sus propias ideas.<sup>177</sup> En las casas vacías que conforman las metáforas de los cuerpos femeninos no habita nadie porque sólo exhiben la decoración de los otros, sólo abren puertas y ventanas para iluminar el camino de los sujetos que hacen la Historia: “Todos los hombres juntos son más ruidosos y estruendosos que todas las mujeres y sus lágrimas,”<sup>178</sup> dice la mamá de Daniel en el momento en el que ambas familias, la de Amara y la de Xavi, se encuentran después del feminicidio de ésta; los reproches caen sobre las madres de los implicados, que no supieron criar o que permitieron ciertos comportamientos. Como cuerpos=casas cargan con el peso de las acciones de sus hijos. Por

---

privatización de la tragedia que pone de manifiesto, a pesar de los desenlaces felices creados por la moral ingenua, las tensiones dentro de la eufemística “armonía del hogar”. *Ibid.*, p. 821.

La casa, entonces, también se ha presentado a nivel cultural como el lugar en donde, a pesar de haber conflictos, se resuelven siempre al final para mantener esa falsa sensación de seguridad.

<sup>177</sup> En la contraposición “adentro” y “afuera” que se ha venido hablando y que pone a la mujer al margen del espacio político, añado a Guerra-Cunningham, quien analiza: “La división entre hombres y mujeres bajo un régimen heterosexual plantea la casa, desde una visión androcéntrica, como un lugar de descanso y recogimiento para los hombres afanados en las tareas del trabajo y una praxis histórica teñida de conflictos y hazañas. Noción que se reitera en textos tan diversos como *La perfecta casada* (1583) de Fray Luis de León, *Emilio* (1762) de Jean-Jacques Rousseau y *Sistema de política positivista* (1848) de Augusto Comte. Parafraseando a Friedrich Nietzsche, se podría aseverar que en la cultura de occidente, la casa ha sido el lugar del reposo del guerrero y como tal, ha estado relegada en los márgenes de la Historia oficial y sus sucesos canónicos.”*Ibid.*, p. 820.

<sup>178</sup> Brenda Navarro, *Casas vacías*, p. 79. Mis cursivas.

eso, cuando los patriarcas comienzan a gritarse, estas mujeres=madres=casas culpables y atosigadas por su descendencia guardan silencio, dejando que sólo la voz de ellos las aplaste: “Todos, todos incluidos, parlotearon y se oían a sí mismos mientras nosotras mirábamos confundidas e impávidas, porque eso era lo que había que hacer: *ser las casas vacías para albergar la vida o la muerte*, pero al fin y al cabo, vacías”.<sup>179</sup>

Ellas están ancladas a los vínculos y dinámicas rotas de una sociedad llena de violencia.

Explica Hélène Cixous:

Como si, separada del exterior donde se realizan los intercambios culturales, al margen de la escena social donde se libra la Historia, estuviera destinada a ser, en el reparto instituido por los hombres, la mitad no-social, no-política, no humana de la estructura viviente, siempre la facción naturaleza por supuesto, a la escucha incansable de lo que ocurre en el interior, de su vientre, de su «casa». En relación inmediata con sus apetitos, sus afectos.<sup>180</sup>

En *Casas vacías*, los personajes viven en espacios huecos y rotos, pero también son esos espacios rotos y huecos. Su cosmos interior refleja el cosmos exterior en el sentido en el que lo que sucede adentro no puede más que funcionar como el primer paso de las dinámicas políticas o estatales que sostienen el sistema. Tomando esto en cuenta quiero remitirme a las reflexiones de Gaston Bachelard en *La poética del espacio*, en la cual explica que conocer íntimamente a una persona es conocer los interiores de las casas que habita en sus recuerdos, en la memoria, y muchas veces éstas tienen una intrincada conexión con los espacios físicos en los que una vez vivió o en los que se reconoce. Somos porque (entre otras cosas) nos apropiamos de los lugares que nos rodean, somos porque estamos inmersos en aquel pequeño mundo que no hace más que imitar el de afuera. Explica Bachelard:

Hay que decir, pues, cómo habitamos nuestro espacio vital de acuerdo con todas las dialécticas de la vida, cómo nos enraizamos, de día en día, en un “rincón del mundo”.

---

<sup>179</sup> *Ibid.*, p. 79.

<sup>180</sup> Hélène Cixous, *La risa de la medusa*, trad. Ana María Moix y Myriam Díaz-Diocaretz, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, Madrid, 1995, p. 18.

Porque la casa es nuestro rincón del mundo. Es —se ha dicho con frecuencia— nuestro primer universo. Es realmente un cosmos. Un cosmos en toda la acepción del término.<sup>181</sup>

El cuerpo de estas mujeres=madres=casas funge como “red” que otros habitan, o que tratan de hacerlo pese a lo roto que pueda estar. Conforme la narración avanza estas casas=cuerpos lentamente pierden la funcionalidad, se ensucian, se caen a pedazos y en última instancia termina vaciándose. El tejido temporal dentro de una novela se articula en relación con ciertos lugares o cuerpos, espacios conjuntivos, los cuales terminan por formar un tapiz que nos da una idea de la profundidad de ciertas heridas o anhelos en torno a los personajes. En *Casas vacías*, el espacio en el que se atrincheran o se desplazan los personajes es muy importante ya que es allí donde comienza a formarse el cosmos que compone su psicología; con la segunda narradora, la mamá de Leonel, esto incluso repercute de forma física: al ser hija de una madre rota ella misma se considera defectuosa y fea, porque ese primer hogar al que quiso pertenecer, es decir, su madre, está lleno de hoyos y abolladuras, nunca tuvo acceso pese a sus esfuerzos. Mujer=madre=casa se presenta entonces en dos sentidos, refleja tanto el espacio físico como el espacio simbólico, “red” en donde los personajes se forman y se entienden como individuos. Por eso, dentro de la novela ocurre una especie de simbiosis entre los lugares en donde se desplazan sus resentimientos y anhelos.

A continuación, analizaré cómo funciona la noción de casa=cuerpo en donde se encuentran, tanto la mamá de Daniel como la mamá de Leonel, para también conocer más profundamente las dinámicas que tienen con los otros que giran a su alrededor.

---

<sup>181</sup> Gaston Bachelard, *La poética del espacio*, trad. Ernestina de Champourcin, Fondo de Cultura Económica, Argentina, 2000, p. 28.

### 3.1 La casa: tránsito de la vida

Comenzaré analizando a la mamá de Leonel, ya que es un personaje con mucha más profundidad que la mamá de Daniel, al menos en el sentido de que en ella sí hay una historia más allá de la llegada de Leonel que justifica muchas de sus acciones. Al conocer su pasado nos podemos dar una idea de por qué piensa de cierta manera. Ella, como ya se ha mencionado en el capítulo anterior, se enfrenta a una periferia más cruenta, no sólo por su situación económica y social, sino también por el lugar que tiene dentro de su familia llena de violencia, secretos e incesto, en donde tampoco tiene un espacio o se siente valorada; tanto su abuela como su madre son figuras en las que no quiere reflejarse y una y otra vez intenta ser algo más o ser mejor que ellas, a pesar de que al final cae dentro del círculo vicioso de su genealogía. La madre de Daniel no es sólo un personaje periférico por las circunstancias externas que la rodean, sino también por ella misma. No es sólo una víctima más de la jerarquización social y de sus relaciones de poder de su país, sino que también se convierte en una victimaria que dentro de ciertas esferas (su casa=cuerpo principalmente) emula las estructuras de violencia sobre otros. No le interesa salir de la esfera social en la que se encuentra marginalizada, la pareja con la que termina pertenece a su barrio, el trabajo que hace sólo le abre las puertas a ciertas tiendas o fiestas en función de que ella sirva a otros, incluso la casa a la que después se muda, a pesar de buscarla con patio y arreglarla con ilusión, sigue siendo parte del cinturón de violencia en donde siempre ha vivido: “Que si yo hubiera querido otra cosa, pues a lo mejor y sí, pero ¿en dónde? Una no es tonta, me doy cuenta que en otros lugares a una la ven mal, si no trae una ropita de marca, no es nadie, si no trae carro no es nadie, si trae carro pero no es el del año, mal”.<sup>182</sup> En ese sentido, es más hostil su

---

<sup>182</sup> *Ibid.*, p. 49.

realidad. La distinción entre ella y otros sujetos para esta narradora es muy clara. Vive siempre consciente de que es “menos”, el racismo pesa sobre su valorización ante otros y por sí misma. Explica Galeano sobre esto:

El colonialismo visible te mutila sin disimulo, te prohíbe decir, te prohíbe haber, te prohíbe ser. El colonialismo invisible, en cambio, te convence de que la servidumbre es tu destino y la impotencia tu naturaleza: te convence de que *no se puede decir, no se puede hacer, no se puede ser*.<sup>183</sup>

La mamá de Leonel no es un personaje con aspiraciones o con capacidad para imaginar un “más allá de” su cuerpo, además de estar institucionalizado por la maternidad y la heterosexualidad, también lo está por su clase y su raza, lo cual comparte con el grueso del tejido social periférico desde el cual se entiende. Por su cuerpo, ella sabe que hay cosas que “*no se pueden decir, no se pueden hacer y no se pueden ser*”, está enojada con su entorno, pero sigue perpetuando las dinámicas de poder que la encajonan:

Por un lado te dicen que le echas ganas, que mejores la raza, que no te quedes pobre, pero si le buscas, te dicen arribista, pinche arribista que te avergüenzas de los tuyos, pero si te quedas en donde dicen que es tu lugar, pues entonces que luego luego se te nota lo india, lo quesadillera, lo verdulera, lo totonaca.<sup>184</sup>

México es un país en donde están naturalizadas ciertas nociones en torno al color de piel y al lugar que cada uno tiene, el racismo impera muchas veces en las relaciones de trabajo, de escuela, etc. Existen datos que señalan que el nivel de escolaridad también tiene que ver con el color de piel, ya que una persona blanca tiene más posibilidades de alcanzar el nivel universitario que una persona morena.<sup>185</sup> Incluso hay palabras que, a pesar de las violencias estructurales que las amparan, son parte de la cotidianidad, llamar a alguien “india”, “tontonaca” o “quesadillera” tiene de fondo un discurso de odio que está amparado

---

<sup>183</sup> Eduardo Galeano, *op. cit.*, p. 145.

<sup>184</sup> Brenda Navarro, *Casas vacías.*, p. 49.

<sup>185</sup> Arturo Solís, “Comprobado con datos: En México te va mejor si eres blanco”, *Forbes México*, 7 de agosto de 2018. <https://www.forbes.com.mx/inegi-lo-confirma-en-mexico-te-va-mejor-si-eres-blanco/>

en la dicotomía “cultura superior” versus “cultura inferior”, al poner en juicio ciertos comportamientos, comidas o vestimentas que, por considerarse pertenecientes a los pueblos originarios de América, pierden valor o estatus. En este sentido, la madre de Leonel es muy consciente de sus limitaciones, su mundo y aquel otro que observa a lo lejos no se mezclan y aun así ella necesita de la aprobación de aquellos que no reconocen su existencia como la de un igual:

Que si esperaba a la doña, me dijo una muchacha, que estaba en una llamada, que si le ayudaba a poner las paletas ahí, junto a la fuente de fresas con chocolate. Que para que las paletas adornaran la mesa. Ah, pues sí, le dije, ahí las paletas —mis paletas— se van a ver muy bien. Y me puse a acomodarlas pensando, bueno, que vean que yo las hago, que sepan que no vine nada más de mirona, sino que mis paletas —mis paletas— son las que van a poner contentos a sus hijos. Sus hijos.<sup>186</sup>

Esta segunda narradora está encarnada en una crianza que le ha mostrado su “lugar inferior”: “Y si sí es cierto que estás morena, pues ya te chingaste, te quedas abajo, para que te pisoteen, esa es la ley de la vida”.<sup>187</sup> Su cuerpo=casa no sólo está vacío porque es incapaz de albergar vida en un sentido maternal, sino además porque sirve como un receptáculo en donde recaen las violencias estructurales que conforman a una sociedad en cuyo estatus social delimita el nivel de “humanidad” y acceso a derechos de sus habitantes. La red mujer=madre=casa que sostiene el discurso de la madre de Leonel está mucho más fracturada y, por tanto, predispuesta a tambalearse bajo nociones de doble moral, en donde al mismo tiempo que se puede elevar la figura de la madre, se la maltrata y se la hiere bajo la premisa institucional de “la ley del padre”. La mujer=madre=casa, en esta segunda narradora, no tiene el amparo de ninguna institución y frente a esto quienes la habitan son sujetos que por su género, por su raza y condición económica están en constante marginalidad; aquí los hombres también son

---

<sup>186</sup> Brenda Navarro, *Casas vacías*, p. 101.

<sup>187</sup> *Ibid.*, p. 49.

condenados al ostracismo, su cuerpo vale en tanto éste sirva al capital, pero además de eso, su voz muchas veces es acallada (ejemplo de esto se encuentra en el hermano de la narradora, de quien ya se habló en el capítulo pasado). La madre de Leonel es alguien cuyo cuerpo=casa está manchado porque su propia concepción es un tabú, la crianza en la casa=cuerpo de su madre y su abuela la ha dejado tan herida que, frente a la imposibilidad de sentirse amada o, mejor dicho, de tener su propia definición de amor, termina llenando de ilusiones y ensalzando la figura de la mujer=madre=evocación del otro. bell hooks, cuyo nombre es Gloria Jean Walkins, (1952-2021), crítica cultural y escritora estadounidense, cuyo activismo en el feminismo está, sobre todo, sustentado en el estudio de sistemas de dominación y opresión, analiza sobre el amor rodeado de violencia lo siguiente:

Uno de los mitos sociales más importantes que debemos desenmascarar si queremos llegar a ser una cultura con más amor es aquel que los padres enseñan que el abuso y la negligencia pueden existir en el amor. El abuso y la negligencia niegan el amor. Nadie puede legítimamente ser amoroso cuando se comporta abusivamente. Aún hoy día los padres hacen eso todo el tiempo en nuestra cultura. A los niños se les dice que son amados incluso aunque sean abusados.<sup>188</sup>

La madre de Leonel, como habitante de una casa=cuerpo en donde el abuso y la negligencia fueron dados con la misma facilidad que los pocos gestos de amor, aprende que el amor también lastima, por eso los golpes de Rafael no son realmente un problema para ella, no los cuestiona, cuando lo único que quiere es ser capaz de tener un lugar en la vida de alguien. Ser la evocación de otro significa para ella acceder al escenario social. Podría decirse entonces que ella *es* debido a aquellos que la rodean, y en ese sentido no ser capaz de tener hijos no sólo la imposibilita como casa=cuerpo, sino que la convierte en “nadie”, en “nada”. Puede entenderse, entonces, por qué el robo de Daniel no es para ella un acto castigable o

---

<sup>188</sup> Bell hooks, *All about love*, Harper and Row, New York, 2018, p. 33, [ebook]. La traducción es mía.

amoral. Si está mal o no, no es algo que ella se cuestione, sino hasta el final, cuando pierde al niño, porque al ser un personaje que siempre ha estado en la periferia, que siempre ha sido ignorado, entiende que no hay tal cosa como el valor de la vida en el sentido de que todos sean iguales, sino más bien que se trata de una jerarquía en donde la distinción entre los buenos actos versus los malos actos está comprendido desde la raza, el género y la economía. Con esto, también se puede hablar de su casa=cuerpo como una proyección de las dinámicas y espacios sociales de los que forma parte.

Procederé, entonces, a centrarme específicamente en los lugares que ella habita durante su narración. Como ya mencioné, a diferencia de la primera protagonista, no hay un cambio radical de escenarios. Todo se concentra en un mismo barrio o espacio con pequeños referentes de otros lugares que funcionan sólo para radicalizar más su posición; en su narración siempre hay una especie de separación, “ellos allá, yo acá” que es muy clara y que la sujeta, pareciese que de forma inevitable, a las desgracias y a la precariedad de los vínculos deshechos y de la valorización del cuerpo entendido como una máquina de trabajo o generador de placer para otros. La narración de la madre de Leonel ondula entre el presente (Leonel como motivo de desgracia) y el pasado (su madre como motivo de desgracia). La casa=cuerpo de su madre funciona como una suerte de maldición de todo lo que no quiere ser en la vida; mientras que su segunda casa=cuerpo comienza siendo un amuleto en donde deposita esperanzas y sueños de todo aquello que ha anhelado tener, pero que jamás ha podido: una familia feliz, para lentamente convertirse en un motivo de desgracias y de soledad.

Me detendré primero en la casa familiar de la infancia, que en la mamá de Leonel tiene un peso muy importante. Como ya se mencionó, ella sufre de reproches y de golpes por parte de su madre; al perder a su hermano, el acompañante de sus desgracias abandona la casa de

ésta, porque sola es incapaz de cargar con el peso de ser una hija no deseada. La casa familiar de su infancia está hecha de secretos y mentiras a medias, lo que sucede adentro no se habla afuera. La mancha la lleva en el cuerpo y en la sangre y, por eso, se ha sentido siempre condenada. Su crianza la persigue, muchos de sus pensamientos rumiantes y degradantes tienen sus bases en la casa=cuerpo de su madre. Explica Bachelard sobre la casa en donde se alberga la infancia:

Y la casa del recuerdo se hace psicológicamente compleja. A sus albergues de soledad se asocian el cuarto, la sala donde reinaron los seres dominantes. La casa natal es una casa habitada. Los valores de intimidad se dispersan en ella, se estabilizan mal, padecen dialécticas. [...] Pero allende los recuerdos, la casa natal está físicamente inscrita en nosotros. Es un grupo de costumbres orgánicas.<sup>189</sup>

Su primera casa está llena de recuerdos de una mujer repleta de odio que educa, tanto a su hermano como a ella, en una dialéctica en donde el más fuerte tiene el derecho sobre los otros, los golpes y las humillaciones son parte de su día a día. Los vínculos están tan rotos que pareciese incluso que dentro de la primera casa impera la crueldad y un miedo intrínseco frente a actos que no caben dentro de la moral tradicional,<sup>190</sup> pero que debido a las dinámicas en las que se encuentran inmersos pierden la noción de prohibición o tabú:

Ay, hermano, ya ibas a ser tío y ya no se nos hizo. Y luego, clarito, clarito, me acordé de que cuando yo tenía cinco años y él doce, estábamos en la sala y de repente me besó los labios y yo me saqué de onda, me salí corriendo de la casa sin saber qué decir. Me acordé que quería decirle a mi mamá pero que me dio miedo que le diera una tunda. *Yo no sabía si eso era bueno o malo, si era a propósito o de mala fe, no sé.*<sup>191</sup>

---

<sup>189</sup> Gaston Bachelard, *op. cit.*, p. 35.

<sup>190</sup> La casa, explica Guerra-Cunningham: “es allí donde los niños aprenden el control y pautas culturales del cuerpo, los primeros procesos de normalización social, un sentido de la individualidad y los guiones performativos de “lo femenino” y “lo masculino”. Guerra-Cunningham, *art. cit.*, p. 820.

Si la casa es el lugar donde se aprende cómo ser mujer o ser hombre, no es extraño que la violencia machista se mantenga fuertemente sujeta a las esferas públicas, cuando la mayoría de las veces se implementa desde la familia.

<sup>191</sup> Brenda Navarro, *Casas vacías*, p. 97. Mis cursivas.

De la cita anterior se puede comprender que, aunque en la narradora la inocencia y el temor frente a lo que pasó está presente, es más fuerte el pavor ante la opción de que pueda ser golpeada, en tal sentido es un ser fuertemente sujeto al poder que su madre utiliza sobre ella. A pesar de que el momento en el que inicia la narración pareciese ser que la guerra contra las drogas ha vuelto su entorno más hostil y peligroso, recrudesciendo hasta cierto punto su condición como sujetos “nadie”, frente a los recuerdos que van aunados a su casa de la infancia ya se puede notar un germen de violencia estructural, muy claro y asentado en la cultura:

La mamá de Rafael me dijo que quién sabe qué había pasado pero que qué bueno que Rafael estaba bien, que estaban pasando cosas feas en el norte. Que habían oído que se encontraron setenta y dos cuerpos de personas en un rancho, justo en Tamaulipas. Que todas iban para el otro lado. Que a lo mejor Rafael vio algo feo e hizo bien en regresar. No dije nada, pero sí, habían sido setenta y dos personas muertas, salió en las noticias y dijeron que nomás era una muestra, que seguro eran más. Setenta y dos personas que primero estuvieron desaparecidas y luego muertas, todas, amontonadas como basura. Nadie reclamó nada.<sup>192</sup>

Esta violencia tan encarnizada no es el centro, y hasta pareciese que no pesa en sus acciones diarias, porque de una manera u otra ellos ya están atrapados bajo instituciones sumamente violentadas. La pobreza, el ostracismo, el racismo y el colonialismo pesa sobre sus cuerpos desde el nacimiento. Con el caso específico de la madre de Leonel no se puede hablar de una violencia objetiva que haya llegado *ipso facto*, dejándola sin habla, sino más bien de una lenta acumulación de violencias estructurales que terminan por estallar ante una guerra sin rostros claros y que, en tal sentido, extrapola lo que muchas familias ya estaban viviendo dentro de sus hogares. Volverse sólo un cuerpo abierto a los castigos es algo que ella vive desde su posición como hija no deseada. Motivo por el cual huye de aquella primera

---

<sup>192</sup> *Ibid.*, p. 106.

casa=cuerpo como un animal herido. Atrás de ella hay una genealogía tan marcada por actos de poder jerarquizados que termina replicando todas sus prácticas en la segunda casa a la que llega:

En suma, la casa natal ha inscrito en nosotros la jerarquía de las diversas funciones de habitar. Somos el diagrama de las funciones de habitar esa casa y todas las demás casas no son más que variaciones de un tema fundamental. La palabra hábito es una palabra demasiado gastada para expresar ese enlace apasionado de nuestro cuerpo que no olvida la casa inolvidable.<sup>193</sup>

El primer mundo que habita no es un lugar seguro o cálido, pero tampoco lo es el mundo de afuera, desprovisto de cualquier rasgo de empatía y protección. El Estado los tiene abandonados frente al sometimiento del cuerpo como una mera máquina de producción que rápidamente puede ser descartado para evitar preguntas o problemas. La madre de Leonel es producto del incesto y vive atrapada en el silencio familiar en el que la abuela enseña a todos a vivir; escapar no es para ella la pérdida de un lugar seguro, sino más bien la inevitabilidad de una acumulación de rencores. Ella se sabe menos, huye de sí misma todo el tiempo, de lo que le muestra el espejo, pero después de la pérdida de su hermano y del aborto que sufre, se vuelve sencillamente imposible permanecer, porque con eso también las estructuras que mantenían la casa comienzan a derrumbarse:

Lo que pasa es que yo ya no aguantaba estar en casa de mi mamá después del aborto, primero por ella, pero luego me daba no sé qué ver la puerta del cuarto de mi hermano cerrada, me daba miedo pasar por ahí, porque yo quería abrir la puerta y verlo, de hecho así pensaba, ah, el *broder* está ahí en su cuarto, no lo voy a molestar. Y me creaba esa ilusión, luego en la noche me acercaba a la pared que daba a su habitación y le hablaba: Ay, hermano, ya ibas a ser tío y ya no se nos hizo.<sup>194</sup>

Atrapada dentro de la casa=cuerpo de su madre, que a la vez se encuentra encerrada dentro de la casa=cuerpo de su propia madre, la madre de Leonel guarda dentro de sí el cosmos de

---

<sup>193</sup> Gaston Bachelard, *op. cit.*, p. 36.

<sup>194</sup> Brenda Navarro, *Casas vacías*, p. 97.

una vida que no quiere ser contada, que se dice con los labios fruncidos y de la que se huye a la primera oportunidad. La subjetividad de la violencia cotidiana en la que se encuentra enfrascada no da tiempo para pensar en cómo la violencia objetiva lentamente se traga al Estado del que, en primer lugar, ni siquiera es completamente parte. Por eso su necesidad siempre presente de buscar un lugar al que pertenecer:

Pero es que en serio se supone que éramos una familia, yo quería una familia, yo quería de Rafael una familia y se lo dije cuando me salí de la casa de mi mamá. Porque si me salí de ahí fue porque le pegó a mi hermano la última vez que lo vimos. No se me olvida, no sé, no sé por qué pero me duele tanto que mi mamá le haya pegado a mi hermano ese día, porque siento que mi hermano se murió triste y no se lo puedo perdonar.<sup>195</sup>

La posibilidad de volverse ella misma la casa=cuerpo de alguien lidera todas sus decisiones, porque frente a la matrofobia hacia su abuela y su madre ella convierte a Rafael en el germen de su nueva familia. Desde ese pensamiento está dispuesta a hacer todo lo posible para mantenerlo a su lado, es decir, a desdibujarse para poder llegar a ser “algo” a lo que él se aferre. Su noción del amor está dañada, y en tal instancia le perdona absolutamente todo, excepto que la deje; desde allí es donde se construye su segunda casa. Entendiendo que, independientemente del lugar en donde esté, ella emula lo aprendido por su familia incluso inconscientemente, su segunda casa termina siendo sólo una extensión de la primera.

### *3.1.1 Rafael, una habitación vacía*

Al abandonar la casa=cuerpo de su madre, la narradora se da a la tarea de encontrar una propia que sea refugio para aquellos a quienes quiere llamar su familia, porque al no tener derecho a un nombre, no sólo por su incapacidad de llevar a término un embarazo, sino

---

<sup>195</sup> *Ibid.*, p. 92.

también por su propia concepción y el tabú que gira en torno a ella, anhela el derecho a llamar algo suyo. La pertenencia a un espacio le daría un lugar, la haría alguien, y ante esto sus deseos y sueños: “Y yo veía la casa, que chiquita, que poco bonita, que destartalada pero era mi casa, mi casa. Y la apreciaba más porque también por esta casa peleamos Rafael y yo. Para empezar, yo le dije que sí íbamos a vivir juntos pero no en casa de su madre”.<sup>196</sup> Rafael es un personaje cuyas características físicas y mentales sólo las podemos conocer a través de la madre de Leonel y su relación en muchos momentos funciona por medio del control del placer o del sexo; él es un personaje lleno de ira con muy poco control de impulsos que no tiene más que uno o dos momentos de ternura o de verdadero dolor. En él se encuentra representada la imagen del típico macho mexicano, violento y dominante; esta segunda narradora sueña con alguien que sea un contrapeso al poder que la casa=cuerpo materna ejerce sobre ella, desea alguien cuyo carácter no pueda ser opacado:

Si yo no había tenido novio antes de Rafael no fue porque yo no quisiera, lo que pasa es que yo veía cómo me echaban el ojo los muchachos por la calle y se me hacían todos bien pendejos. No tenían plática, se ponían nerviosos o eran de esos que andaban detrás de la falda de su mamá. Yo no quería alguien así, yo quería a un novio que me diera orgullo andar en la calle con él, que no fuera como todos, ¿y qué era lo que podía diferenciar a un muchacho de mi colonia de todos los pendejetes?<sup>197</sup>

Para ella, Rafael, quien no sólo la observa, sino que es capaz de actuar frente a sus deseos, contrarresta con la pasividad y el silencio en el que se le ha impuesto existir, por eso se vuelve su mejor opción, aunque el temperamento de los dos termine chocando una y otra vez:

¿Y entonces Rafael qué tenía de especial? Pues Rafael era el alto, el que estaba guapo, con sus dientes derechos, con sus camisas limpias todos los días. También fue el primero en darme un beso con la lengua. Ah, éste sí que sabe lo que quiere, pensé, y si me quiere a mí pues va. Que si yo hubiera querido otra cosa, pues a lo mejor y sí, pero ¿en dónde?<sup>198</sup>

---

<sup>196</sup> *Ibid.*, p. 52.

<sup>197</sup> *Ibid.*, p. 48.

<sup>198</sup> *Ibid.*, p. 49.

Pero Rafael no alcanza el ancho de los planes que ella tiene, no quiere ser su familia, mucho menos el padre de sus hijos. Vive en el afuera y se niega a convertirla a ella en su “hogar”; por eso muchas veces es la madre de Leonel quien lo persigue, a pesar de que después será regañada:

Me llevó a su casa. Su mamá nos dio sopes de cenar. Él siguió insistiendo que yo no tenía que andar en los bares, pero por qué no, le pregunté, pues porque no, me dijo. Me reí y se encabronó. Aventó la silla que tenía al lado y me dijo que no lo estuviera provocando, le dije que no, que no se pusiera así y me manoteó la mesa.<sup>199</sup>

Se puede percibir, por sus modos de actuar y el papel que espera que la madre de Leonel ocupe, que Rafael no la considera un sujeto con los mismos derechos u obligaciones que él. Para él, ella tiene el papel de objeto sujeto a la moral y la tradición, cuerpo de placer, pero no el cuerpo que ella quiere ser, es decir, el que lleve a sus hijos; por eso su enojo ante sus burlas o sus contestaciones. Y frente a ella, actuando como el espejo de lo que debe ser, la madre de Rafael:

Sí esperé que su mamá dijera algo, pero no dijo nada, nomás nos miró de reojo y se hizo mensa, como que no había escuchado. No me vayas a pegar Rafael porque te denuncio, le dije. ¡Ay, pero si ni te está pegando!, me dijo la señora, le está pegando a la mesa, no te inventes cosas, insistió. Ya, Rafael, llévala a su casa. Le dije que no, que yo me iba sola, pero Rafael se puso su chamarra y se salió conmigo. Con mi mamá no me andes provocando, me dijo mientras me llevaba rápido por la avenida.<sup>200</sup>

La madre de Rafael encarna un sujeto profundamente pasivo capaz de idealizar y excusar los comportamientos de su hijo, además de también ser alguien que, desde su posición como mujer=madre, juzga las acciones de otras mujeres y les exige ciertas pautas: “Ya, Rafael, llévala a su casa”, dice, exponiendo el lugar al que la novia de su hijo pertenece y, por tanto, dándole la razón a su hijo de que las mujeres deben permanecer en casa. Para que la

---

<sup>199</sup> *Ibid.* p. 43.

<sup>200</sup> *Ibid.*, p. 43.

institucionalización del patriarcado siga funcionando dentro de la sociedad es importante (esencial) el papel de las madres, quienes educan y enseñan tanto a los sujetos femeninos a permanecer dentro de ciertos lugares, como a los sujetos masculinos a ejercer el poder o el control. Explica Christiane Oliver en su apartado “Cada mujer le abre a otra el círculo de la misoginia”:

Historia que se transmite de generación en generación: hijo que sigue ligado secretamente a su madre y que toma mujer para poder funcionar y reproducirse, pero que mantiene frente a ella una cierta distancia, y a quien no le reconocerá otros derechos que los de la sexualidad matrimonial y la maternidad. Mujer sin marido, sin su igual, y que paga el precio de la guerra en la que se ve mezclada por el solo hecho de ocupar el lugar de la madre; mujer que encontrará en su hijo al único hombre realmente próximo a ella en la vida. Así que cierra el círculo: una mujer por sentirse mantenida a distancia por su marido, se aferrará a su hijo y preparará en él la “distancia” para otra mujer que vendrá.<sup>201</sup>

Siempre se habla del amor de las madres frente a sus hijos, y ante esto es que se crea la doble dicotomía de la figura materna. La madre es asexual, estereotipada dentro de todas las mitificaciones de una santa, pero sobre la mujer=esposa, la mujer=compañera, la mujer=sujeto caen las violencias sexuales y morales: cuerpo hecho para ser sancionado, puta, loca o bruja. La madre de Rafael, siguiendo este orden de ideas, es quien prepara la mesa, alimenta y después defiende con fiereza a pesar de que es testigo de la violencia de su hijo; “con mi mamá no me andes provocando”, le dice Rafael a la narradora, como si frente a su madre hubiese un cierto respeto que no se permite con nadie más, y ante esto ella decide mudarse, no a la casa de la madre de Rafael, sino a una propia, aunque todos los gastos los tenga que solventar ella. Es claro entonces que en su necesidad de formar una familia, de ser un frente unido, se encuentre con una distancia que crece día con día. Ante el deseo idealizado

---

<sup>201</sup> Christiane Oliver, *op. cit.*, pp. 82-83.

de ella de volverse uno con él, se encuentra reprimida por la ira con la que él desempeña su papel de hombre<sup>202</sup>, de ser siempre poseedor, no poseído:

Y siempre está buscando por todos los medios diferenciarse de ella mediante papeles distintos, o una naturaleza distinta. A lo sumo el hombre adorna a la mujer con ciertas cualidades que nos atribuye, y a las que renuncia deliberadamente: la intuición, la dulzura, la ternura, etcétera. Entre tanto, se rodea de defensas: él no debe ser ni dulce ni tierno ni sensible; es allí donde se establece la diferencia, cosa de no caer en la similitud, de no caer en lo femenino, de evitar la castración [...] El hombre desempeña su papel de hombre por temor a ser asimilado a una mujer, mientras que la mujer desempeña su papel de mujer por miedo a ser asimilada a “nada”. Y cada uno está encerrado en un estereotipo terrible, por miedo a salir de los carriles de su sexo, al parecer insuficientemente establecido.<sup>203</sup>

Dentro de la casa=cuerpo de la madre de Leonel, Rafael adquiere, conforme va pasando la narración, el papel de un sujeto masculino que ejerce el poder sobre aquellos más débiles con los que convive, no porque tenga el deber de hacerlo, sino más bien porque puede; los cuerpos frente a él son receptáculos de los cuales puede apropiarse. En él se encuentra la figura masculina que se alimenta de la dicotomía afuera/adentro para establecerse superior, criado por una madre que, al parecer, siempre lo ha puesto primero, se siente poseedor de una verdad que, ante todo, lo pone por encima de la narradora. Explica Toril Moi:

La masculinidad o los sistemas de valores masculinos, están estructurados según una “economía de lo propio”. Propio –propiedad- apropiado: señalando un énfasis en la propia identidad, el auto-engrandecimiento y la dominación arrogante, estas palabras caracterizan adecuadamente la lógica de lo propio, según Cixous. La insistencia de lo propio, es un propio regreso, conduce a la obsesión masculina de clasificación masculina de clasificar, sistematizar, y jerarquizar. Su ataque a las clases tiene poco que ver con el proletariado.<sup>204</sup>

---

<sup>202</sup> Explica bell hooks: “El alejamiento de los sentimientos hace más fácil a los hombres mentir porque a menudo están en un estado de trance, utilizando estrategias de supervivencia aceptadas en la masculinidad que aprendieron de niños. La incapacidad de conectar con otros ocasiona en ellos inhabilidad para asumir la responsabilidad por causar dolor. La negación es mayor en casos en donde los hombres buscan justificar la extrema violencia hacia los más débiles, usualmente mujeres, sugiriendo que en realidad son ellos quienes son victimizados por las mujeres. Bell hooks, *op. cit.*, p. 45. La traducción es mía.

<sup>203</sup> Christiane Oliver, *op. cit.*, p. 152.

<sup>204</sup> Toril Moi, *Teoría literaria feminista*, trad. Amaia Bárcena, Ediciones Cátedra, España 1988, p. 133.

El hombre clasifica su valor sobre el cuerpo feminizado, si Rafael tiene la propensión de golpear y maltratar a la narradora es porque se sabe amado por ella, y desde esa posición se aprovecha. El afuera al que él tiene acceso no le abre puertas, lo mantiene enjaulado en el mismo ostracismo que el de los muchachos con los que convive en las esquinas, por eso dentro del hogar él se erige con la disposición completa de posicionarse superior, dominador. Sus golpes tienen una razón de ser, la narradora no puede entenderlo como algo malo porque alguien “macho” es también alguien que juega con la idea de “dominar” y de “ganar” frente al otro:

Tampoco es que me pegara mucho, porque decía que por cualquier moretoncito ya andaban metiendo a la cárcel a la gente, pero una vez descubrió que en las tetas no me quedaban marcas. Entonces le dio por pegarme ahí, te las voy a desinflar, me decía, y yo lo manoteaba pero sí alcanzaba a darme. Se te van a desinflar y ya no te van a servir y yo tenía miedo de que fuera cierto y no pudiera darle pecho a mis bebés. Rafael se reía y no sé cómo pero ya mejor nos encantábamos.<sup>205</sup>

Rafael, como ya se mencionó, tiene una vida fuera de la casa=cuerpo de la madre de Leonel, otra novia y una casa materna a la cual volver mientras que, por otro lado, la segunda narradora lentamente pierde todo, se queda sola en la casa con nadie más que Leonel y los sueños rotos: “No había descanso para mí, ni una hija a quien abrazar o con quien platicar, solo Leonel que se la pasaba cagándose en los calzones y Rafael que cuando llegaba nomás llegaba a chingar”.<sup>206</sup> En la forma en la que se entiende, perder las funciones para las que “está hecha” es el mayor temor que la aqueja: “Se te van a desinflar y ya no te van a servir” le dice Rafael, y la angustia recae en que sus pechos pierdan funcionalidad materna, es decir, en que ya no sirvan para el propósito que ella siente inherente a su condición como mujer. Los deseos reprimidos y la ira son parte de su relación. El adentro los sobrepasa, los devora.

---

<sup>205</sup> Brenda Navarro, *Casas vacías*, p. 44.

<sup>206</sup> *Ibid.*, p. 44.

La trascendencia es algo a lo que no pueden acceder y por eso la única manera en la que al final parecen ser capaces de comunicarse es a través de la violencia física y psicológica:

Pinche Rafael, vamos a hablar, pero Rafael no me respondía, así que lo moví para despertarlo, Rafael, vamos a hablar, no te hagas el dormido, le dije, pero se seguía haciendo el dormido hasta que se encabronó y me dijo que ya estaba bueno y se paró y me jaló de los cabellos y me arrinconó en la pared. Pero yo le respondí, me le eché encima, lo rasguñé y lo mordí. A mí no me pegues, pendejo. Pero me siguió pegando: pinche vieja enferma, cabrona, pinche enferma, me decía mientras me pateaba y yo le decía ay, ay... Hasta que se cansó y se fue a dormir al sillón para vigilar a Leonel.<sup>207</sup>

Dentro de estas relaciones repletas de violencia se puede entender que la madre de Leonel, conforme van pasando las páginas, se encuentra cada vez más aprisionada y sola. Si ella es cuerpo y nada más, entonces que esté vacío, que sea incapaz de albergar vida, la convierte en un ser venido a menos. Como mujer=madre=casa es incapaz de llenar las expectativas, se queda sola. Con la llegada de Leonel, Rafael lentamente comienza a pasar más tiempo fuera, haciendo otra vida, mientras ella se hunde más en la suciedad de su hogar:

Pero aunque la casa estaba chiquita y aunque yo no era una obsesiva con la limpieza, sí que me gustaba que todo estuviera limpio y cuando llegó Leonel el problema es que ensuciaba todo, ya fuera porque manchaba las paredes, o porque se meaba y cagaba a cada rato. Era desesperante estar trapeando todos los días a todas horas. Si en mierda quieres vivir, allá tú, le decía, y él en esa mecedera que me sacaba de quicio nada más decía “ore, ore...” y se metía los dedos en la boca y se tocaba sus labios y se seguía meciendo.<sup>208</sup>

La casa que una vez la ilusionó se vuelve, de nueva cuenta, el reflejo de su historia familiar, de su cuerpo manchado e incluso de su relación. Poco a poco, comienza a quedarse sola y cuando piensa que no puede perder más, su madre vuelve a aparecer en su vida, juega a amarla y hasta duerme con ella sólo para que, al despertar, esta segunda narradora descubra que Leonel ha desaparecido. El punto de rompimiento no es la ausencia de un niño que

---

<sup>207</sup> *Ibid.*, p. 41.

<sup>208</sup> *Ibid.*, p. 51.

depende de ella, que ama pese a que también lo deteste por momentos, sino más bien el vínculo roto con su madre. Termina traicionada de nueva cuenta por la única persona en el mundo que, ha aprendido, debería amarla sobre todo:

Yo lo que quería era pensar qué se podía hacer para recuperar al niño. Pero las cosas se empezaron a complicar porque no podía estar tranquila: nada más escuchaba el ruido de una ambulancia o incluso de una patrulla y sentía que ya venían por mí. Me encerré en la casa, bajé las cortinas, cerré el tanque de gas para que no vieran que alguien consumía. Tenía las cerraduras de las llaves puestas. Y si había algún ruido, me iba a meter casi debajo de la cama hasta que ya no se oía. Luego empecé a tenerle odio a Leonel.<sup>209</sup>

Ella, incapaz de ser mujer=madre=evocación del otro, se ve reducida a un cuerpo que ha fallado en la tarea más importante: no es casa=cuerpo de nadie, ni siquiera de sí misma. Por eso, al perder al niño, su casa lentamente comienza a oscurecerse, cierra las ventanas y teme cualquier ruido del exterior, se atrinchera adentro sin saber qué más hacer. Está rota y no hay nada que lo cambie más que recuperar a Leonel, aunque sabe bien que probablemente ya no esté vivo. Aquella casa=cuerpo termina reflejando la decadencia de los sueños incumplidos: primero llena de luz y esperanza, después lentamente sucia y repleta de gritos, luego rodeada de penumbras y silencio para, al final, quedarse completamente aislada y sola: “Al poco rato, recogí la casa, lavé la estufa, fregué el suelo. Dejé todo limpio. El agua con detergente la eché encima de la tierra del patio trasero, para que no se notara que había excavado ahí. Luego cerré con llave la casita de los patios que una vez me causó tanta ilusión y me fui”.<sup>210</sup>

La mamá de Leonel, casa=cuerpo vacía, deja todo limpio porque, dentro de los diferentes papeles que ha llevado a cabo: ser periférico, ser femenino, mujer=madre=evocación del otro o casa=cuerpo ha sido incapaz de dejar una huella, de ser alguien, es decir, de que su presencia resignifique la vida de otros. No tiene nombre no sólo

---

<sup>209</sup> *Ibid.*, p. 155.

<sup>210</sup> *Ibid.*, p. 160.

por su condición como no madre, sino también por su genealogía. Su presencia es fácil de esconder. Olvidada y perseguida deja de fingir. El gesto de que cierre la puerta con la llave y se aleje da a entender que aquel capítulo de su vida está cerrado, que las ilusiones se quedan allí y que, como la casa, no hay nada dentro de ella que valga la pena salvar del olvido.

### **3.2. La casa: un tiempo suspendido**

Por su parte, para entender la noción casa=cuerpo de la mamá de Daniel es importante, antes que nada, centrar el espacio físico que habita. Toda su narración ocurre en dos lugares que, en un principio, parecerían diametralmente opuestos: por un lado, un México en un tiempo que, aunque no se especifica, por comentarios de la autora se puede ubicar durante la guerra contra el narcotráfico:

Hubo un momento en el que los feminicidios en Ciudad Juárez empezaron a normalizarse, [...] Entonces, los feminicidios, eran como una piedra en el zapato que incomodaba pero que nos permitía seguir, en el día a día, en nuestros asuntos. Y algo similar empezó a suceder con las desapariciones, las balaceras y los secuestros, y de nuevo, los feminicidios en todo el país; de pronto, un día nos despertamos sabiendo que esta cosa que no es guerra, pero que no es paz, pero que todavía no tiene nombre, nos estaba mermando la vida como país.<sup>211</sup>

Y, por otro lado, España, en donde ella viaja una vez que su pareja se entera del feminicidio de su hermana. El lugar donde ocurre el asesinato de Amara es muy importante porque, aunque España se debería haber presentado como el escape, al final sólo termina aprisionándola también:

Xavi estará en la cárcel, siempre; se contestó agobiada de que eso no fuera cierto, como una sentencia que seguía sin llegar pero que ella dictaba para que la escuchara el

---

<sup>211</sup> AN/HG, “En ‘Casas vacías’, Brenda Navarro profundiza sobre la maternidad en un país con más de 33 mil desaparecidos”, *Aristegui noticias*, 06 de febrero de 2018. <https://aristeguinoticias.com/0602/kiosko/en-casas-vacias-brenda-navarro-profundiza-sobre-la-maternidad-en-un-pais-con-mas-de-33-mil-desaparecidos/>

mundo. Nagore, en silencio, nos miraba. Usted también está en una cárcel, le dije. ¡Tú también!, gritó Nagore defendiendo a su abuela. Yo también, asentí.<sup>212</sup>

Además, la narradora sufre de una violencia racial: “Vete a parir a tu hijo a tu país, me gritaron una vez que caminaba por la calle de Girona. Los ignoré y seguí caminando de frente. Nagore me tomó de la mano más fuerte. *No els facis cas, jo t’estimo*, me dijo. ¿Cómo? Que no les hagas caso, yo te quiero”.<sup>213</sup> Estas diferentes violencias estructurales se mantienen sobre ella independientemente del lugar en donde esté, vive atrapada por su condición subalterna, extranjera y latinoamericana. Con esto ya dicho puede volver a hablarse de la noción de mujer=madre=casa como algo que escapa de un espacio específico, que es más bien simbólico y que en la primera narradora se presenta en el momento en el que se vuelve la madre de Daniel, al principio en la casa blanca de Utrera (en España) y después en su departamento (México).

Por tanto, alrededor y a través de ella ocurren las relaciones de poder entre los personajes con sus diferentes dinámicas y acciones; sus concepciones en torno al cuerpo, al amor y a la maternidad se sustentan desde las distintas violencias estructurales de las que la madre de Daniel parte. Ella es una casa=cuerpo vacío que, al no poder ser hogar para su hijo, termina mostrando todo aquello que se suele esconder dentro de la familia. En España, para empezar, tiene que enfrentarse a la muerte de Amara y conforme el tiempo pasa se descubre igual que las mujeres que la rodean, callada, hueca y atrapada. Amara, en su papel de mujer=madre=muerta canaliza las dinámicas entre las mujeres que se encuentran bajo ella. Si habláramos de relaciones específicas podría mencionarse la que se da entre la madre de Fran, la madre de Daniel y Nagore; al estar Amara muerta se insta a la madre de Daniel a

---

<sup>212</sup> Brenda navarro, *Casas vacías*, p. 72.

<sup>213</sup> *Ibid.*, p. 82.

ocupar su lugar, a ser ella la mujer=madre de los niños, a pesar de que se sabe y se entiende incapaz para ese trabajo y, hasta cierto punto, rehúye de lo que el asesinato ha causado en la madre de su pareja.

Se le ha muerto su hija, pensé, y creí que exageraba, que le quedaba un hijo, un esposo, una nieta y un futuro bebé que, aunque lejos, tendría que llenarla de alegría. Regresamos a casa con un andar que no hacía eco en la calle entre la casa blanca y la tienda de los chinos, la madre de Fran apenas y era una sombra lerda que se arrastraba por el piso y yo, años después lo supe, era su reflejo.<sup>214</sup>

Después, con la pérdida de Daniel, esta primera narradora termina asemejándose a la anciana, es decir, a la sombra que le ruega que se quede en España, dentro de la casa blanca, para seguir siendo casa=cuerpo de sus nietos:

Antes de que regresáramos a México, la mamá de Fran se arrodilló ante mí y me suplicó que no nos fuéramos. Convince a Fran, convéncelo, yo te ayudo a cuidar a los niños, no voy a estorbar, voy a ayudarte, convence a Fran de quedarse, pero yo decía que no, aunque quería decir que sí, y ella me decía que no la dejara sola en esa casa grande, blanca y hueca de Utrera, que no podría con tanta soledad y sin su hija y con todos los días sin su hija y sin su nieta, que no me fuera, que convenciera a Fran pero yo sólo negaba con la cabeza porque si decidí no quedarme no era porque no quisiera, sino porque tenía la esperanza de que yo podía hacerme cargo de mí misma y de mi familia.<sup>215</sup>

La casa blanca de Utrera funciona no sólo como el reflejo de la casa=cuerpo de la anciana, sino que además también funge como una cárcel de la que la narradora huye sólo para, al regreso de México, descubrirse todavía atrapada, aunque ahora en su propia casa=cuerpo, habitada por sombras que llevan la pérdida encima. De la casa de Utrera, la narradora habla con cierto agobio, como si estuviese presionada a permanecer dentro, sin aire para respirar, demasiado caliente, demasiado llena de reproches:

¡Te va a dar un jamacuco!, me dijo la madre de Fran cuando me vio asomada en la terraza de la casa blanca. Luego, ya con voz más pausada, siguió: Antes esa tienda de chinos también era una casa, antes salíamos por esta calle que da a la plaza y corríamos

---

<sup>214</sup> *Ibid.*, pp. 71-72.

<sup>215</sup> *Ibid.*, pp. 123-124.

para oír el eco de nuestros pies. No sé qué es un jamacuco, respondí. ¿Te sentó mal el viaje? Deberías de meterte, hace mucho calor.<sup>216</sup>

La madre de Fran no tiene tampoco derecho a un nombre y esa es otra de las muchas características que después encuentra en ella; ambas están junto a hombres toscos que las dejan solas, ambas viven cargando la culpa de otros, ambas son mujeres=casas=madres vacías, incapaces de albergar más vida: “Una madre es culpable del hijo asesino, la otra de la hija muerta y el único grito que pudo calmar la culpa para alimentarla de nuevo fue el de Nagore: ¡Quiero a mi mamá!”.<sup>217</sup> El elemento “culpa” rodea cada una de sus experiencias y pensamientos, están embargadas de responsabilidad y falta.

Por eso, ante la nueva vida, es decir, los hijos, tanto la madre de Fran como la madre de Daniel desean encontrar una nueva razón de ser. Se aferran a sentirse vivas a través de los otros y por su amor que, hasta cierto punto, corroe: “En cambio, la abuela se quedó absorta viendo a mi hijo. Nos ha ganado, pensé: De ser mi hijo el pedazo de carne a punto de ser devorado, sería su abuela quien se lo comería”.<sup>218</sup> ¿Qué resulta entonces de una persona en cuya existencia recae el valor de otras vidas? Daniel es un fantasma en el sentido que tanto abuela como madre ven a través de él, sueñan a través de él, de la misma manera en la que sus esposos lo hacen con ellas. Si Leonel es un cuerpo feminizado en el sentido en el que sobre él recaen los golpes y maltratos de su madre impuesta para ejercer su dominio, entonces podría hablarse de que Daniel, tanto para su madre biológica como para su abuela, es también ese cuerpo feminizado desde el que los demás hablan y hacen batallas:

A mí me quitaron a mi hija y a mi nieta, a ti te han regalado a dos, cuídalos mucho. Y yo sonreí porque no tuve la fuerza de decirle que a mí nadie me había regalado nada, que no quería culpas, que no quería cargar con el regalo más escabroso que alguien me había dado. ¿Cómo no va a dar miedo ser madre? No los volvimos a ver aunque cuando

---

<sup>216</sup> *Ibid.*, p. 68.

<sup>217</sup> *Ibid.*, p. 78.

<sup>218</sup> *Ibid.*, p. 65.

Daniel desapareció insistieron en venir a México, Fran no quiso porque entre el lamento y la desesperación su padre le dijo que quien quita, quien roba, también suele ser robado.<sup>219</sup>

En la cita anterior el diálogo que se da entre Fran y su padre enmarca un código puramente masculino. La desgracia, más allá de recaer en el cuerpo femenino, enfrenta el orgullo y la masculinidad. Desde su posición su padre justifica el perder a Daniel como un castigo por haberle arrebatado a su nieta. Los otros les pertenecen, desde el “reino de lo propio” hacen uso de estos. Los hijos, en tal sentido, no son más que extensiones, posesiones que se regalan o se quitan para llenar ciertos espacios o cumplir ciertas expectativas. La madre de Daniel y la madre de Fran, a pesar de tener una diferencia generacional, se encuentran dentro de la casa blanca de Utrera como el espejo de la otra. Esto es importante porque demuestra cómo la institución de la maternidad escapa al tiempo o al espacio. España, para la narradora, no es un lugar donde se libera, es más bien su primera cárcel, tanto en sentido figurado como físico, su cuerpo cambia, el embarazo la hacer tener mareos y estar cansada, Daniel ocupa cada espacio de ella y, cuando vuelve a México, lo hace con el bebé en brazos siendo ya otra, siendo ya madre. Si hay una claridad en el papel que cumple, dura apenas un destello antes de desaparecer: “¿Qué me hizo decirle eso a la madre de Fran? La claridad, una claridad que se opacó con el paso del tiempo”.<sup>220</sup> En sus palabras y el modo en el que las articula hay una especie de sensación catastrófica, la premura de que no hay manera de salvarse, porque ante todo se entiende sombra de algo que en algún momento pudo haber sido un individuo y que, ante la desaparición de su hijo, no hace otra cosa más que recoger los trozos rotos de su pasado.

---

<sup>219</sup> *Ibid.*, p. 122.

<sup>220</sup> *Ibid.*, p. 72.

Si atendemos a la cronología de la diéresis, para la madre de Daniel la llegada a México sólo termina siendo una extensión de aquella noción sofocante llena de evocaciones maternas en torno a la mujer=madre=muerta, porque en cierta manera ella, al final, se convierte en la antítesis, está muerta pero no como Amara; a diferencia de ésta nadie la llora o la perdona por sus errores.

En Ciudad de México, la familia termina viviendo en un departamento de un edificio que se encuentra en una parte lujosa de la ciudad; aunque no se explica con exactitud dónde está, se sabe que hay parques para que los niños jueguen alrededor y que está muy bien cuidada y conservada. Esa casa es el espacio en donde ella comienza a enterrarse en vida cuando pierde a Daniel. Se vuelve nadie al ser madre de un niño extraviado, culpa que recae sobre ella sola. La gente la visita al principio, pero eso dura muy poco; cuando se queda sola su casa se llena de bruma y cachivaches, es decir, se vuelve un lugar repleto de recuerdos en donde invoca en el sentido del “proferimiento de la palabra que —como en los encantamientos— encierra la clave del misterio”<sup>221</sup>, el nombre de Daniel:

*Daniel* nació un veintiséis de febrero. Es piscis, pensé. Fran no le dio importancia. Los piscis son difíciles, sufren mucho, dramatizan más. Debió ser Aries. Siempre quise un hijo independiente. *Daniel* pesó dos kilos con novecientos gramos, buenos pulmones 8/8 de Apgar. (Respira, respira, respira...). *Daniel* era piscis y tenía la piel blanca, casi transparente... (respira, respira, ¡respira!). *Daniel* era piscis, pesó dos kilos, casi tres, piel blanca, transparente, pero piscis, ser piscis no es bueno... (respira, respira, ¡respira!, respira). *Daniel* era piscis, era mi hijo, *Daniel* era mi, mi hijo. Es mi hijo... (Respira, resp... no, no, no quiero respirar). *Daniel* es mi hijo y quiero saber dónde está.<sup>222</sup>

En aquel espacio invocar a Daniel significa mantenerlo existiendo, más allá de pensarlo como un sujeto con identidad propia se vuelve una clase de sortilegio al cual se aferra; no sabe

---

<sup>221</sup> Para Elizondo el “proferimiento de la palabra” es una exacerbación de un nombre en específico que encierre el pasado o el futuro, o que nos devuelva a un punto en específico. Una sola palabra puede llevarnos a un lugar en nuestra memoria y de allí ya no saber cómo escapar. Salvador Elizondo, “Invocación y evocación de la infancia” en *Cuaderno de escritura*, p. 24.

<sup>222</sup> Brenda Navarro, *Casas vacías*, p. 23.

dónde está, por eso al nombrarlo lo invoca como si se tratase de una oración. *¿Dónde está?*, se cuestiona una y otra vez sin recibir respuesta alguna, y en tal sentido tanto su casa física como su cuerpo están vacíos, por eso comienza a buscarlo en los objetos que se quedaron atrás, desesperada por romper el presente, por existir fuera de éste:

Buscas hasta en los trastes. Cualquier indicio de que está cerca de ti es suficiente. Daniel estaba en el plato de sopa que había dejado antes de que saliéramos al parque, en la ropa que habíamos puesto en el cesto de ropa sucia de la mañana. En la cama destendida, en sus juguetes. Daniel seguía presente en cada lugar de la casa: en el crujir de los ladrillos que se ensanchan cuando el sol los calienta y parecen que algo tiran, como Daniel arrojando al suelo un juguete.<sup>223</sup>

La mamá de Daniel, atrapada dentro de la “red” mujer=madre=casa, pierde su identidad después de la llegada de su hijo. Además de Vladimir, quien es, para ella, el detonante de la pérdida de su hijo, no hay más que una sola mención sobre el “antes” de volverse madre:

Si es que alguna vez fui niña y si es que merecía recordararlo, eran los violines los que me llevaban a esos instantes de plenitud que yo no supe transmitirle a Nagore. Violines. Violines en casa de mis padres mientras el sol entraba por la ventana que alumbraba la sala de estar en la que yo jugaba. Violines, la música de los juegos.<sup>224</sup>

Sin embargo, como muchas cosas después de la pérdida de su hijo, el instante de claridad que la sujeta a un pasado diferente y que pudo haber sido un puente para mejorar su relación con Nagore, es decir, para aprender a salir adelante, termina siendo inservible: “Sí, violines, y Fran con el entrecejo fruncido dijo que sí, incluso acordó las clases en casa. Me dio una hoja con el horario y con el teléfono al que se tenía que confirmar la primera cita. Lo pegué en el refrigerador. Nunca hubo violines en casa.”<sup>225</sup> En ese sentido el sortilegio atrapado en el nombre de Daniel termina siendo una maldición que los encierra a todos en aquel cuerpo=casa en el que la narradora ya está atrapada, porque desde el momento en el que se

---

<sup>223</sup> *Ibid.*, p. 28. Mis cursivas.

<sup>224</sup> *Ibid.*, p. 22.

<sup>225</sup> *Ibid.*, p. 22.

embaraza de él se vuelve su casa; su cuerpo cambia por él y, al perderlo, se vacía de sí misma, por eso su necesidad de hacer un museo del espacio en que una vez habitaron en una relación madre e hijo (cuerpo, casa). Daniel en los platos y hasta en el sol y los crujidos, es decir, luz y penumbras. Daniel, como presencia totalizante, todo lo cubre excepto las sombras de aquellas cosas que ella se dice a sí misma, cómo lo perdió, cómo al final no pudo ser la persona que se quedó a su lado, cómo no lo quiso lo suficiente y cómo le falló. Su penitencia es vivir por él, a través de su recuerdo entenderse como un individuo sin futuro (porque socialmente los hijos pueden llegar a ser considerados como el futuro de sus padres, oportunidad de una generación, capacidad de brillar, aunque sean pocas las herramientas que se les da), y por eso también obliga a quienes habitan aquel lugar a que se enfrasquen en una invocación desesperada.

Por eso, el luto escapa de su cuerpo y se entierra en la casa, en un sentido simbólico en donde, como ya se mencionó, el uno es el reflejo de lo otro:

Desde que se fue Daniel yo no dejé que salieran cosas de la casa. Como perra recién parida me arrinconé en un pedazo de la habitación con unas cobijas que apenas y soltaba porque aún tenían el aroma de mi hijo. Las olisqueaba casi todo el tiempo, mientras que al pie de la puerta, uno a uno, los objetos que dejaba para limpiar después fueron creando una muralla de ropa sucia o de ropa nueva que Fran me compraba para darme ánimo.<sup>226</sup>

Las cosas de afuera, como la ropa que su pareja le compra, terminan arrumbadas, sin gracia, tapando el piso. La casa, conforme la narración continúa, se vuelve un lugar sofocante y oscuro que no ofrece calidez o seguridad, estéril en todas sus formas, como ella misma lo es. No es un lugar al que se llega después de un día pésimo, no hay nada que ofrezca como espacio seguro, la gente que la habita termina siendo desconocida la una para la otra. La

---

<sup>226</sup> *Ibid.*, p. 119.

madre de Daniel se vuelve una especie de madre abortiva, expulsa todo, convierte la red mujer=madre=casa en un punto muerto en donde la imagen de Daniel se vuelve esa especie de invocación que guía las acciones y pesadillas de los personajes. En la casa de la primera narradora aquellos que la habitan terminan viviendo con la desaparición del niño siempre presente, si la madre perfecta es aquella que está muerta, ergo el hijo perfecto es también aquel que, una vez ido, perdido, puede convertirse en un concepto desde donde se puedan representar ciertos arquetipos. Siguiendo esta línea de pensamiento, no es sorprendente que la casa buscada o anhelada termine cayendo dentro de la noción inhabitada, sin vida o muerta:

No podíamos ser felices sin Daniel. La casa lúgubre, escondida entre una fila vertical de objetos —que un día había comenzado a dejar sin reparo—, y otra más mohosa y sucia que se mantenía en el librero de la sala. En esa fila de cosas estaba el plato limpio de la última comida de Daniel, que descansaba entre la podredumbre, como la cruz de Cristo descansa en las paredes de las casas de los católicos. Daniel era un ser intrascendente en el presente, pero necesario para mantenernos inanimados, sin ganas de vivir.<sup>227</sup>

Dentro del concepto mujer=madre=casa la mamá de Daniel se representa en la suciedad, en la falta de luz, la mugre y la basura que se acumula en las habitaciones, analogía de lo que termina siendo su propio cuerpo, no se baña, no se cuida y no se alimenta sanamente, es más, busca activamente todas las formas posibles de dañarlo, ya sea exigiendo golpes o “manchándolo” con su amante, lo vuelve infértil e incapaz de sentir placer, porque aunque sigue durmiendo a un lado de Fran, ambos se convierten, conforme pasan los años, en poco más que desconocidos; él sale a trabajar, es el padre de Nagore, pero no es el esposo de la narradora o el padre de Daniel. Su forma de ayudarla es comprándole cosas que ella termina acumulando en filas. La verticalidad que existe en los objetos que se comienzan a aglomerar

---

<sup>227</sup> *Ibid.*, p. 129.

no tiene ningún orden, en cualquier momento podrían caerse, una analogía más a su propia casa=cuerpo, cuya vida se encuentra en desastre:

Ensañada en que mi cuerpo fuera el reflejo de mi estado de ánimo, esperé que las enfermedades emergieran pero era incapaz de verlo por mis propios ojos, aún hoy, evado los espejos, no me gusta mirar quién soy. Aunque en ese tiempo supe que no era yo la que habitaba este cuerpo, sino que era un contenedor, una especie de patio vacío al que le llegaban los ruidos ciudadanos a lo lejos. *La casa vacía jamás habitada y lúgubre aunque con estructura fija*. El elefante blanco del mercado. Quizá por eso Daniel nació autista, para no interactuar conmigo; quizá por eso Vladimir me huía y se fue lejos como disculpándose de mi fútil personalidad. Quizá Fran nunca me amó pero las circunstancias le impusieron la continuidad, y quizá por eso Nagore un día vino al cuarto y nos comunicó que regresaría a España. Su cuerpo sí que había cambiado y contenía a una mujer que siempre se mantuvo pertinentemente viva.<sup>228</sup>

El castigo que impone a su propio cuerpo nunca le parece suficiente. De hecho, se considera a sí misma aislada y extranjera, una farsa como casa=cuerpo, porque, por un lado, fue incapaz de traer a la vida a un niño sano y, por el otro, no le prestó la atención necesaria y por eso lo perdió. No entra en el ideal de mujer=madre=casa, pero tampoco puede acceder a la noción de mujer=madre=muerta. Por eso es que no ocupa o tiene un lugar y, por tanto, no es más que “La casa vacía jamás habitada y lúgubre aunque con estructura fija”,<sup>229</sup> porque frente a la sociedad, sin el cuerpo del hijo al cual llorar, es una farsa de madre. Ella es una extraña dentro de su propio cuerpo, atrapada tan profundamente en aquel laberinto de objetos venerados, invocaciones y suciedad. Su casa, por tal motivo, es la metáfora de su cuerpo sucio y manchado, pero sobre todo vacío. Ella es su casa.

Por eso, para ella es sorprendente descubrir (y se puede notar en la narración) que mientras el recuerdo de su hijo ha mantenido todo estático, a la orilla, en la periferia de su casa=cuerpo,

---

<sup>228</sup> *Ibid.*, p. 116. Las cursivas son mías.

<sup>229</sup> *Ibid.*, p. 129.

Nagore ha crecido. A la niña, a pesar de ser una presencia constante a su alrededor que la cuida y la procura, no la ve más que como hija de otra mujer. Su hogar es una casa blanca de Utrera, cuyo color podría relacionarse con las cualidades que terminan confinando a Amara en el papel de mujer=madre=muerta, ya que en la cultura occidental el color blanco tiende a relacionarse con la pureza, la limpieza,<sup>230</sup> la inocencia, la perfección y la paz. Explica Eva Heller sobre este color:

El comienzo es blanco. Cuando Dios creo el mundo lo primero que ordenó fue: ¡Hágase la luz! El simbolismo del blanco comienza con referencia a la luz. En italiano, blanco se dice *bianco*, en francés *blanc* y en alemán *blank*. [...] El comienzo del mundo fue también el comienzo del mal. Pero en todas las religiones hay también un comienzo del bien: la resurrección, la superación del pecado. Y el color de la resurrección es el blanco. [...] Blanco, azul y oro son los colores de la verdad, la honradez y el bien.<sup>231</sup>

La casa blanca de Utrera es un inicio. Para la madre de Daniel allí es donde ella se vuelve mujer=madre=casa para otros. Pero ese lugar, hay que recordar, se vuelve en una prisión tanto para ella como para la madre de Fran, sofoca hasta el punto en el que, a pesar de que la madre de Fran ruega que se quede, la narradora termina yéndose.

Ahora bien, es importante recalcar esto porque por un lado la madre de Fran, aunque es un personaje que cumple muchas de las exigencias en torno a la mujer=madre, es alguien cuya identidad se, hasta cierto punto, suprimida: “Y ambas abuelas culpables de todos los llantos emitidos en esa sala y de ese maniquí que era Amara y, que de cierta forma nos representaba a todas muertas en algún momento de nuestra vida, lloraron ahogándose para

---

<sup>230</sup> Eva Heller escribe sobre esta noción específica: “La limpieza es exterior y la pureza está adentro, en el interior, y en ambos se asocia el color blanco, no hay alternativa. Lo que ha de ser higiénico ha de ser blanco. Sobre lo blanco se puede ver cualquier mancha, lo cual permite controlar fácilmente su limpieza. A pesar de todos los colores de moda la mayoría de la gente lleva ropa interior blanca. La ropa blanca es el rigor cuando se manipulan alimentos: los cocineros, los panaderos y los carniceros siempre van vestidos de blanco. En cambio, los frutereros y los dependientes, que venden productos lo elaborados o empaquetados, pueden llevar ropa de cualquier color.” Eva Heller, *Psicología del color*, trad. Joaquín Chamorro Mielke, Editorial Gustavo Gili, 2007, España, p. 161.

<sup>231</sup>Eva Heller, *Ibid.*, pp. 155-156.

sus adentros”.<sup>232</sup> Ahogada dentro de sí misma se mueve en contrapunto con la mamá de Daniel hasta que ésta última pierde a su hijo y, entonces sí, ambas se aferran a los maniqués en los que terminan convirtiéndose sus hijos.

Nagore como niña primero se presenta en un papel casi pasivo, tratada como un sujeto a merced de las opiniones o acciones de los otros: “Xavi y sus manos asesinas, Fran y su seguir estando bien porque hay que estar bien aunque estuviera ahí la hermana muerta y el padre que se sentía demasiado viejo para pelear pero demasiado fuerte para jalar a Nagore a su lado y no dejar que la abuela paterna se despidiera de ella”.<sup>233</sup> Este mismo papel lo sigue teniendo una vez que la familia de cuatro llega a México; dentro de la casa=cuerpo de la madre de Daniel no es más que una extranjera, por eso es tratada con cierta distancia, aunque frente a la ignorancia y el dolor después de la pérdida del niño, sus intentos de intimidad o de tener un espacio que sólo le pertenezca son castigados y frustrados:

Por eso aquella vez que cerró la puerta de su cuarto sentí que me ardía el estómago y corrí a abrirla de un golpe seco: en esta casa no hay secretos, le dije, y ella me miró desde la cama en silencio. Ella sabía que todo entre nosotras era un secreto, especialmente el hecho de que en el fondo nos odiábamos mutuamente.<sup>234</sup>

Nagore se vuelve un sujeto en el que la narradora es capaz de extrapolar sus fallas. Sus castigos no son físicos, pero tampoco la trata con ternura o amor, es seca, cruel incluso. La relación que ambas mantienen es simbiótica en tanto que, a pesar de que la narradora no la considera su hija y Nagore ya tiene a Amara como su madre, se necesitan, incluso si sólo es para funcionar como reflejo la una de la otra: “Nagore era el espejo de mi fealdad”.<sup>235</sup> Ambas son seres rotos en el sentido de que perdieron a alguien muy importante, ambas, atrapadas

---

<sup>232</sup> Brenda Navarro, *Casas vacías*, p. 79.

<sup>233</sup> *Ibid.*, p. 79.

<sup>234</sup> *Ibid.*, p. 27.

<sup>235</sup> *Ibid.*, p. 18.

por la negligencia y el abandono. Por eso, es importante analizar el cambio que termina teniendo Nagore quien, conforme el tiempo va transcurriendo dentro de la novela, es capaz de escapar de aquella casa=cuerpo en la búsqueda de independencia e identidad. Ella brilla frente a la penumbra en la que se encuentra la mamá de Daniel hasta el punto en donde la simbiosis se pierde y el espacio entre ellas cada vez se hace mayor, volviendo su convivencia imposible:

Me dan asco, mira la casa, es un cochinerero, apesta, no quiero estar aquí. Lo sé, le dije. ¿Por qué me quieren tener aquí? No quiero estar aquí, me das asco, tú me das asco, no te bañas, no te mueves, sólo comes y comes y dejas que la casa se vuelva un cochinerero. Lo sé, volví a contestar. Pero ¿qué quieres allá, de verdad vas a buscar al asesino de tu mamá?<sup>236</sup>

Al final dejan de verse reflejadas, la casa=cuerpo en donde una vez Nagore quiso pertenecer termina siendo un lugar que le resulta sucio y le produce náuseas, escapar para ella es alejarse de la red casa=madre=cuerpo en la que su genealogía femenina se ha visto encerrada. Tanto sus abuelas como Amara y la mamá de Daniel habitan un espacio del que se aleja en el sentido en el que, a diferencia de ellas, rompe con la cadena del silencio y de la mirada que huye.

### 3.2.1 Nagore, la lámpara en la penumbra

El personaje de Nagore tiene un desarrollo mental y físico que se presenta primero a través del ojo desinteresado y después curioso y sorprendido de la mamá de Daniel. Realmente no hay una diferencia clara dentro de la narración en la que se pueda ver un crecimiento cronológico, de un momento a otro ella pasa de ser una niña a una joven adulta, cuyo mayor deseo es dejar de evadir su pasado y, por tanto, regresar a España. De todos los personajes que conforman el entramado textual de *Casas vacías* Nagore es la única que aprende a brillar

---

<sup>236</sup> *Ibid.*, p. 123.

por sí misma, a diferencia de su genealogía desea la libertad tanto del pasado como de las imposiciones sociales y culturales por las que se encuentra atrapada. Según detalla Cixous, Nagore sería el único sujeto femenino de la novela que “hace estallar la Ley”:

Las mujeres son cuerpos, y lo son más que el hombre, incitado al éxito social, a la sublimación. Más cuerpo, por tanto, más escritura. Durante mucho tiempo, la mujer respondió con el cuerpo a las vejaciones, a la empresa familiar conyugal de domesticación, a los reiterados intentos de castrarla. La que se mordió diez mil veces siete veces la lengua antes de no hablar, o murió a causa de ello, o conoce su lengua y su boca mejor que nadie. Ahora, yo-mujer haré estallar la Ley: de aquí en adelante, se trata de un estallido posible, e ineluctable; y que debe producirse de inmediato, en la lengua.<sup>237</sup>

Desde el momento en el que se conocen, la mamá de Daniel es incapaz de entenderla o de confraternizar con ella, porque Nagore, a pesar de lo que sucedió con su padre y su madre, es una niña que se enfrenta y cuestiona al silencio, observa su alrededor desde una posición incómoda:

¿Sabes que los pájaros al volar suelen chocar contra los rascacielos? ¿Dónde quedan los cuerpos, quién los recoge?, le preguntó Nagore a Fran. No lo sabía, Nagore, qué interesante. Sí, ¿pero no los ven?, ¿vuelan con los ojos cerrados? No lo creo, supongo que van a tal velocidad que no pueden parar. Sí, pero ¿quién los recoge?, alguien tendrá que recogerlos. (Yo sentía náuseas mientras los escuchaba). Los recogen las personas que limpian las calles. ¿Con bolsas negras, con *mossos* en casa? Fran y yo nos miramos. No, con bolsas y policías no, es una cosa más discreta. ¿Con bolsas, meten sus cuerpos en bolsas? Me puse la mano en la boca porque las náuseas me jugaban una mala pasada. Sí, con bolsas. ¿Y lloran, los pájaros lloran cuando ven a sus amigos chocar contra los rascacielos? Sí, lloran, respondió Fran. No deberían volar alto, deberían de vivir para siempre.<sup>238</sup>

A pesar de que sólo se menciona una única vez lo del vuelo de los pájaros, esto tiene una importancia fundamental dentro de la novela a razón de que incluso uno de los títulos que casi tuvo, según la autora, fue: “Los pájaros se estrellan en el cielo”,<sup>239</sup> un aforismo que

---

<sup>237</sup> Hélène Cixous, *op. cit.*, p. 58.

<sup>238</sup> *Ibid.*, p. 69.

<sup>239</sup> Brenda Morales Muñoz, *art. cit.*

guarda relación con aquellas mujeres que al buscar ser algo más que casas=cuerpos que otros habiten, tratando de ser libres o luchando por una diferente manera de vivir, muchas veces terminan estrellándose contra las imposiciones sociales o contra la comunidad que las encierra en cierto arquetipos. Aunque también podría decirse que otro significado de la frase estaría en esas mujeres que terminan perdiéndose hasta el punto en donde dejan de conocerse, es decir, mueren en cierto sentido. Incluso, si esto no es dicho por ninguna de las dos narradoras, se presenta una y otra vez en ellas y las mujeres que las rodean.

Por otro lado, y volviendo al hilo conductor de este apartado, es significativo que la última sentencia: “No deberían volar tan alto, deberían vivir para siempre”, sea dicha por Nagore, ya que parece ser la única capaz de observar y cuestionar crítica y constantemente la forma en la que las cosas ocurren a su alrededor. Es incómoda para la madre de Daniel porque, frente a su crianza impuesta, se cuestiona a sí misma todo el tiempo, *¿por qué fue Daniel el niño robado y no esta niña?*, como si eso, de alguna manera, hiciera la desaparición menos grave, porque Nagore, a diferencia de Daniel, es una niña que ya ha sufrido; incluso después lo dice frente a ella, *¿por qué no tú?*: “Debí ser yo, me dijo tiempo después cuando fui a dejarla a la escuela y la vi alejarse entre sus compañeritos de clase y no quise volver a verla. Sí debió ser ella, pero no lo fue. Todos los días de su niñez, regresó a mi casa”.<sup>240</sup>

Nagore, al inicio, parece también atrapada en ese destino de sus madres; sin embargo, conforme avanza la novela se va mostrando cada vez más independiente, aprende a regresar sola a casa, así que no es a ella a quien buscan, si no es ella quien decide volver una y otra vez hasta que deja de querer hacerlo. Creo que esa es la mayor diferencia entre ella y la madre de Daniel: la capacidad de elección. Su historia, como bien lo aclara la narradora, está llena

---

<sup>240</sup> *Ibid.*, p. 17.

de huecos y baches. Al principio se le etiqueta como huérfana y poco más: “La hermana murió en manos de su marido, por eso Fran nos impuso el cuidado de Nagore. Yo me volví madre de una niña de seis años mientras engendraba a Daniel en mi vientre. Luego no fui madre y ese fue el problema. El problema es que seguí viva por mucho tiempo”.<sup>241</sup> La madre de Daniel, al seguir envejeciendo cuando sólo quiere estar muerta, no tiene ningún interés en verla crecer o convertirse en un pilar en su vida. Ambas se observan siempre a la distancia:

Nagore se acercaba a la puerta de mi habitación, se quedaba parada hasta que yo le preguntaba qué quería. Nada, decía la mayoría de las veces. Otras, me traía fruta. Come, me decía. A veces se ofrecía a cepillarme el cabello, aunque pocas veces, llegué a dejarla peinarme porque así la mantenía callada y entretenida. Y aunque le daba la espalda, eso no impedía que de vez en vez me diera besos en el cabello. Quizá un par de ocasiones me besó en la mejilla y yo la toqué agradecida. Incluso, hubo momentos, casi imperceptibles, en que parecía que le ponía atención y le preguntaba cómo era su día y ella soltaba una verborrea de la que no me enteraba. Su voz era un ruido ajeno que no lograba interesarme pero que aliviaba el profundo silencio en el que se había convertido el laberíntico paso de los días.<sup>242</sup>

Nagore es la perfecta representación de ese otro tipo de mujeres=madres a las que se impone la crianza y el cuidado de los otros a pesar de lo pequeñas o inmaduras que puedan ser. A la niña, desde la más temprana edad, se le exige empatía y sumisión frente a las luchas de los demás. Si en casa la madre no puede encargarse de sí misma o de los otros, es natural entonces que el papel de materner pase a la siguiente figura femenina, incluso si ésta necesita todavía de cuidados y atención. Nagore, en este sentido, se encarga de la madre de Daniel tanto como es capaz, la peina y la alimenta durante el laberíntico paso de los días, pero a pesar de eso no se le agradece, es más, se espera de ella que acepte las migajas y que se mantenga en la sombra. Sin embargo, su voz que cuestiona, que rompe el silencio, es al final lo que la sobrevive, lo que la mantiene viva. Ella es la única luz de aquella casa; al principio siempre

---

<sup>241</sup> *Ibid.*, p. 21.

<sup>242</sup> *Ibid.*, p. 35.

a la espera de que su amor sea recíproco, observando su alrededor y queriéndolos desde la distancia. Nagore observa a los pájaros chocar contra los rascacielos, pregunta cosas que a nadie más parece importarle, fija su mirada en el cielo, pero también en los objetos en donde la gente no suele quedarse mucho tiempo, se cuestiona el vacío de los espacios y el ruido que no llama especialmente la atención. Cixous afirma: “La mujer que habla o escribe está situada en un lugar fuera del tiempo (eternidad), un lugar en que no tienen cabida los nombres ni la sintaxis”<sup>243</sup>, apropiarse de la voz es apropiarse del cuerpo que se habita, allí recae la diferencia en Nagore porque, sobre la necesidad de mantener el pasado inamovible dentro de la casa, ella termina por hacer que sus cuestionamientos, dudas y alegrías resuenen. Frente a la madre de Daniel es confrontativa, pero también frente a Fran y a su padre. A diferencia de la mujer=madre (muerta o evocación del otro) que se adjudica su valor en su capacidad de gestar o por la acción de las personas a su alrededor (sobre todo masculinas), Nagore escapa de la etiqueta del “ser otro” para adueñarse de su propia voz, es decir, de su individualidad más allá de la orfandad o de la historia que la persigue a ella o las mujeres (y hombres en este caso) que la criaron. El tiempo que no transcurre en la casa vacía de la mamá de Daniel no le ocurre a ella, cambia, se vuelve una mujer que no pierde la luz en su mirada:

Nagore tiene una voz dulce que no le cambió con los años. Como si se aferrara a la bondad a pesar de tener un padre asesino y una madre muerta. Nagore se aferra a que le brillen los ojos a pesar de haber nacido sin ángel. Se aferró a ello aunque estaba destinada a ser una sombra: la sombra de su madre, de su padre, de Fran, de Daniel. Ni siquiera yo podía verla porque se me difuminaba. Se parece a todas las mujeres, aunque ella se empeñe en todo lo contrario.<sup>244</sup>

Nagore es parte de una genealogía de mujeres encerradas, violentadas y asesinadas, la mamá de Daniel analiza, primero, que no hay nada que las diferencie: “se parece a todas las mujeres,

---

<sup>243</sup> Hélène Cixous, *op. cit.*, p. 137.

<sup>244</sup> Brenda Navarro, *Casas vacías*, p. 32.

aunque se empeñe en creer lo contrario”, es decir, en ella también se agolpan aquellas características destinadas a la feminidad:

Todo el mundo sabe que no basta con ser una niña para ser reconocida como tal: hay que aportar sin descanso pruebas de esa feminidad que no siempre tiene que ver con el sexo:

El varón es deseado por sí mismo [...]. La niña es deseada —cuando lo es— según una escala de valores [...]:

—las niñas son más afectuosas [...],

—son más agradecidas [...],

—son graciosas y coquetas [...],

—ayudan a las tareas domésticas [...].

En suma, la niña es aceptada como “hija” por mil razones que jamás toman en cuenta el sexo real; es reconocida hija con condiciones, mientras que al varón se lo reconoce hijo únicamente por su sexo.<sup>245</sup>

Nagore, al ser afectuosa y dulce, se presenta ante los ojos de la narradora como una sombra de su madre muerta. Aquellos valores, según su experiencia, no han sido más que un bache para muchos sujetos femeninos pero, y es importante hacer esta acotación, aunque es cierto que muchas veces estas características se pueden mostrar como una debilidad usada por individuos para reestablecer la jerarquía en las relaciones sociales, en Nagore se convierten en cualidades que son sólo una extensión de ella y que lentamente comienzan a dar paso a la realización de su propia individualidad:

Dentro de la cama, la mayoría de las veces, alcanzaba a mirar el rostro débil y duro de Fran que, en su justa dimensión, con el paso del tiempo ya no sargenteaba mis días; ni a Nagore que, conforme se le ensanchaban las caderas y los senos le crecían, menos le importaba montar guardia a mis estados de ánimo y la pasaba lejos, aunque fuera mentalmente. Éramos tan desconocidas como las primeras veces que nos veíamos en la casa de Utrera. Coincidiendo sólo por accidente. Quizá fue su juventud o la pérdida de inocencia a tan corta edad, lo que haya sido, es que, delante de mi muro contencioso, podía ver a una mujer que se abrió camino de entre los escombros.<sup>246</sup>

---

<sup>245</sup> Christiane Oliver, *op. cit.*, p. 85, 86.

<sup>246</sup> *Ibid.*, p. 120.

Esa es la diferencia radical entre todos los demás personajes y Nagore. En ella no recae la imposición mujer=madre=casa que sólo alberga la vida de otros: “Cuando Nagore se fue, supe que la quería, antes no”.<sup>247</sup> Quiere su propia vida y, por tanto, se apropia de su cuerpo y de su historia. Por eso, cuando abandona la casa=cuerpo de la madre de Daniel ésta se siente como si el único soplo de vida (o de luz) que les quedaba se hubiera evaporado:

Siempre vas a ser mi mamá, me aseguró Nagore antes de irse. Casi nunca me nombraste mamá, manifesté mientras sonreía apretando los labios para no parecer contenta ni que aquella frase sonara a reproche. ¿Cómo te decía Daniel?, preguntó. No lo sé, nunca supo pronunciar mi nombre, dije mordiéndome la lengua para no rogarle que se quedara (Respira, respira, respira). Luego se fue, y Fran y yo nos vaciamos por completo: dos contenedores viejos que han sido deshabitados para siempre.<sup>248</sup>

Frente a la fotografía familiar que no cambia, que trata de mantener viva la invocación en el nombre de Daniel, ella es la única que dice en voz alta lo mal que está la situación de su casa=cuerpo, sucia y abandonada. Ella es capaz de ver lo que otros tratan de esconder y, en vez de enterrarse bajo esos secretos como lo hace la mamá de Daniel, Fran o su abuela, se vuelve adulta y decide no volver a la casa vacía: “Todos los días de su niñez, regresó a mi casa”,<sup>249</sup> abandona México y se confronta con el silencio tanto familiar como estatal que habita alrededor de Amara, su madre muerta:

¿No te da miedo enfrentar a tu padre?, le pregunté a Nagore días antes de que se fuera. ¿Miedo por qué, de qué, de que me mate?, contestó. Respondí alzando los hombros. Él es quien debe de tenerme miedo, dijo. Nunca había conocido a una mujer tan valiente. Me dio por quererla.<sup>250</sup>

Nagore es fuerte sin perder la dulzura y la ternura, convierte esos signos en algo más que debilidades al plantarse frente aquello que la persigue desde la infancia y que ha marcado su camino; con ella como personaje se abre por primera vez en *Casas vacías* una ventana hacia

---

<sup>247</sup> *Ibid.*, p. 24.

<sup>248</sup> *Ibid.*, p. 137.

<sup>249</sup> *Ibid.*, p. 17.

<sup>250</sup> *Ibid.*, p. 133.

otra forma de existencia en los sujetos femeninos. Como lectores, podemos entender que hay otras maneras de ser mujer, aunque todo esto se salga de la norma o termine siendo incómodo para otros, y eso quizá es el acto más revolucionario que puede hacer dada su posición. Al ser hija de un asesino, ¿qué la lleva a observarlo a los ojos? Más que temer a los demás, entiende que debe ser de ella de quien teman, al perder a su madre la persona más afectada fue ella y frente a eso su padre no puede mostrársele como víctima de sus actos; la historia no pertenece sólo a los ganadores, ella es tanto hija de una víctima como de un victimario, entiende la doble mirada, la doble moral en la que algunos actos son justificados o alentados, desde ese lente también comprende cómo funcionan las relaciones afectivas de las personas que la rodean. La mamá de Daniel aprende y se sorprende de Nagore cuando es muy tarde; la claridad de sus palabras se ha perdido y no le queda más que parasitar en su casa, por eso la deja ir. Ese es el punto, al final, en donde realmente pueden ser madre e hija en el sentido de que aprenden a dejar ir a la otra, a amar en libertad:

Se pusieron la medalla de condecoración a los dolientes. Se sumergieron en las sombras que, aunque no estorban, persisten. También eran fantasmas rondando. Quizá por eso es que Nagore quería encender la luz y verlos a los ojos, dejarlos morir, no sé, o quizá encontrarles esperanza, quitarles el peso de un hijo asesino. Nagore, viva, se hacía de una voz y de una historia, se negaba a pertenecer a un grupo de personas que preferimos las penumbras. Siempre le tuve respeto a Nagore.<sup>251</sup>

Nagore demuestra no ser sombra o espejo, sino más bien alguien capaz de tener una voz propia. En 2022, Brenda Navarro publica su segunda novela *Ceniza en la boca* en donde el dolor y la culpa (obsesiones claras de la autora) de la protagonista giran en torno al suicidio de su hermano, el cual durante el desarrollo de toda la novela desesperadamente quiere entender. Me remito a este libro porque Nagore también tiene una aparición allí. La narradora

---

<sup>251</sup> *Ibid*, p. 126.

de *Ceniza en la boca* es una mexicana que termina emigrando con su madre y su hermano a España y que, estando allí, por peleas familiares en torno a su madre, se muda a vivir sola en Barcelona. Es en esta ciudad donde, buscando tener acceso a mejores trabajos y prestaciones, entra a unas clases de catalán en donde conviven inmigrantes de distintas nacionalidades y edades, pero también españoles de otras regiones. La aparición de Nagore es corta, apenas de cuatro páginas, en la historia es una de las alumnas de la clase con quien la narradora siente enseguida conexión al escucharla. Como en *Casas vacías*, hace cuestionamientos en torno al racismo o la xenofobia de algunos de sus compañeros, quienes aunque se dan por aludidos y se sienten afectados como la narradora por su condición social, su color de piel o su género se mantienen callados:

¿Pero se da cuenta este hombre de lo que está hablando? Me lo decía medio encabronada, pero también riendo, una muchacha de ojos azules. ¿Se da cuenta? Joder, tía, qué pendejo. ¿Pendejo?, pensé. Me hizo cortocircuito. ¿Pendejo? ¿De dónde eres?, le pregunté. De aquí, tía, de aquí. ¿Y tú? De México. ¡No me digas! Yo viví mucho tiempo allá.<sup>252</sup>

Con la pequeña introducción de su personaje nos damos cuenta de que en Barcelona, Nagore rápidamente se mimetiza, hace amigos y cambia su acento, pero sigue muy en consonancia con ciertas palabras y costumbres del país donde fue criada una parte de su vida. Ella es diferente a la narradora y a muchos otros inmigrantes, primero porque sus padres y toda su familia son españoles, y segundo porque tiene el genotipo que comúnmente se asocia a las personas europeas y que, por tanto, a primera vista puede hacer denotar una mejor posición social y económica, por eso, a pesar de que técnicamente también ha emigrado a España, no se le exige cierto comportamiento o se espera de ella silencio frente a ciertas situaciones. En el caso específico de *Ceniza en la boca* esto se nota mucho frente a la posición que tiene la

---

<sup>252</sup> Brenda Navarro, *Ceniza en la boca*, Sexto Piso, Madrid, 2022, p. 70.

narradora, quien a pesar de haber sido criada en el mismo país que Nagore, es morena, de padres mexicanos y con poca estabilidad económica, los policías la siguen en los museos y sus empleadores hablan en catalán frente a ella porque saben que no entiende. Sobre su cuerpo se presenta el racismo y la xenofobia,<sup>253</sup> y por eso muchas de sus acciones están pensadas desde su posición sin ayuda o sustento, calla porque es más fácil que pelear contra todo un sistema, incluso porque hasta cierto punto se ha vuelto tan cotidiano ser cuestionada que ya lo ha normalizado:

¿Qué hace falta para mejorar tu barrio? Y el italiano: más bibliotecas. Y la venezolana: más bares (y risas). Y la húngara: menos turistas. Y el español: menos inmigrantes. Y todos los inmigrantes: ¿Qué? Pero el *qué* lo dijimos en silencio porque más bien nos quedamos mudos mientras Gerard apuntaba en el pizarrón “Más bares”. Pero joder, tío, ¿no le vas a decir nada a este?, gritó Nagore.<sup>254</sup>

A pesar de que la aparición de Nagore es pequeñísima deja una marca en la narradora, la ve libre y capaz de elegir en qué momento irse y cuándo quedarse. Sin conocer sus heridas aclara: “Ya no quise ir más, porque de una y otra forma yo quise ser Nagore, pero sabía que no lo era, porque no era ni rubia ni envalentonada”.<sup>255</sup> Aunque son otros temas los que se tocan en *Ceniza en la boca*, lo que importa resaltar para este análisis es que tanto en *Casas vacías* como en el libro ya mencionado Nagore sobresale de la mayoría de los personajes por negarse a permanecer en las penumbras y, por tanto, a ser sombra de las mujeres que son parte de su historia. Ella, al final, se separa de la narradora continuando su viaje en España, al lugar de donde era su padre. Es lo último que sabemos los lectores.

---

<sup>253</sup> Sobre esto puede revisarse el artículo: Redacción, “¿Se discrimina a los inmigrantes latinoamericanos en España?”, *La vanguardia*, 10 de marzo de 2020, <https://www.lavanguardia.com/participacion/cartas/20200310/474046212445/discriminacion-maltrato-inmigrantes-latinos-latinoamericanos-espana-debate.html>

<sup>254</sup> *Ibid.*, p. 71.

<sup>255</sup> *Ibid.*, p. 71.

Nagore, a diferencia de la mamá de Daniel e incluso de la narradora de esta segunda novela se niega a permanecer o ser fantasma condenado a rumiar el pasado y llorar lo perdido, es una luz que se mantiene llena de vida y calidez. La casa interna que habita se mantiene libre de evocaciones, no necesita de la materialidad o de la aceptación de otros para que esté erguida, su propia individualización es suficiente. La mamá de Daniel se cuestiona en algún momento:

¿Qué es un hogar y de qué se conforma? ¿En dónde empezamos a ser padres e hijos? ¿Cuándo Nagore recargó su cabeza en mi cuerpo y abrazó el vientre que le respondía con golpecitos como si fueran una puerta que se quisiera abrir, o cuando Daniel salió de mí con tan poco ímpetu que tuvieron que darle oxígeno artificial y yo no pude tenerlo en mis brazos hasta una semana después? ¿En dónde empieza el hogar y qué lo conforma?<sup>256</sup>

Ante el robo del hijo de esta narradora, Nagore pierde importancia. Vaciada de todos aquellos valores que socialmente se atribuyen a la buena madre, frente a Nagore no puede (y no quiere) ser su lugar de regreso. No son una familia, no pueden serlo, la niña no es su hogar, de la misma manera en la que tampoco la mujer es el suyo. Para la madre de Daniel, el hogar comienza en el cuerpo, las mujeres=madres sustentan la vida y el cuidado en el momento en el que quedan embarazadas, es en su vientre desde donde se articula la noción de hogar e identidad. Mientras que para Nagore el cuerpo, además de ser un instrumento para el uso de los otros, *es* ella, no lo habita, le pertenece. Sobre todo, quería terminar el capítulo con Nagore por algo que ya he mencionado: en ella se encarna otra forma de ser y de vivirse mujer, sí más libre, sí con más capacidad de perdón hacia sí misma y otros. Para ella, cuerpo=voz van de la mano, si tanto tiempo han sido arrebatados, entonces en su figura se encarna el potencial que vive no sólo en cada mujer, sino en cada individuo sujeto y conceptualizado desde las

---

<sup>256</sup> Brenda Navarro, *Casas vacías*, pp. 73-74.

violencias estructurales que lo sobrepasan; haber venido de una historia de asesinato y dolor no justifica o no guía el resto de su vida. Ella no es debido a las mujeres que la acontecieron. *Es* a pesar de ellas. El éxito de su crecimiento, de su individualización encarna la única luz en la penumbra dentro de la diégesis de *Casas vacías*, poseedora de un nombre destruye la ley que la sujeta a ciertos arquetipos y va en búsqueda de respuestas, es decir, huye o termina con el silencio.

## Conclusiones

Durante la investigación de la novela *Casas vacías* tuve la oportunidad de analizar con más profundidad dos temas que son parte fundamental de su entramado textual, por un lado, la violencia a través de las perspectivas de Rita Segato y Slavoj Žižek y, por el otro, el de la maternidad vista desde las tesis de Adrienne Rich, Rosario Castellanos y Simone de Beauvoir, las cuales fueron un parteaguas para esclarecer las distintas relaciones y comportamientos que se dan entre los personajes. Además de analizarlos de forma individual se pudo entender también cómo es que funcionan siendo parte de una comunidad profundamente enraizada en las dinámicas de violencia.

La maternidad en la novela se presenta como una especie de espada de doble filo, al estar fuertemente sujeta a las conveniencias y estereotipos sociales en torno a la crianza, la feminidad y el amor materno, pero también abierta al escarnio público y a la moral y tradición que compone la identidad de un grupo determinado de personas. Es de suma importancia situar el tiempo y el espacio en el cual se ubica el universo diegético de *Casas vacías*, ya que éste está profundamente atravesado por una violencia sistémica.

En *Casas vacías*, las narradoras hablan desde el lenguaje del dolor. Rotas y vacías son incapaces de presentarse o afirmarse fuera de las asignaciones simbólicas y políticas en las que se encuentran atrapadas bajo la noción mujer=madre, es decir, sin la capacidad o el espacio para encontrar o desarrollar un “yo propio” más allá de proveer y de cuidar de los otros (sean estos sus hijos o su esposo). *Casas vacías* se narra a través de dos voces contrapuestas, por un lado, una mujer a quien su hijo le es robado; por otro, una que anhela tanto ser madre que termina robándose uno. Al momento en el que cada una de sus

narraciones empiezan ellas ya están encerradas dentro las simbolizaciones que los demás (y ellas mismas) ponen sobre su cuerpo y su psique. Bajo la “ley del padre” se han construido instituciones remarcablemente jerárquicas en donde el componente “poder sobre el otro” o “la posesión sobre el otro” demuestra qué tan fuerte o importante es un individuo, porque desde allí se sustentan la economía y la cultura de la sociedad. El cuerpo, frente a esto, adquiere cierto valor dependiendo de qué tan bien se cumpla con los estándares establecidos.

La institución de la maternidad ha dictado, a lo largo de los años, cómo *debe ser* una mujer, quien, por haber nacido con ciertas características biológicas, en seguida es puesta bajo una serie de reglas y obligaciones que debe seguir a rajatabla so pena de que, si no se logra, pueda ser apuntada y castigada. Adrienne Rich expone sobre dicha institución que su papel es fundamental para comprender la manera en la que la mujer=madre ha sido invisibilizada a lo largo de la historia, ya que mediante ésta se la juzga y enseña cómo debe llevar o portar su cuerpo, al presentar como único destino válido, o único sueño que importe, volverse madre. Tanto la madre de Daniel como la madre de Leonel se encuentran inmersas en una violencia estructural y objetiva que no les permite *ser* en el sentido de que al no poder cumplir con los mitos en torno a la maternidad ya no tienen cabida en el escenario social. Dentro de la noción mujer=madre su cuerpo adquiere un estatus político, representación en el que los otros muestran su poder o hacen guerra bajo la noción “el cuerpo como territorio” popularizada por Rita Segato. Frente a esto, ambas narraciones, a pesar de estar fuertemente sujetas por ciertas simbolizaciones, también se diferencian por su raza y nivel social o económico al ser parte de un estatus muy diferente frente a la violencia patriarcal, obstétrica, física y verbal que está en cada una de sus acciones y en la manera en cómo se comunican con otros.

Rodeadas por personajes que se encuentran en los mismos niveles de ostracismo o marginalidad, y frente a los discursos en torno al progreso y la individualidad que surgen desde el Estado y que no necesariamente los cuenta a todos como iguales,<sup>257</sup> los vínculos que las rodean están completamente rotos, no hay tal cosa como comunidad, no existe. Y considero que es allí donde debemos detenernos. Si la literatura proyecta simbólicamente la actualidad del momento en el que se escribió, no se debe pasar por alto la función que el cuerpo (no sólo el femenino) ha adoptado hasta ahora. Las mujeres=madre mexicanas, como se ha mostrado con los feminicidios y la violencia intrafamiliar, se enfrentan a un silencio estatal y social que pesa sobre ellas al culparlas por la capacidad o incapacidad de otros de hacer valer la ley; culpables de su descendencia y de los actos que estos llevan a cabo.

Ante la noción mujer=madre entonces no habría más que añadir un tercer componente para poder hablar, de forma concreta, sobre uno de los papeles más importantes que se espera cumplan las mujeres: ser casa y vientre al cual volver y, al mismo tiempo, fantasía de lo que, en ese orden de ideas, se les permite ser: mujer=madre=casa, quien tiene el papel de englobar todas las experiencias maternas en sólo aquello socialmente admitido. La mujer=madre=casa es el lugar donde se aprende a amar y se conocen las primeras dinámicas y relaciones sociales, como explica bell hooks: “Nosotros aprendemos sobre el amor en la infancia. Si nuestros hogares son felices o son tristes, o nuestras familias son funcionales o disfuncionales, es allí donde está la escuela de amor original”.<sup>258</sup> La familia y los miembros que la componen son muy importantes en el sentido de que nos *hacen* individuos sociales incapaces o capaces de

---

<sup>257</sup> Explica Silvia Federici: “el capitalismo, en tanto sistema basado en la explotación del trabajo humano, ha definido a las mujeres como cuerpos, es decir, como seres dominadas por su biología, en la medida en que se ha apropiado de nuestra capacidad reproductiva y la ha dispuesto al servicio de la reproducción de la fuerza de trabajo y el mercado laboral.” Silvia Federici, *op. cit.*, p. 29.

<sup>258</sup> bell hooks, *op. cit.*, p. 30. Mi traducción.

relacionarnos con otros en las esferas política, familiar, escolar o religiosa, por mencionar algunas. Entonces, para comprender cómo la violencia se ha encarnizado en varias partes del país es importante detenernos a observar las dinámicas dentro del hogar.

La noción mujer=madre=casa, dentro de *Casas vacías*, funge como constructo que da identidad a sus personajes. Puede decirse entonces que los símbolos que componen la red mujer=madre=casa están divididos de la siguiente manera: la mamá de Daniel con la noción mujer=madre=muerta, en donde caen todas las simbolizaciones de la mujer pura y perfecta que sólo en la muerte puede llegar a cumplir lo que se le exige ser y que ya no tiene voz. En un claro gesto irónico, la mamá de Daniel se da cuenta que la mujer perfecta puede ser aquella que ya está muerta y que, como cuerpo vacío, sirva para que otros hablen a través de ella. Por eso, continuamente lucha consigo misma y con los deseos que tiene; la culpa es un elemento esencial en sus pensamientos y debido a eso su discurso es muy pausado, lleno de oraciones cortas y de vacíos que representan todo aquello que ya no puede ser, su lenguaje del dolor pareciese ocurrir en un no-lugar y no-tiempo. Porque al perder a su hijo ha entrado en el “área gris”, espacio en donde se apilan todas aquellas otras realidades de la maternidad que son negadas socialmente: madres que matan, abortan o que no aman. La madre de Daniel se entierra en vida en el sentido en el que deja de reconocer su cuerpo más allá de la casa que una vez habitó su hijo y que, ante su pérdida, se niega a volver a poseer o permitir que otros alrededor suyo continúen creciendo o viviendo. Su casa=cuerpo se vuelve en una especie de cementerio en donde el nombre de su hijo adquiere las características de un conjuro, fantasma al que menciona siempre.

Por otro lado, en la madre de Leonel el axioma o la noción que encierra los simbolismos de la mujer=madre=casa es la mujer=madre=evocación de otro, que sólo es capaz de ser si es vista o mencionada por una figura masculina, y que a pesar de ocupar un espacio físico su

valor se mide con base en quienes la rodean y cómo la perciben; no importa si puede mantenerse económicamente a sí misma, ella necesita ser vista para sentirse algo. La mamá de Leonel presenta otra noción que también es muy importante para comprender el universo diegético: la matrofobia, desde donde apela al lenguaje para dar luz a la genealogía del dolor que tanto su madre como su abuela han vivido y que, a pesar de sus mayores intentos por huir de ellas, termina asimilando en su propia casa=cuerpo.

La relación entre las tres mujeres está marcada por un odio entre ellas como individuos femeninos y como espejos; al mencionar la abuela que las hijas siempre pagan mal las pone a todas (incluso a sí misma) en un mismo lugar de detesto y de desacreditación. La escuela del amor en la que se encuentra la madre de Leonel demuestra, a lo largo de su narración, que los golpes y las vejaciones también forman parte de la noción de amor como algo que tiene que soportar. El círculo de violencia que la rodea se ejerce sobre la ley del padre, el cual describe todas con una suerte de características límites de las cuales no pueden escapar, o se es puta o se es santa, o se es buena o se es mala, o se es madre o se es nada. Su pareja, Rafael, aparece en su vida como un hombre con quien cree que logrará por fin ser mostrada y envidiada en el escenario social. Anhela más que nada ser poseída por él de todas las formas posibles, porque “una asunción comúnmente aceptada en la cultura patriarcal es que el amor puede estar presente en una situación en donde un grupo o un individuo domine a otros. Muchas personas creen que los hombres pueden dominar a las mujeres y a los niños y todavía amarlos”.<sup>259</sup> Para ella que Rafael sea violento o golpeador no exime que también pueda amarla o que la quiera, por eso, para lograr ser una mujer=madre=evocación de otro, su mayor deseo es embarazarse de él, tener sus hijos en el sentido en el que eso le dé un papel

---

<sup>259</sup> *Ibid.*, p. 46. Mi traducción.

más importante sobre sus otras novias y, al mismo tiempo, una razón más para regresar con ella. Al no lograrlo y tener un aborto, la idea de robar a un niño no es para ella ni buena ni mala, es sólo la manera que encuentra desde sus precarias circunstancias como un ser venido a menos y dejado a un lado para reconocerse en todas aquellas fantasías en torno a maternar y ser la pareja de alguien. También cuenta mucho que se robe un niño del género masculino, ya que a pesar de que anhela una niña con quien pueda tener la relación que jamás tuvo con su madre, entiende que su pareja necesita un niño en quien pueda reconocerse, jugar y hacer crecer como su imagen y semejanza. La madre de Leonel deja aparcados sus sueños para tratar de perseguir los de su pareja en una clara muestra de que dentro de sí misma no siente que haya nada que salvar o que valga la pena frente a la vida de los otros. Ser hija de su tío y haber vivido con esa verdad siendo quien más sufrió le ha demostrado que ella es nadie.

Con todo lo anterior podría decirse que en *Casas vacías* la metáfora del cuerpo como una casa vacía está construida sobre estas mujeres=madres=cuerpos quienes, frente a la violencia enraizada, se encuentran completamente abandonadas de sí mismas y de quienes las rodean; no llenan las simbolizaciones en torno a la figura materna, pero tampoco tienen acceso al afuera, no son parte de la Historia y, sin embargo:

como han demostrado los estudios feministas, en la casa también transcurre la Historia, pero se trata de una Historia Otra con un ritmo y contenido que ponen en entredicho los parámetros de la Historia oficial organizada a partir de los criterios de una hegemonía masculina. En la tradicional oposición entre el devenir histórico de los hombres y el devenir histórico de las mujeres, la casa resulta ser el entorno y escenario de otras instancias históricas que van desde las importantes relaciones interculturales e intercambio de saberes.<sup>260</sup>

El devenir histórico de las mujeres permite observar la vida de otros seres periféricos incapaces de acceder al progreso social. La casa también es un reflejo de las luchas externas,

---

<sup>260</sup> Guerra-Cunningham, *art. cit.*, p. 820.

desde el rabillo del ojo la Historia Otra se presenta, si no disruptiva, al menos incómoda para ciertas esferas sociales, por eso la necesidad de mantenerla encerrada, deliberadamente ignorada.

En *Casa vacías* el único personaje capaz de escapar de todas estas dinámicas violentas y poseer una voz que al final tiene la capacidad de hacer estallar la ley es Nagore, con quien quise terminar mi análisis por ese mismo motivo. Ella, a diferencia de los otros personajes con quienes convive, se abre espacio en el tiempo y la historia, si no social, al menos personal; su voz resuena y ante esto se adueña de su cuerpo, a diferencia de las mujeres con quienes se ha criado. En ese sentido, considero que, a pesar de que en la novela se hace un especial énfasis en las dinámicas y vínculos rotos rodeados de violencias en la familia, también se puede ver una luz, por muy pequeña que sea.

Hay otras formas de ser y de sentirse mujer. Ante esto, también creo que un punto a recalcar de la novela es que al conocer las luchas y los remordimientos de las dos narradoras se abre un espacio para la reflexión del papel de víctimas o de victimarios que los individuos sociales adoptamos. Quienes formamos parte del entramado social nos enfrentamos a la crudeza de que, frente a la ley o la tradición de un pueblo, lo “bueno” o lo “malo” se puede ver desde distintas perspectivas que, ante ciertas circunstancias o personas, son castigadas o alabadas de forma diferente.

*Casas vacías* es un libro que narra la vida de seres periféricos y marginados, seres cuya única noción de identidad es la posesión sobre el otro. Frente a esto, es muy importante romper al silencio tanto familiar como sistémico y abrir el diálogo y la escucha. Explica Cristina Rivera Garza que, ante el dolor, es necesario hablar, aunque duela, o especialmente por eso:

De ahí la importancia de dolerse. De la necesidad política de decir “tú me dueles” y de recorrer mi historia contigo, que eres mi país, desde la perspectiva única, aunque generalizada, de los que nos dolemos. De ahí la urgencia estética de decir, en el más básico y también en el más desencajado de los lenguajes, esto me duele. Porque Edmond Jabès tenía razón cuando criticaba el *dictum* de Adorno: no se trata de que después del horror no debamos o no podamos hacer poesía. Se trata de que, mientras somos testigos integrales del horror, hacemos poesía de otra manera. Se trata de que, mientras otros tantos con nosotros demandemos la restitución de un *Estado con entrañas* [...] podamos articular la desarticulación muda con que nos atosiga el estado espeluznante de las cosas a través de estrategias escriturales que, en lugar de promover la preservación del poder, activen más bien el potencial crítico y utópico del lenguaje.<sup>261</sup>

*Casas vacías* es una novela dolorosa por muchos motivos; la desaparición del niño abre la puerta a cuestionamientos en torno a la moral social y personal, y cómo llevamos o portamos ésta; las víctimas dentro de la novela también son victimarías. El lenguaje del dolor recrudece la vivencia de la madre de Daniel, a su discurso pareciese que le faltase el aire, que las palabras se le atorasen; por otro lado, el lenguaje del dolor de la madre de Leonel está lleno de ira y de cuestionamientos en torno a sí misma, es vertiginoso y desesperado, “dolerse como quien se guarece de la intemperie. Dolerse, que siempre es escribir de otra manera”.<sup>262</sup> Tomar la noción mujer=madre=casa como un territorio que se abre para la conquista y la identidad es poner a ésta bajo una larga lista de simbolizaciones sobre lo que las mujeres u otros seres feminizados deben ser, como asexuadas, dominadas, leales, sumisas, castas, recatadas y sacrificadas. Entonces, dentro de un “Estado sin entrañas” que no es más que una proyección de las dinámicas que se dan en muchas familias, las mujeres=madres=casas se encuentran frente a la incapacidad, no *son* y por tanto no *están*.

Libros como *Casas vacías* abren el diálogo y presentan, desde un entramado y universo diegético, las vidas de aquellos que nos negamos a comprender o a notar; nos hace dirigir la

---

<sup>261</sup> Cristina Rivera Garza, *op. cit.*, p. 14.

<sup>262</sup> *Ibid*, p. 14.

mirada a esa Historia Otra. Frente a la red mujer=madre=casa entendemos, como lectores, una diferente manera de dolerse, de expresar todo aquello que habita dentro de una y que se encarna en el silencio estatal y familiar.

## Bibliografía

- Ailouti, Marta, “Brenda Navarro: El gran miedo que tenemos en México es desaparecer”, *El Cultural*, 6 de marzo de 2020. [https://www.lespanol.com/el-cultural/20200306/brenda-navarro-gran-miedo-mexico-desaparecer/472704457\\_0.html](https://www.lespanol.com/el-cultural/20200306/brenda-navarro-gran-miedo-mexico-desaparecer/472704457_0.html)
- Aguilar, Andrea, “Brenda Navarro: Quería hablar de ese México vacío de mujeres”, *El País*, 1 de febrero de 2020. [https://elpais.com/cultura/2020/01/31/actualidad/1580500520\\_077595](https://elpais.com/cultura/2020/01/31/actualidad/1580500520_077595)
- AN/HG, “En ‘Casas vacías’, Brenda Navarro profundiza sobre la maternidad en un país con más de 33 mil desaparecidos” *Aristegui noticias*, 6 de febrero de 2018. <https://aristeguinoticias.com/0602/kiosko/en-casas-vacias-brenda-navarro-profundiza-sobre-la-maternidad-en-un-pais-con-mas-de-33-mil-desaparecidos/>
- Arévalo Alejandra, Damián Miravete Gabriela, del Ángel Diana, Eme Vázquez Alejandra, Navarro Brenda, *Lucrecias, Una Habitación Para Nosotras*, México, 2021.
- Ávila González, Yanina, “Transformando la ecuación: madre = mujer”, en *¡A toda madre! Una mirada multidisciplinaria a las maternidades en México*, Editorial Itaca, México, 2017.
- Bachelard, Gaston, *La poética del espacio*, trad. Ernestina de Champourcin, Fondo de Cultura Económica, Argentina, 2000.
- Bajtín, Mijaíl, “Literatura, cultura y tiempo histórico”, trad. Desiderio Navarro, Moscú, 1970, no. 11, pp. 237-240.
- Bajtín, Mijaíl, “Respuesta a la pregunta hecha por la revista *Novy Mir*”, en *Estética de la creación verbal*, trad. Tatiana Bubnova, Siglo XXI, México, 2003.
- Barragán, Almudena, “Brenda Navarro: Me fui de México porque era un Estado feminicida que no iba a cambiar”, *El País*, 01 de mayo de 2022. [https://elpais.com/cultura/2020/01/30/babelia/1580392002\\_823868.html](https://elpais.com/cultura/2020/01/30/babelia/1580392002_823868.html)
- Bazán, Cristina, “Casas vacías, el trauma de las desapariciones y la maternidad vacía”, *efeminista*, 28 de diciembre de 2020. <https://efeminista.com/casas-vacias-desapariciones-maternidad/>
- Bocchetti, Alessandra “La indecente indiferencia”, *Debate feminista*, 1992, no. 6. pp. 219-134.
- Bordieu, Pierre, *Las reglas del arte*, trad. Thomas Kauf, Anagrama, Barcelona, 1995.

- Castellanos, Rosario, *Mujer que sabe latín*, Fondo de Cultura Económica, México, 2004.
- Cixous, Hélène, *La risa de la medusa*, trad. Ana María Moix y Miriam Díaz-Diocaretz, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, Madrid, 1995.
- De Beauvoir, Simone, *El Segundo sexo*, trad. Alicia Martorell, Debolsillo, México, 2013.
- Elizondo, Salvador, “De la violencia” en *Cuaderno de escritura*, ed. facsimilar, Editorial de la Universidad de Guanajuato, México, 2018.
- Federici, Silvia, *Más allá de la periferia de la piel*, trad. Gabriela Huerta Tamayo, Ediciones corte y confección, España, 2022.
- Foucault, Michel, *Historia de la sexualidad I, La voluntad de saber*, trad. Ulises Guiñazú, siglo XXI, México, D. F., 1998.
- Galeano, Eduardo, *El libro de los abrazos*, siglo XXI, Ciudad de México, 2020.
- Gobierno de México, “¿Qué es el feminicidio y cómo identificarlo?”, *Gobierno de México*, 19 de octubre de 2019, <https://www.gob.mx/conavim/articulos/que-es-el-feminicidio-y-como-identificarlo?idiom=es>
- Guerra-Cunningham, Lucía, “Género y espacio: la casa en el imaginario subalterno de escritoras latinoamericanas” *Revista Iberoamericana*, 2012, no. 241, pp. 819-830.
- Heller, Eva, *Psicología del color*, trad. Joaquín Chamorro Mielke, Editorial Gustavo Gili, España, 2007.
- Hernández Ramos, Liliana, Rico-Sulayes, Antonio y Castillo Carrillo, Gerardo “El concepto de maternidad, su preferencia semántica y colocaciones en la novela *Casas vacías*: un análisis de la lingüística del Corpus” en *Humanidades digitales (corpus y literatura en México)*, coord. Bautista, Ester y Rodríguez Ignacio, Bonilla, México, 2021.
- hooks, bell, *All about love*, Harper and Row, New York, 2018 [ebook].
- Irigaray, Luce, *El espejo de la otra mujer*, trad. Raúl Sánchez Cedillo, Akal, Madrid, 2007.
- Kristeva, Julia, “El tiempo de las mujeres”, trad. Isabel Vericat, *34/44*, 1979, no. 5, pp. 343-365.
- Lagarde, Marcela, *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2005.
- Madrid, Carlos, Entrevista a Breda Navarro: “México es un ejemplo perfecto de un Estado feminicida”, *Letras Libres*, 29 de junio de 2020. <https://letraslibres.com/literatura/entrevista-a-brenda-navarro-mexico-es-un-perfecto-ejemplo-de-un-estado-feminicida/>

- Morales Muñoz, Brenda, “Casas vacías para albergar la vida o la muerte: entrevista a Brenda Navarro”, *SENALC*, 1 de marzo de 2019. <https://www.senalc.com/2019/03/01/casas-vacias-para-albergar-la-vida-o-la-muerte-entrevista-a-brenda-navarro/>
- Navarro, Brenda, *Casas vacías*, Sexto Piso, México, 2020.
- Navarro, Brenda, *Ceniza en la boca*, Sexto Piso, Madrid, 2022.
- Oliver, Christianne, *Los hijos de Yocasta: la huella de la madre*, trad. Marcos Lara, Fondo de Cultura Económica, México, 1984.
- Pardo, Carlos, “Una primera novela deslumbrante”, *El país*, 31 de enero de 2020. [https://elpais.com/cultura/2020/01/30/babelia/1580392002\\_823868.html](https://elpais.com/cultura/2020/01/30/babelia/1580392002_823868.html)
- Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*, Fondo de Cultura Económica, México, 2010.
- Reguero Ríos, Patricia, Brenda Navarro: “Las maternidades siempre te atraviesan y no necesariamente para bien”, *El salto*, 16 de abril de 2020. <https://www.elsaltodiario.com/literatura/brenda-navarro-maternidades-siempre-atraviesan>.
- Rich, Adrienne, “La heterosexualidad obligatoria y la existencia lesbiana”, trad. María-Milagros Rivera Garretas, *Duoda: Revista d'estudis feministes*, 1996, no. 11, pp. 13-37.
- Rich, Adrienne, *Nacemos de mujer*, trad. Ana Becciu, Traficantes de sueños, Madrid, 2019.
- Rubio Domínguez, Nora, *Las representaciones literarias de la maternidad, literatura argentina, 1950-2000*, Universidad de Buenos Aires, Tesis de doctorado, 2004.
- Rivera Garza, Cristina, *Dolerse. Textos de un país herido*, Surplus ediciones, México, 2015.
- Segato, Rita, *Estructuras de la violencia*, Universidad Nacional de Quilmes Editorial, Buenos Aires, 2003.
- Segato, Rita, *Las nuevas formas de la guerra en el cuerpo de las mujeres*, Tinta Limón, México, 2013.
- Szyborska, Wislawa, *Poesía no completa*, trad. Gerardo Beltrán y Abel A. Murcia, Fondo de Cultura Económica, México, 2020.
- Solís, Arturo, “Comprobado con datos: En México te va mejor si eres blanco”, *Forbes México*. <https://www.forbes.com.mx/inegi-lo-confirma-en-mexico-te-va-mejor-si-eres-blanco/>
- Toril, Moi, *Teoría literaria feminista*, trad. Amaia Bárcena, Ediciones Cátedra, España 1988.
- Tubert, Silvia, *Figuras de la madre*, Ediciones Cátedra, Universidad de Valencia, Madrid, 1996.

Uribe, Sara, “Aquí sigue pasando la guerra”, en Andrea Rea, *Ya no somos las mismas. Y aquí sigue la guerra*, Grijalbo, México, 2020.

Valencia, Sayak, *Capitalismo gore*, Melusina, España, 2010.

Žižek, Slavoj, *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*, Paidós, Buenos Aires, 2009.